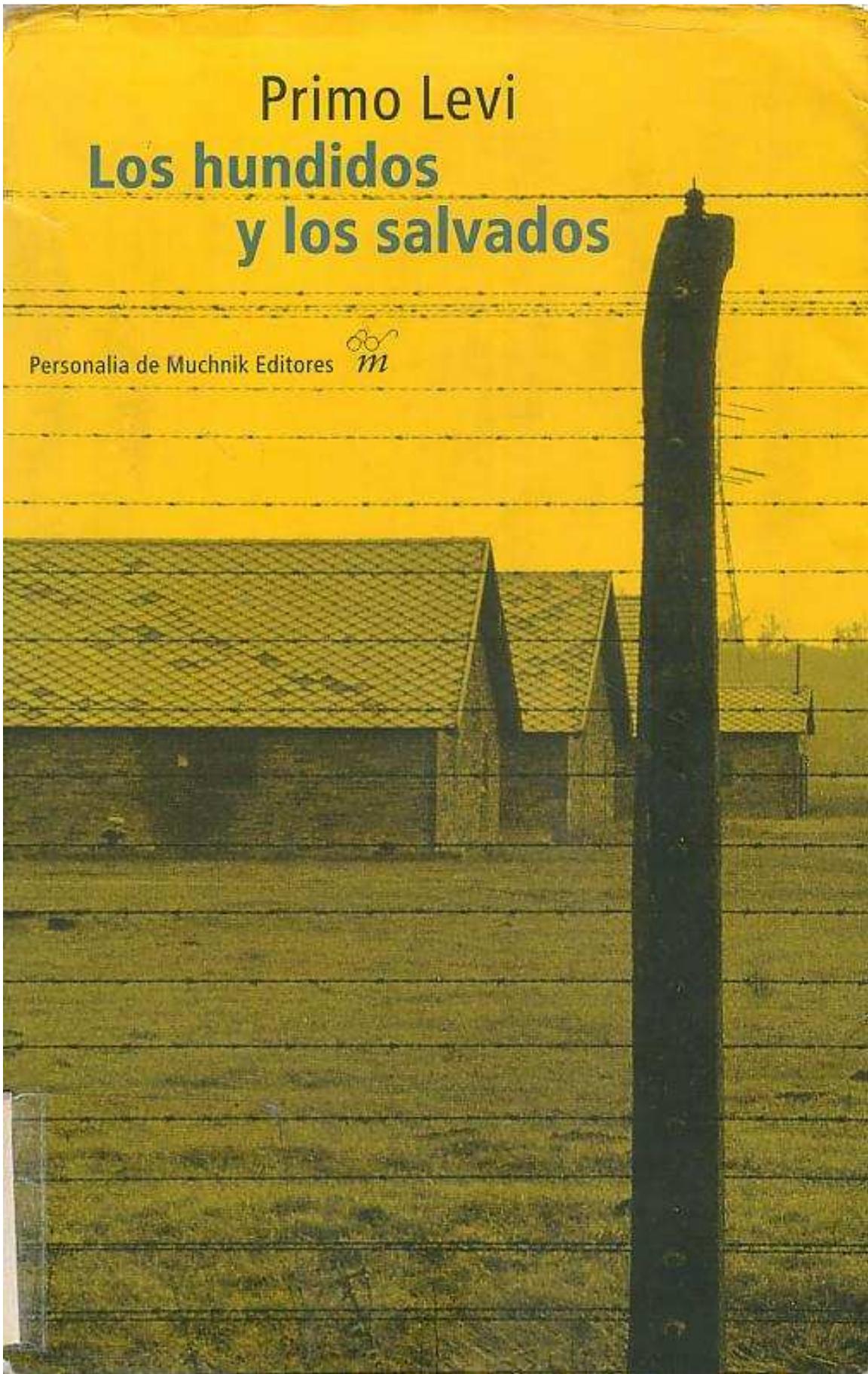


Primo Levi
**Los hundidos
y los salvados**

Personalía de Muchnik Editores 



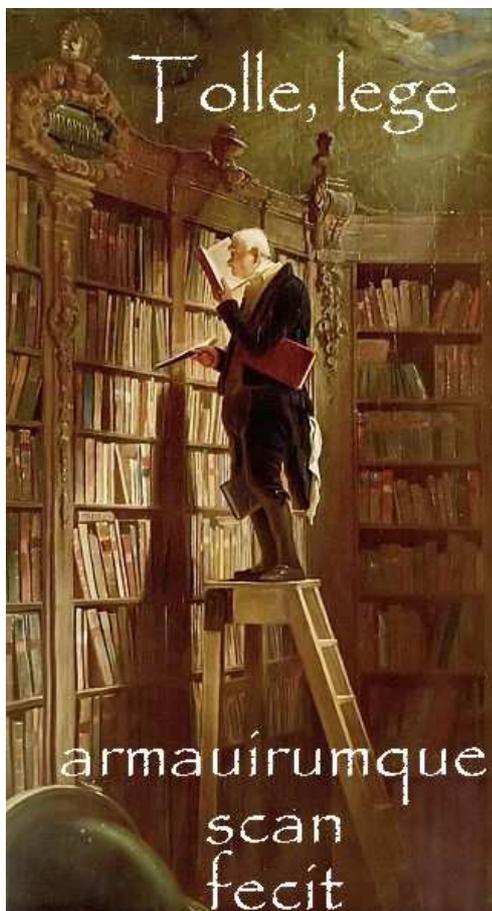
Fotografía de la cubierta: Zardoya. Magnum. © Erich Hartmann

Primo Levi

Los hundidos y los salvados

Traducción de Pilar Gómez Bedate

Personalia de Muchnik Editores, S. A.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier otra forma o por cualquier otro medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*

Título de la edición original: *I sommersi e i salvati*

La primera edición en castellano de esta obra se publicó en Muchnik Editores en 1989

Primera edición en Personalia: julio de 2000

© Primo Levi, 1989

© De la traducción: Pilar Gómez Bedate, 1989

© De esta edición: Muchnik Editores, S. A.

Peu de la Creu, 4

08001 Barcelona

E-mail: correu@grup62.com

Internet: <http://www.muchnik.com>

Cubierta: Enric Jardí

ISBN: 84-7669-381-8

Depósito legal: B-31.241-2000

Impreso en Romanyá/Valls, Verdaguer I, 08786 Capellades

Impreso en España- Printed in Spain

Los hundidos y los salvados

Primo Levi

Muchnik Editores

ISBN: 84-7669-381-8

Páginas: 176

El libro que cierra la trilogía de Primo Levi sobre los campos de exterminio es una prueba viva de que, sólo con la palabra, sólo si se articula el horror, se está en condiciones de crear y fortalecer la conciencia crítica que exigen los tiempos. *Los hundidos y los salvados* es una última reflexión del autor sobre su experiencia, una *summa* moral en la que indaga en las cuestiones más esenciales: la libertad, la vergüenza, la responsabilidad, la complicidad, el compromiso, el olvido... y también un alegato en favor de la piedad como categoría básica de la ética humana.

Hay libros, que, como éste, se escriben para poder seguir viviendo. Primo Levi, que procuró analizar la experiencia del horror como un momento ejemplar que permita la comprensión del hombre y sus límites, no lo consiguió, y se suicidó en 1987, poco después de escribirlo.



Primo Levi (Turín, 1919-1987) nació en el seno de una familia judía asentada en Piamonte después de la expulsión de España en 1492. En 1941 se graduó en Química en la Universidad de Turín y dos años más tarde se unió a la resistencia antifascista. Fue capturado y deportado a Auschwitz, donde trabajó como esclavo en una planta industrial. Tras la liberación del campo por el Ejército Rojo en 1945 y después de una odisea por varios países de la Europa oriental, regresó a Turín y publicó su primer testimonio sobre los campos de exterminio, *Si esto es un hombre*. Sus escritos biográficos más tardíos (*La Tregua*, 1963 y *Los hundidos y los salvados*, 1986) son otras tantas reflexiones sobre la experiencia del horror. Entre sus obras se encuentran además *El sistema periódico*, *Si no ahora, ¿cuándo?*, *Historias naturales*, *La búsqueda de las raíces*, *La llave estrella* y *Lilít* y otros relatos estas últimas publicadas también en Muchnik Editores.

http://es.wikipedia.org/wiki/Los_hundidos_y_los_salvados

Los hundidos y los salvados

Los hundidos y los salvados es un libro de ensayos del autor italiano Primo Levi. Escrito en 1986 es el último trabajo del autor. Es un análisis del universo de los campos de concentración, reflexionando sobre su experiencia como superviviente del holocausto en el campo de concentración de Auschwitz y relacionándolo con experiencias análogas de la historia reciente, entre ellos los gulag soviéticos.

Mientras que *Si esto es un hombre* se centraba más en su experiencia personal, en *Los hundidos y los salvados* adopta un estilo analítico para abordar temas como la falibilidad de la memoria, las técnicas usadas por los nazis para romper la voluntad de sus prisioneros, el lenguaje usado en los *lager*, o la naturaleza de la violencia. Algunos de estos temas ya habían sido esbozados en *Si esto es un hombre*, uno de cuyos capítulos lleva precisamente el mismo nombre.

Los Hundidos y los Salvados es el resultado final de años de leer, pensar, dar conferencias, recibir cartas, ser preguntado e intentar contestar, contrastar... para al final llegar a conformar una opinión de las preguntas claves que, desde un punto de vista psicológico y sociológico, rodean a lo que fue el holocausto nazi. En el libro Primo Levi desgrana ordenadamente una por una esas ideas con la claridad, la sencillez y la rotundidad del docente que las ha narrado miles de veces y, por ello, está en capacidad de expresarlo de modo conciso y nítido, de anticipar las dudas y de responderlas. Por ello hay quien considera que puede ser el mejor libro jamás escrito sobre los mecanismos psicológicos que subyacen al fenómeno de los campos de concentración nazis. En tanto y en cuanto estos han sido la forma más refinada y brutal de destrucción sistemática física y psicológica de seres humanos de la historia contemporánea, constituye entonces un texto capital para entender al ser humano y a las formas de opresión y resistencia.

La narración describe con lucidez y distanciamiento —a pesar del infierno vivido por experiencia propia— los mecanismos que llevan a la creación de “zonas grises” de poder entre opresores y oprimidos, la corrupción económica y moral de las personas en el sistema de campos de concentración, los fines y la utilización política de tales sistemas, la repetición de dinámicas de comportamiento semejantes en la realidad cotidiana de hoy, etc.

Prefacio: Ya desde el prefacio Levi llama la atención sobre la tendencia del público a refutar la existencia de los *lager*, a disminuir el horror que los testimonios directos han reportado. Tales refutaciones ya eran previstas por los culpables, tanto que solían advertir a los prisioneros que nadie les creería y que de cualquier forma todas las pruebas serían destruidas, cosa que sin embargo no ocurrió. Los SS trataron de hecho, hacia el final, de destruir los documentos y aún campos de exterminio completos —y en algunos casos lo lograron— pero buena parte del material quedó al fin de la guerra. Los mismos comandantes de los SS fueron enviados a lugares poco seguros, con el propósito, según el autor, de ser muertos y no poder entonces confirmar lo que el nazismo había hecho. Además Levi pone atención al hecho de que toda Alemania conociera lo que acaecía en los *lager*: los indicios eran muchos, como la adquisición de venenos y de hornos crematorios, para no sospechar. A pesar de ello, muchos preferían no indagar.

Capítulo 1- La memoria de los ultrajes: Levi comienza a tratar el argumento principal del libro: la memoria. Parte del presupuesto de que la memoria humana es falaz, condicionada por aquello que se posteriormente ve y de lo que se lee. Y si para los opresores la memoria pudo ser fácilmente cancelada, es para los oprimidos que el recuerdo de las torturas padecidas no logra desaparecer. Por otro lado, la falibilidad de la memoria puede ser usada en el propio beneficio: muchos son los opresores que se han, voluntariamente, inventado otra memoria, olvidando cuanto habían hecho y reduciéndolo a simples acciones sin ninguna culpa. Según Levi, esta es la forma por la cual muchos cómplices del exterminio se han salvado de su propio sentido de culpa. Tornando a la memoria, también aquellos que han sufrido tienden a crearse una nueva: no para huir de lo que

han hecho, porque como se ha dicho son los que han sufrido, sino para huir de aquel recuerdo, para olvidar el sufrimiento, el dolor y la angustia.

Capítulo 2- La zona gris: el autor trata de los privilegiados en el interior del lager, aquello que el define justamente como ‘la zona gris’. Entre estos señala a la escuadra encargada de la operación del crematorio, de la cual Levi habla con detalle. Al fin del capítulo se hablará también de la figura de Rumkowski, el decano de Lódz, judío afecto al poder que, apoyado por las SS, impuso su mando en el interior del gueto de su ciudad.

Capítulo 3- La vergüenza: Levi comienza a hablar de la angustia de la liberación. No se encuentra de hecho, según su parecer, la felicidad al ser liberado, ya que los meses pasados en el lager han modificado profundamente a todos los sobrevivientes: tanto como para hacerlos avergonzar de su posición, hacerlos sentir culpables por lo que había sucedido y aún por lo hecho por los SS.

Capítulo 4- La comunicación: El autor trata las dificultades lingüísticas, en particular la de los italianos que, juntos en el lager, no podían comprender el alemán. También se habla de la lengua alemana y de su mutación en el interior de los campos, una degradación tal de crear un dialecto propio de todos los lager.

Capítulo 5- Violencia inútil: Levi trata sobre la violencia sin objeto aparente, sino usada solamente para causar placer al que la ejerce. En este capítulo se describe el ejemplo del viaje en un vagón de carga, la desnudez impuesta a los prisioneros, el tatuaje en el brazo, las tareas inútiles y los experimentos realizados sobre las personas. Levi se esfuerza por comprender tanta violencia inútil y esboza una explicación: “Todo induce a pensar que, bajo el Tercer Reich, la mejor elección, la elección impuesta desde arriba, era la que llevaba consigo la mayor aflicción, la mayor carga de sufrimiento físico y moral. El enemigo no solo debía morir sino morir en el tormento.”

Capítulo 6- El intelectual en Auschwitz: El autor discute y comenta un ensayo de Jean Améry, un sobreviviente del lager. Aquí Levi critica la definición que da Améry del intelectual como conocedor de la cultura humanística y filosófica, y dedicado al pensamiento abstracto (excluyendo así a los científicos y técnicos). Levi propone la figura de un intelectual cuya cultura es viva y no desdeña ningún ramo del saber, siempre pronto a renovarse y acrecentarse. Sin embargo, concuerda con Améry en la consideración final según la cual el trabajo manual, afrontar la rutina de la barraca y asistir al bastardeo de la lengua es más duro y debilitante para el hombre culto que para el inculto.

Capítulo 7- Estereotipos: Levi responde a tres de las preguntas más frecuentes hacia los sobrevivientes. La primera se refiere a la fuga de los lager, la segunda a la rebelión contra los carceleros y la tercera se refiere a la emigración para evitar la deportación.

Capítulo 8- Cartas de alemanes: Levi comenta algunas cartas recibidas después de la publicación de la versión alemana de *Si esto es un hombre* y en base a ello interpreta las reacciones de algunos alemanes confrontados con la realidad de lo ocurrido.

Since then, at an uncertain hour,
That agony returns:
And till my ghastly tale is told
This heart within me burns.

S.T. Coleridge,
The Rime of the Ancient Mariner

(Or. vv. 582-85)

Prefacio

Las primeras noticias sobre los campos nazis de exterminio empezaron a difundirse en el año crucial de 1942. Eran noticias vagas, pero acordes entre sí: perfilaban una matanza de proporciones tan vastas, de una crueldad tan exagerada, de motivos tan intrincados, que la gente tendía a rechazarlas por su misma enormidad. Es significativo que este rechazo hubiese sido confiadamente previsto por los propios culpables; muchos sobrevivientes (entre otros, Simon Wiesenthal en las últimas páginas de *Gli assassini sono fra noi*, Garzanti, Milán, 1970) recuerdan que los soldados de las SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros: «De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del Lager, seremos nosotros quien la escriba».

Es curioso que esa misma idea («aunque lo contásemos, no nos creerían») aflorara, en forma de sueño nocturno, de la desesperación de los prisioneros. Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, ni siquiera escuchados. En la variante más típica (y más cruel), el interlocutor se daba vuelta y se alejaba en silencio. Es éste un tema sobre el cual volveremos, pero es importante subrayar ya cómo ambas partes, las víctimas y los opresores, se daban cuenta de la enormidad y, por consiguiente, de lo imposible que sería darle credibilidad, a lo que estaba sucediendo en los Lager: y, podemos añadir aquí que, no sólo en los Lager sino también en los *ghettos*, en la retaguardia del frente oriental, en los cuarteles de la policía, en los asilos de deficientes mentales.

Por fortuna, las cosas no han sucedido como temían las víctimas y los nazis esperaban. Hasta la más perfecta de las organizaciones tiene algún defecto, y la Alemania de Hitler, sobre todo en los meses anteriores a su derrumbamiento, estaba lejos de ser una máquina perfecta. Muchas de las pruebas materiales de los exterminios masivos fueron destruidas, o se intentó destruirlas más o menos hábilmente: en el otoño de 1944 los nazis hicieron saltar las cámaras de gas y los

crematorios de Auschwitz pero sus ruinas subsisten todavía y, a pesar de los malabarismos de sus epígonos, es difícil explicar su finalidad recurriendo a hipótesis fantasiosas. El *ghetto* de Varsovia, luego de la famosa insurrección de la primavera de 1943, fue arrasado, pero el celo sobrehumano de algunos combatientes-historiadores (historiadores de sí mismos) logró que, entre los escombros de muchos metros de espesor o escondidos detrás de los muros, otros historiadores encontrasen los testimonios de cómo, día a día, en aquel *ghetto* se había vivido y se había muerto. Todos los archivos de los Lager fueron quemados durante los últimos días de la guerra. Ha sido verdaderamente una pérdida irreparable, hasta el punto de que hoy se discute todavía si los muertos fueron cuatro, seis u ocho millones pero, en cualquier caso, se trata de millones. Antes de que los nazis hubiesen recurrido a los múltiples y gigantescos crematorios, los innumerables cadáveres de las víctimas, deliberadamente asesinadas o consumidas por las privaciones y las enfermedades, podían constituir una prueba, y tenían que ser eliminados fuera como fuera. La primera solución, tan macabra que cuesta decidirse a contarla, fue la de amontonar simplemente los cadáveres, centenares de miles de cadáveres, en grandes fosas comunes. Se hizo especialmente en Treblinka, en otros Lager menores y en la retaguardia rusa. Era una solución provisional, tomada con una despreocupación bestial cuando los ejércitos alemanes triunfaban en todos los frentes y la victoria final parecía segura: ya se vería *después* lo que habría que hacer, el vencedor es dueño también de la verdad, puede manipularla como quiere, ya se justificarían las fosas comunes de alguna manera. Se harían desaparecer o se atribuirían a los soviéticos (que, por otra parte, en Katyn demostraron que no se quedaban atrás). Pero tras la derrota de Stalingrado lo pensaron mejor: más valía no dejar huellas. Los mismos prisioneros fueron obligados a desenterrar aquellos desdichados restos y a quemarlos en hogueras al aire libre, como si una operación de tamañas proporciones y tan poco habitual pudiese pasar desapercibida.

Los mandos de las SS y los servicios de seguridad se dedicaron, después, con el mayor esmero, a evitar que quedara testimonio alguno. Éste es el sentido (difícilmente podría pensarse en otro) de los agónicos traslados, en apariencia descabellados, con que se terminó la historia de los campos nazis en los primeros meses de 1945: los sobrevivientes de Majdanek a Auschwitz, los de Auschwitz a Buchenwald y a Mauthausen, los de Buchenwald a Bergen Belsen, las mujeres de Ravensbrück a Schwerin. En resumen, todos debían ser sustraídos a la liberación, deportados de nuevo hacia el corazón de Alemania, que estaba siendo invadida por el este y por el oeste; no importaba que muriesen por el camino, lo que importaba es que no contasen nada. En realidad, después de haber sido centros de terror político, luego fábricas de muerte y, sucesivamente (o al mismo tiempo), una ilimitada reserva de mano de obra esclava continuamente renovada, los Lager se habían hecho peligrosos para la Alemania moribunda, porque guardaban el secreto de ellos mismos, el mayor crimen cometido en la historia de la humanidad. El ejército de larvas que todavía vegetaba en ellos estaba formado por *Geheimnisträger*, detentores de secretos, de los cuales era necesario librarse; destruidas ya las fábricas de exterminio, a su vez elocuentes, se decidió trasladarlos al interior, con la absurda esperanza de poder recluirlos todavía en otros Lager, menos amenazados por los frentes que se iban acercando, y de explotar su última capacidad laboral. Y con otra esperanza menos absurda: que el tormento de aquellos éxodos bíblicos redujese su número. En efecto, su número se redujo de forma pavorosa. Sin embargo, hubo alguno que tuvo la suerte y el valor de sobrevivir, y ha quedado para dar testimonio.

Es menos conocido y ha sido menos investigado el hecho de que muchos detentores de secretos se encontrasen también de la otra parte, de parte de los opresores. Aunque fuera verdad que eran muchos los que sabían poco y pocos los que sabían todo. Nadie podrá nunca determinar con precisión cuántos, dentro del aparato nazi, *podían no conocer* las espantosas atrocidades que se estaban cometiendo; cuántos sabían algo, pero estaban en condiciones de fingir que lo ignoraban; y cuántos hubiesen tenido la posibilidad de saberlo todo, pero eligieron la vía más prudente de tener los ojos, los oídos y sobre todo la boca bien cerrados. Como quiera haya sido y, aunque no pueda suponerse que la mayoría de los alemanes aceptara la masacre sin inmutarse, la verdad es que la escasa difusión de la verdad sobre los Lager constituye una de las mayores culpas colectivas del pueblo alemán, y la demostración más clara de hasta qué grado de vileza lo había reducido el terror

hitleriano. Una vileza que se había convertido en hábito, tan profunda que impedía a los maridos hablar con sus mujeres, a los padres con sus hijos. Vileza sin la cual no se habría llegado a las mayores atrocidades, y Europa y el mundo serían hoy distintos.

No hay duda de que quienes conocían la horrible verdad por ser (o haber sido) sus responsables, tenían buenas razones para callar; pero, en cuanto depositarios del secreto, ellos no siempre tenían la vida asegurada, aun cuando callasen. Lo prueba el caso de Stangl y de los demás verdugos de Treblinka que, luego de la insurrección y el desmantelamiento de aquel Lager, fueron trasladados a una de las zonas partisanas más peligrosas.

La ignorancia buscada y el miedo han acallado también muchos posibles testimonios de «civiles» sobre las infamias de los Lager. Especialmente durante los últimos años de la guerra, los Lager constituían un sistema extenso, complejo, profundamente compenetrado con la vida cotidiana del país; se ha hablado con toda razón de *univers concentrationnaire*, pero no era un universo cerrado. Sociedades industriales grandes y pequeñas, haciendas agrícolas, fábricas de armamentos, sacaban provecho de la mano de obra prácticamente gratuita que proporcionaban los campos. Algunas agotaban a los prisioneros sin piedad y aceptaban el principio inhumano (y estúpido también) de las SS, según el cual, un prisionero era igual a otro y, si moría de cansancio podía ser substituido de inmediato; unas pocas intentaban cautamente aligerar sus penas. Otras industrias, o tal vez las mismas, sacaban provecho del aprovisionamiento de los propios Lager: maderas, materiales de construcción, la tela a rayas de los uniformes de los prisioneros, las verduras desecadas para el potaje, etcétera. Los numerosos hornos crematorios habían sido proyectados, construidos, montados y verificados por una empresa alemana, la Topf de Wiesbaden (que aún estaba activa a finales de 1975: construía crematorios para uso civil, y no había considerado necesario hacer cambios en su razón social). Es difícil pensar que el personal de estas empresas no se diese cuenta del significado exacto de la calidad y de la cantidad de las instalaciones que les encargaban los mandos de las SS. El mismo razonamiento puede hacerse, y se ha hecho, en lo que se refiere al suministro del veneno empleado en las cámaras de gas de Auschwitz. El producto, esencialmente ácido cianhídrico, se usaba desde hacía muchos años para desinfectar bodegas, pero el brusco aumento de la demanda a partir de 1942 no podía pasar inadvertido. Debía provocar dudas, y ciertamente las provocó, pero fueron sofocadas por el miedo, por el afán de lucro, por la ceguera y la voluntaria ignorancia ya aludida, y, en algunos casos (probablemente pocos), por la fanática obediencia nazi.

Es natural y obvio que la fuente esencial para la reconstrucción de la verdad en los campos esté constituida por las memorias de los sobrevivientes. Más allá de la conmiseración y de la indignación que suscitan, son leídas con ojos críticos. Para un verdadero conocimiento del Lager, los mismos Lager no eran un buen observatorio. En las condiciones inhumanas en que se mantenía a los prisioneros es raro que éstos pudiesen adquirir una visión de conjunto de su universo. Podía suceder, sobre todo para quienes no entendían el alemán, que los prisioneros no supiesen siquiera en qué punto de Europa se encontraba el Lager donde estaban y al qué habían llegado después de un viaje agónico y tortuoso en vagones sellados. No conocían la existencia de otros Lager aunque estuviesen a pocos kilómetros de distancia de ellos. No sabían para quién trabajaban. No entendían el significado de ciertos cambios imprevistos en las condiciones ni los traslados en masa. Rodeado por la muerte, muchas veces el deportado no estaba en condiciones de valorar la magnitud de la aniquilación que se estaba llevando a cabo ante sus ojos. El compañero que hoy trabajaba a su lado, mañana había desaparecido: podía estar en la barraca de al lado o borrado del mapa; no había posibilidad de saberlo. Se sentía, en resumen, dominado por un enorme edificio de violencia y de amenaza, pero no podía formarse una imagen de él porque tenía los ojos pegados al suelo por las vitales necesidades cotidianas de cada minuto.

Esta carencia de visión general ha condicionado los testimonios, orales o escritos, de los prisioneros «normales», de los no privilegiados, es decir, de aquellos que constituían el nervio de los campos y escaparon a la muerte sólo gracias a una combinación de sucesos fortuitos. Eran mayoría en el Lager, pero una minoría exigua entre los sobrevivientes: entre ellos son mucho más numerosos los que en la prisión gozaron de algún privilegio. Al cabo de los años se puede afirmar

hoy que la historia de los Lager ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto, o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incomprensión.

Por otra parte, los testigos «privilegiados» disponían de un observatorio ciertamente mejor, aunque más no fuese porque estaba en una situación elevada y, por consiguiente, dominaba un horizonte más extenso, aunque estuviese también falseado, en mayor o menor medida, por el mismo privilegio. Hablar del privilegio (¡no sólo en los Lager!) es una cuestión delicada, y trataré de hacerlo con la mayor objetividad posible; aludiré aquí sólo al hecho de que los privilegiados por excelencia, los que habían accedido al privilegio por haberse sometido a las autoridades del campo, no han testimoniado en absoluto, por motivos obvios, o bien han dejado testimonios llenos de lagunas, distorsionados o totalmente falsos. Los mejores historiadores del Lager han surgido, por consiguiente, entre los contadísimos que han tenido la habilidad y la suerte de llegar a un lugar de observación privilegiado sin someterse y la capacidad de contar lo que han visto, sufrido y hecho, con la humildad de un buen cronista, es decir, teniendo en cuenta la complejidad del fenómeno Lager, y la variedad de los destinos humanos que allí se cruzaban. Era lógico que estos historiadores hayan sido casi todos prisioneros políticos: porque los Lager eran un fenómeno político; porque los políticos, mucho más que los judíos y los criminales (éstas eran, como se sabe, las tres categorías principales de los prisioneros), podían recurrir a un fondo cultural que les permitiese interpretar los hechos que presenciaban; porque, precisamente como ex combatientes, o incluso como combatientes antifascistas, se daban cuenta de que su testimonio era un acto de guerra contra el fascismo; porque tenían un acceso más fácil a los datos estadísticos; y, en resumen, porque con frecuencia, además de ocupar puestos importantes en los Lager, pertenecían a las organizaciones secretas de la defensa. Al menos en los últimos años sus condicionamientos de vida eran tolerables, hasta el punto de permitirles, por ejemplo, escribir y conservar sus apuntes; cosa que no era imaginable que ocurriese con los judíos, y que los criminales no tenían ningún interés en hacer.

Por todas las razones aquí señaladas, la verdad sobre los Lager ha ido saliendo a la luz a través de un camino largo y de una puerta estrecha. Muchos aspectos del universo de los campos de concentración no han sido todavía examinados en profundidad. Han transcurrido ya más de cuarenta años desde la liberación de los Lager nazis; durante este respetable período han surgido impresiones contradictorias que intentaré reseñar con el fin de clarificarlas.

En primer lugar, el tiempo transcurrido ha permitido la decantación, proceso normal y deseable que otorga la perspectiva y el claroscuro sólo posibles de percibir decenios después de acaecidos los hechos. Al terminar la Segunda guerra mundial, los datos cuantitativos sobre las deportaciones y sobre las matanzas nazis, en el Lager y en otras partes no se conocían todavía. Tampoco era fácil asimilar su alcance ni sus pormenores. Apenas desde hace unos años se está comprendiendo que las matanzas nazis han sido tremendamente «ejemplares» y que, si no ocurre algo peor en los años próximos, serán recordadas como el hecho central, la mancha de este siglo.

Por otra parte, el transcurso del tiempo está provocando otros efectos históricamente negativos. La mayor parte de los testigos, de la defensa y de la acusación, han desaparecido ya. Los que quedan y todavía están dispuestos a dar testimonio (superando sus remordimientos o sus heridas), tienen recuerdos cada vez más borrosos y distorsionados. Con frecuencia, sin darse ellos mismos cuenta, están influidos por noticias de las que se han enterado más tarde, por lecturas o relatos ajenos. En algunos casos, naturalmente, el olvido es simulado, pero los muchos años transcurridos lo hacen verosímil, aun en un juicio: los «no sé» o «no sabía» de muchos alemanes de hoy, ya no escandalizan. Sí escandalizaban, o debían haber escandalizado, cuando los hechos acababan de suceder.

De otra simplificación somos responsables nosotros, los sobrevivientes, o, más exactamente, aquellos sobrevivientes, que han aceptado vivir su condición del modo más fácil y menos crítico. No es cierto que las ceremonias y las celebraciones, los monumentos y las banderas, sean siempre y en todas partes lamentables. Cierta dosis de retórica es tal vez indispensable para que los recuerdos duren. Que los sepulcros, las «urnas de los héroes» encienden los ánimos para lograr acciones

insignes o que, al menos, conservan la memoria de la hazañas realizadas, era cierto en los tiempos de Fóscolo y sigue siéndolo hoy; pero hay que tener cuidado con las simplificaciones llevadas al extremo. Toda víctima debe ser compadecida, todo sobreviviente debe ser ayudado y compadecido, pero no siempre deben ponerse como ejemplo sus conductas. El interior del Lager era un microcosmos intrincado y estratificado; la zona «gris» de la que hablaré más adelante, la de los prisioneros que en alguna medida —tal vez persiguiendo un objetivo válido— han colaborado con las autoridades, no era despreciable sino que constituía un fenómeno de fundamental importancia para el historiador, el psicólogo y el sociólogo. No hay prisionero que no lo recuerde, y que no recuerde su estupor de entonces: las primeras amenazas, los primeros insultos, los primeros golpes no venían de las SS sino de los otros prisioneros, de «compañeros», de aquellos misteriosos personajes que, sin embargo, se vestían con la misma túnica a rayas que ellos, los recién llegados, acababan de ponerse.

Este libro quiere contribuir a aclarar algunos aspectos del fenómeno Lager que todavía están oscuros. Se propone también un fin más ambicioso; querría responder a la pregunta más apremiante, a la pregunta que angustia a todos aquellos que han tenido ocasión de leer nuestros relatos: ¿hasta qué punto ha muerto y no volverá el mundo del campo de concentración así como han muerto la esclavitud o el código de los duelos? ¿Hasta qué punto ha vuelto o está volviendo? ¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros para que en este mundo preñado de amenazas, ésta, al menos, desaparezca?

No ha sido mi intención ni habría sido yo capaz de escribir una obra de historiador, es decir, de examinar exhaustivamente las fuentes. Me he limitado casi con exclusividad a los Lager nacionalsocialistas, porque son sólo éstos los que he conocido por experiencia propia. También he tenido sobre ellos una copiosa experiencia indirecta, a través de libros leídos, relatos escuchados y encuentros con lectores de mis dos primeros libros. Además, hasta el momento en que escribo y, no obstante el horror de Hiroshima y Nagasaki, la vergüenza de los Gulag, la inútil y sangrienta campaña de Vietnam, el autogenocidio de Camboya, los desaparecidos en la Argentina, y las muchas guerras atroces y estúpidas a que hemos venido asistiendo, el sistema de campos de concentración nazi continúa siendo un *unicum*, en cuanto a magnitud y calidad. En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo: nunca han sido extinguidas tantas vidas humanas en tan poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad. Nadie absuelve a los conquistadores españoles de las matanzas perpetradas en América durante todo el siglo XVI. Parece que causaron la muerte de por lo menos 60 millones de indios; pero actuaban por su cuenta, sin instrucciones de su gobierno o en contra de ellas; y distribuyeron sus «crímenes», en realidad muy poco planificados, a lo largo de un arco de más de cien años; y colaboraron con ellos las epidemias que involuntariamente llevaron consigo. En resumen, ¿no habíamos tratado de librarnos de todo ese horror dando por sentado que se trataba de «cosas de otros tiempos»?

I. El recuerdo de los ultrajes

La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz. Es una verdad sabida, y no sólo por los psicólogos sino por cualquiera que haya dedicado alguna atención al comportamiento de los que lo rodean, o a su propio comportamiento. Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no sólo tienden a borrarse con los años sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas. Lo saben muy bien los magistrados: casi nunca ocurre que dos testigos presenciales de un hecho lo describan del mismo modo y con las mismas palabras, aunque el suceso sea reciente y ninguno de los dos tenga interés en deformarlo. Esta escasa fiabilidad de nuestros recuerdos se explicará de modo satisfactorio sólo cuando sepamos en qué lenguaje, con qué alfabeto están escritos, sobre qué materia, con qué pluma: hoy por hoy es una meta de la que estamos lejos. Se conocen algunos de los mecanismos que falsifican la memoria en determinadas condiciones: los traumas, y no sólo los cerebrales; la interferencia de otros recuerdos «concurrentes»; estados anormales de la conciencia; represiones, distanciamientos. Incluso en las condiciones más normales se opera una lenta degradación, una ofuscación de los contornos, un olvido que podemos llamar fisiológico y al cual pocos recuerdos resisten. Es probable que podamos reconocer aquí una de las grandes fuerzas de la naturaleza, la misma que convierte el orden en desorden, la juventud en vejez, la que apaga la vida con la muerte. Es verdad que el ejercicio (en este caso, la evolución frecuente) conserva los recuerdos frescos y vivos, del mismo modo que se conserva eficaz un músculo que se ejercita con frecuencia; pero es verdad también que un recuerdo evocado con demasiada frecuencia, y específicamente en forma de narración, tiende a fijarse en un estereotipo, en una forma ensayada de la experiencia, cristalizada, perfeccionada, adornada, que se instala en el lugar del recuerdo crudo y se alimenta a sus expensas.

Trato de examinar aquí los recuerdos de experiencias límite, de ultrajes sufridos o infligidos. En ese caso, entran en acción todos o casi todos los factores que pueden obliterar o deformar las huellas mnémicas*: el recuerdo de un trauma, padecido o infligido, es en sí mismo traumático porque recordarlo duele, o al menos molesta: quien ha sido herido tiende a rechazar el recuerdo para no renovar el dolor; quien ha herido arroja el recuerdo a lo más profundo para librarse de él, para aligerar su sentimiento de culpa.

Aquí, donde como en otros fenómenos, nos encontramos ante una paradójica analogía entre la víctima y el opresor, necesitamos aclarar las cosas: los dos están en la misma trampa, pero es el opresor, y sólo él quien la ha preparado y quien la ha hecho dispararse, y si sufre, es justo que sufra; pero es inicuo que sufra su víctima, que es quien sufre, aun a decenios de distancia. Debemos constatar una vez más, dolorosamente, que el ultraje es incurable: se arrastra con el tiempo y las Erinnias, en las que es preciso creer, no acosan tan sólo al torturador (si es que lo acosan, con la ayuda de la justicia humana o sin ella), perpetúan el ultraje cometido por él al negar la paz al atormentado. No pueden leerse sin espanto las palabras que ha dejado escritas Jean Améry, el filósofo austriaco torturado por la *Gestapo* porque había sido miembro activo de la resistencia belga, y después deportado a Auschwitz porque era judío:

Quien ha sido torturado lo sigue estando (...). Quien ha sufrido el tormento no podrá ya encontrar lugar en el mundo, la maldición de la impotencia no se extingue jamás. La fe en la

* Así en el original [nota del escaneador], se supone que querrá decir **mnemónica** (del lat. «mnemonica») f. *Mnemotecnia*.

humanidad, tambaleante ya con la primera bofetada, demolida por la tortura luego, no se recupera jamás.

La tortura fue para él una muerte interminable: Améry, de quien volveré a hablar en el capítulo sexto, se suicidó en 1978.

Dejemos las confusiones, los freudismos mezquinos, la morbosidad, la indulgencia. El opresor sigue siéndolo, y lo mismo ocurre con la víctima: no son intercambiables, el primero debe ser castigado y execrado (pero, si es posible, debe ser también comprendido); la segunda debe ser compadecida y ayudada; pero ambos, ante la impudicia del hecho que ha sido cometido irrevocablemente, necesitan un refugio y una defensa, y van, instintivamente, en su busca. No todos, pero sí la mayoría; casi siempre durante toda la vida.

Disponemos ya de numerosas confesiones, declaraciones, admisiones de parte de los opresores (no hablo sólo de los nacionalistas alemanes, sino de todos aquellos que cometen múltiples y horrendos delitos por cumplir órdenes: unas conseguidas durante un juicio, otras en el curso de alguna entrevista, otras contenidas en libros o memoriales. A mi parecer son documentos de mucha importancia. En general interesan poco las descripciones de las cosas vistas y de los actos realizados, que coinciden ampliamente con cuanto las víctimas cuentan; muy pocas veces se las ha negado, han pasado a los juzgados y ya son parte de la historia. Muchas veces se entregan por escrito. Pero mucho más importantes son los motivos y las justificaciones: ¿Por qué lo hacías? ¿Te dabas cuenta de que estabas cometiendo un delito?

Las respuestas a estas dos preguntas, o bien a otras similares son muy semejantes entre sí, independientemente de la personalidad del interrogado, sea éste un profesional ambicioso e inteligente como Speer, un fanático glacial como Eichmann, funcionarios miopes como Stangl de Treblinka y Höss de Auschwitz o animales obtusos como Boger y Kaduk, inventores de torturas. Expresadas de distinta manera, y con mayor o menor soberbia de acuerdo con el nivel mental y cultural del hablante, todas vienen a decir esencialmente lo mismo: lo hice porque me lo mandaron; otros (mis superiores) han cometido actos peores que los míos; dada la educación que he recibido y el ambiente en que he vivido no podía hacer otra cosa; si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro en mi lugar, con más brutalidad. Para quien lee estas justificaciones, la primera reacción es de espanto: éstos mienten, no pueden pensar que se les vaya a creer, no pueden dejar de ver la distancia que hay entre sus excusas y la magnitud de dolor y muerte que han causado. Mienten a sabiendas: obran de mala fe.

Pero quien tenga experiencia suficiente de las cosas humanas sabe que la distinción (la oposición, diría un lingüista) buena fe/mala fe es optimista e ilustrada, y es así tanto más y con tanto mayor razón si se aplica a hombres como a los que acabamos de nombrar. Presupone una claridad mental que pocos tienen y que, incluso estos pocos, pierden inmediatamente cuando, por cualquier motivo, la realidad pasada, o presente provoca en ellos ansia o desasosiego. En estas condiciones sí es cierto que hay quien miente conscientemente falseando a sangre fría la irrefutable realidad, pero son más numerosos aquellos que levantan anclas, se alejan —momentáneamente o para siempre— de los recuerdos auténticos y se fabrican una realidad más cómoda. El pasado les pesa; sienten repugnancia por las cosas que han hecho o sufrido y tienden a sustituirlas por otras. Es posible que, al iniciar la sustitución, lo haga con plena conciencia de estar creando un guión enmendado, mendaz, restaurado, pero menos doloroso que el verdadero; conforme se lo va repitiendo a los demás, pero también a sí mismo, las distinciones entre lo verdadero y lo falso pierden progresivamente sus contornos y el hombre termina por creer plenamente en el relato que ha hecho tantas veces y que sigue haciendo, limando y retocando acá y allá los detalles menos creíbles, incongruentes o incompatibles en el cuadro de los sucesos de los cuales dice estar enterado: la mala fe inicial se ha convertido en buena fe. El paso silencioso de la mentira al autoengaño es útil: quien Miente de buena fe miente mejor, recita mejor su papel, es creído con más facilidad por el juez, el historiador, el lector, la mujer y los hijos.

Cuanto más se alejan los acontecimientos, más crece y se perfecciona la estructura de la verdad acomodaticia. Creo que sólo a través de este mecanismo mental se pueden interpretar, por ejemplo,

las declaraciones hechas al *Express*, en 1978, por Louis Darquier de Pellepoix, que fue comisario encargado de los asuntos judíos del gobierno de Vichy hacia 1942, y como tal, responsable personalmente de la deportación de 70.000 judíos. Darquier lo niega todo: las fotos de los montones de cadáveres son montañas; las estadísticas de los millones de muertos han sido inventadas por los judíos, siempre ávidos de publicidad, de compasión y de indemnizaciones; las deportaciones, puede que hayan sido ciertas (habría sido difícil que las pusiese en duda: su firma aparece al pie de demasiadas cartas que dan instrucciones para dichas deportaciones, incluso de niños), pero él no sabía adónde ni con qué fin; en Auschwitz, es verdad que había cámaras de gas pero sólo se usaban para matar piojos y, por lo demás (y adviértase la incoherencia) fueron construidas con intenciones propagandísticas terminada la guerra. No trato de justificar a este hombre vil y necio, y me duele saber que ha vivido mucho tiempo en España sin ser molestado, pero creo que en él puede verse el caso típico de quien acostumbrado a mentir públicamente, termina mintiendo también en privado, mintiéndose a sí mismo, edificándose una verdad confortable que le permite vivir en paz. Distinguir entre buena y mala fe es tarea difícil: requiere una sinceridad profunda consigo mismo, exige un esfuerzo continuo, intelectual y moral. ¿Cómo puede pedirse tal esfuerzo de hombres como Darquier?

Si se leen las declaraciones hechas por Eichmann durante el proceso de Jerusalén, y de Rudolf Höss (el penúltimo jefe de Auschwitz, inventor de las cámaras de ácido cianhídrico) en su autobiografía, se reconoce un proceso de elaboración del pasado más sutil que aquel al que hemos hecho referencia. En resumen, uno y otro se han defendido a la manera clásica de los gregarios nazis, o mejor dicho, de todos los gregarios: nos han educado en la obediencia absoluta, en la jerarquía, en el nacionalismo; nos han atiborrado de eslóganes, embriagado de ceremonias y manifestaciones; nos han enseñado que lo único justo era lo que favorecía a nuestro pueblo, y que la única verdad eran las palabras del jefe. ¿Qué queráis que hiciésemos? ¿Cómo podíais pretender de nosotros un comportamiento distinto del que hemos tenido y del de todos aquellos que eran como nosotros? Hemos sido ejecutores diligentes, y por nuestra diligencia hemos sido elogiados y ascendidos. Las decisiones no las hemos tomado nosotros, porque en el régimen en que hemos crecido no se permitían decisiones autónomas: son otros quienes han decidido por nosotros, y no podía ser de otra manera porque se nos había amputado la capacidad de decidir. No sólo teníamos prohibido decidir sino que habíamos llegado a estar imposibilitados para hacerlo. Por eso no somos responsables y no podemos ser castigados.

Aunque esté proyectado sobre el fondo de los caminos de Birkenau, este razonamiento no puede ser interpretado únicamente como de la desvergüenza más descarada. La presión que un Estado totalitario moderno puede ejercer sobre el individuo es pavorosa. Tiene tres armas fundamentales: la propaganda, directa o camuflada, la educación, la instrucción, la cultura popular; la barrera que impide la pluralidad de las informaciones; el terror. Sin embargo, no es lícito admitir que esta presión sea irresistible y, mucho menos, en el breve espacio de los doce años del Tercer Reich: en las afirmaciones y disculpas de hombres con responsabilidades gravísimas, como eran Höss y Eichmann, está clara la exageración y más clara todavía la manipulación del recuerdo. Ambos habían nacido y habían sido educados mucho antes de que el régimen se convirtiese en realmente «totalitario». Su adhesión a él había sido una elección dictada más por el oportunismo que por el entusiasmo. La reelaboración de su pasado ha sido una obra posterior, lenta y (probablemente) no metódica. Preguntarse si esa reelaboración se ha hecho de buena o de mala fe es ingenuo. También ellos, tan recios ante el dolor ajeno, cuando el destino los ha puesto delante de un juez, delante de la muerte que han merecido, se han fabricado un pasado a su gusto y han terminado por creérselo: de modo especial Höss, que no era un hombre inteligente. Tal como aparece en su escrito, era un personaje tan poco propenso al autocontrol y a la introspección que no se daba cuenta de estar confirmando su burdo antisemitismo en el mismo momento en que negaba y renegaba de él. Tampoco se daba cuenta de lo inconsistente que resultaba su autorretrato de buen funcionario, buen padre y buen marido.

A propósito de estas reconstrucciones del pasado (es una observación que vale no sólo para éstas sino para todas las memorias) debe advertirse que la distorsión de los hechos está con mucha

frecuencia limitada por la objetividad de los hechos mismos, sobre los cuales existen testimonios de terceros, pruebas escritas, «cuerpos del delito», contextos históricamente documentados. En general es difícil negar que se ha cometido determinada acción, o que tal acción haya sido consumada; pero, por el contrario, es muy fácil alterar los motivos que nos han conducido a una acción, y las pasiones que dentro de nosotros la han acompañado. Es un tema extremadamente versátil, sujeto a deformaciones cuando está sometido a presiones por débiles que sean; para las preguntas de «¿por qué lo hiciste?» o «¿qué pensabas al hacerlo?» no hay respuestas creíbles. Los estados de ánimo son lábiles por naturaleza y aún más lábil es su recuerdo.

La mayor deformación del recuerdo de un crimen cometido es su supresión. También aquí los límites entre la buena y la mala fe pueden ser vagos; detrás de los «no sé» o «no recuerdo» que se escuchan en los tribunales existe a veces el propósito de mentir, pero otras se trata de una mentira fosilizada, encorsetada en una fórmula. Lo memorable ha querido convertirse en inmemorial y lo ha conseguido: a fuerza de negar su existencia ha expulsado de sí el recuerdo nocivo, como se expulsa una secreción o un parásito. Los abogados defensores saben muy bien que el vacío de memoria, o la verdad putativa que sugieren a sus clientes tienden a convertirse en olvido y en verdad de hecho. No hay que atravesar la frontera de las enfermedades mentales para encontrar ejemplos humanos cuyas afirmaciones nos dejen perplejos: con toda seguridad son falsas, pero no podemos distinguir si el sujeto sabe o no sabe que miente. Si suponemos, por reducción al absurdo, que el mentiroso se convierte por un instante en veraz, ni él mismo podría resolver el dilema; en la representación de su mentira es un actor totalmente fundido con su personaje, no puede diferenciarse de él. Un ejemplo que tenemos muy a la vista, en estos días en que escribo, es el comportamiento ante los tribunales del turco Alí Agca, que ha cometido el atentado contra Juan Pablo II.

El mejor modo para defenderse de la invasión de recuerdos que pesan es impedir su entrada, tender una barrera sanitaria a lo largo de la frontera. Es más fácil impedir la entrada de un recuerdo que librarse de él después de haber sido registrado. Para esto, en última instancia, servían muchos de los artificios elegidos por los jefes nazis para proteger la conciencia de quienes estaban dedicados a los trabajos sucios, asegurándose así sus servicios, desagradables incluso para los asesinos más endurecidos. A los *Einsatzkommandos*, que en la retaguardia del frente ruso ametrallaban a los civiles a la orilla de las fosas comunes que las mismas víctimas eran obligadas a cavar, se les distribuía alcohol a voluntad, de manera que la matanza fuera velada por la embriaguez. Los bien conocidos eufemismos («solución final», «tratamiento especial», la misma palabra «*Einsatzkommando*» recién citada, que significa literalmente «Unidad de emergencia» pero que enmascaraba una realidad espantosa) no servían sólo para engañar a las víctimas y evitar sus reacciones defensivas: servían también, hasta donde era posible, para impedir que la opinión pública, y las mismas guarniciones de las fuerzas armadas que no estaban implicadas llegasen a saber lo que estaba sucediendo en todos los territorios ocupados por el Tercer Reich.

Por otra parte, toda la historia breve «Reich Millenario» puede ser releída como una guerra contra la memoria, una falsificación orwelliana de la memoria, una falsificación de la realidad, una negación de la realidad, hasta la huida definitiva de la misma realidad. Todas las biografías de Hitler, los desacuerdos sobre la interpretación que debe darse a la vida de este hombre tan difícil de catalogar, están de acuerdo en la huida de la realidad es lo que marcó sus últimos años, especialmente a partir del primer invierno ruso. Había prohibido y negado a sus súbditos el acceso a la verdad, envenenando su moral y su memoria; pero, de manera cada vez más creciente hasta la paranoia del Bunker, había ido levantando barreras al camino de la verdad incluso a sí mismo. Como todos los jugadores de azar se había armado un decorado hecho de mentiras supersticiosas, en el que había terminado por creer con la misma fe fanática que pretendía de todo alemán. Su derrumbamiento no sólo fue la salvación del género humano sino también una demostración del precio que se paga cuando se manipula la verdad.

En el campo mucho más vasto de las víctimas también se observa una desviación de la memoria, pero aquí, evidentemente, falta la intención de engañar. Quien recibe una ofensa o es víctima de una injusticia, no tiene ninguna necesidad de inventarse mentiras para disculparse de un crimen que no

ha cometido (aunque pueda, por un mecanismo paradójico del que hablaremos luego, experimentar vergüenza); pero ello no excluye que sus recuerdos puedan también sufrir alteraciones. Se ha observado, por ejemplo, que muchos supervivientes de las guerras o de otras experiencias complejas o traumáticas tienden a filtrar conscientemente sus recuerdos: cuando los rememoran entre ellos o se los cuentan a terceros, prefieren detenerse en las treguas, en los momentos de respiro, en los intermedios grotescos, extraños o distendidos, y sobrevolar por encima de los episodios más dolorosos. Estos últimos no son llamados voluntariamente de la reserva de la memoria. Por eso tienden a nublarse con el tiempo, a perder sus contornos. Es psicológicamente creíble el comportamiento del Conde Ugolino, que experimenta pudor al contar a Dante su terrible muerte, y se decide a hacerlo no por condescendencia sino tan sólo por venganza póstuma contra su eterno enemigo. Cuando decimos «no lo olvidaré nunca», refiriéndose a cualquier acontecimiento que nos ha herido profundamente, pero que no ha dejado en nosotros o a nuestro alrededor ninguna huella material ni ninguna ausencia permanente, hablamos con atolondramiento. También en la vida «civil» olvidamos con facilidad los detalles de una enfermedad grave que hemos logrado vencer o de una operación quirúrgica que ha salido bien.

Con fines defensivos, la realidad puede ser distorsionada no sólo en el recuerdo sino también en el momento en que está sucediendo. Durante todo el año de la prisión de Auschwitz tuve un amigo fraterno, Alberto D.: era un joven robusto y valiente, más lúcido que la mayoría y, por lo mismo, muy crítico con relación a quienes se hacían y se suministraban generosamente consoladoras ilusiones («la guerra va a terminar en dos semanas», «ya no va a haber selecciones», «los ingleses han desembarcado en Grecia», «los partisanos polacos están a punto de liberar el campo», eran cosas que se oían casi todos los días y que, invariablemente, eran desmentidas por la realidad). Alberto había sido deportado junto con su padre, que tenía cuarenta y cinco años. En la inminencia de la gran selección de octubre de 1944, Alberto y yo habíamos estado comentando el hecho con espanto, cólera impotente, rebeldía, resignación, pero sin tratar de buscar refugio en una verdad consoladora. Llegó la selección, el «viejo» padre de Alberto fue elegido para las cámaras de gas y Alberto cambió, en el transcurso de pocas horas. Había oído conversaciones dignas de crédito: los rusos se acercaban, los alemanes ya no se atrevían a continuar su destrucción, aquélla no era una selección como las demás, no era para las cámaras de gas, la habían hecho para elegir a los prisioneros debilitados, pero recuperables, como su padre precisamente, que estaba muy cansado pero no enfermo; y hasta se había enterado de adónde los mandaban, a Jaworzno, no lejos de allí, a un campo especial para convalecientes que sólo podían realizar trabajos que no exigieran demasiado esfuerzo.

Como es natural, del padre no volvió a saberse nada y el mismo Alberto desapareció durante la evacuación del campo, en enero de 1945. Es curioso que, sin conocer la reacción de Alberto, los parientes habían quedado escondidos en Italia para escapar a la captura, se condujeron como él, rechazando la insoportable verdad y fabricándose otra. Apenas fui repatriado, sentí el deber de ir inmediatamente a la ciudad de Alberto para contar a su madre y a su hermano todo lo que sabía. Me acogieron con afectuosa cortesía, pero apenas hube empezado mi relato la madre me pidió que no continuase: ya lo sabía todo, al menos en lo que a Alberto se refería. No tenía sentido que yo repitiese las acostumbradas historias de horror. Ella *sabía* que su hijo, sólo él, había logrado alejarse de la columna sin que las SS le disparasen, se había escondido en el bosque y estaba a salvo en manos de los rusos; todavía no había podido enviarles noticias, pero lo haría muy pronto, de eso estaba segura. Y ahora, por favor, me pedía que cambiase de tema y le contara cómo me había salvado yo. Un año después estuve por casualidad de paso en la misma ciudad y visité otra vez a la familia. La verdad había cambiado ligeramente: Alberto estaba en una clínica soviética, estaba bien, pero había perdido la memoria, no se acordaba ni de su propio nombre; estaba mejorando y volvería pronto con toda seguridad, lo sabía de fuente segura.

Alberto no ha vuelto nunca. Han pasado más de cuarenta años; yo no he tenido valor para presentarme de nuevo allí y contraponer mi dolorosa versión a la «verdad» consoladora que, se habían construido los parientes de Alberto.

Necesito disculparme. Este mismo libro está empapado de recuerdos, de recuerdos lejanos. Procede, por consiguiente, de una fuente sospechosa, y como tal debe ser defendido contra sí mismo. Por lo tanto está preñado de consideraciones más que de recuerdos, se apoya más en las circunstancias tal como hoy están que la crónica retrospectiva. Además, los datos que contiene están reforzados en gran medida por la imponente literatura sobre el tema del hombre hundido (o «salvado») que se ha ido formando, incluso con la colaboración, voluntaria o involuntaria de los culpables de entonces; y en ese «corpus» las concordancias son abundantes, las discordancias despreciables. En cuanto a mis recuerdos personales y a las pocas anécdotas inéditas que he citado y citaré, las he cribado todas diligentemente: el tiempo las ha decolorado un poco, pero están en estrecha armonía con el fondo del tema y me parecen indemnes a las desviaciones que he descrito.

II. La zona gris

¿Hemos sido capaces los sobrevivientes de comprender y de hacer comprender nuestra experiencia? Lo que entendemos comúnmente por «comprender» coincide con «simplificar»: sin una profunda simplificación el mundo que nos rodea sería un embrollo infinito e indefinido que desafiaría nuestra capacidad de orientación y de decidir nuestras acciones. Estamos obligados a reducir a un esquema lo cognoscible. A ese fin tienden los admirables instrumentos que nos hemos construido en el curso de nuestra evolución y que son específicos del género humano: el lenguaje y el pensamiento conceptual.

También tendemos a simplificar la historia; pero el esquema en el que se ordenan los hechos no siempre es posible determinarlo de modo unívoco y, por eso, puede suceder que distintos historiadores comprendan y construyan la historia de modos incompatibles entre sí. Pero la exigencia de dividir el campo entre «nosotros» y «ellos» es tan imperiosa —tal vez por razones que se remontan a nuestros orígenes de animales sociales— que ese esquema de bipartición amigo-enemigo prevalece sobre todos los demás. La historia popular, y también la historia tal como se enseña tradicionalmente en las escuelas, se ve afectada por esta tendencia maniquea que huye de las medias tintas y la complejidad: se inclina a reducir el caudal de los sucesos humanos a los conflictos, y el de los conflictos a los combates; nosotros y ellos, atenienses y espartanos, romanos y cartagineses. Este es el motivo de la enorme popularidad de espectáculos deportivos como el fútbol, el béisbol y el boxeo, en los cuales los contendientes son dos equipos o dos individuos, definidos e identificables y, al final del juego, habrá vencidos y vencedores. Si empatan, el espectador se siente engañado y desilusionado. Más o menos conscientemente, querría que hubiese ganadores y perdedores, identificándolos, respectivamente, con los buenos y los malos, puesto que son los buenos quienes deben ganar; si no el mundo estaría subvertido.

Este *deseo* de simplificación está justificado; la simplificación no siempre lo está. Es una hipótesis de trabajo, útil cuando se reconoce como tal y no se confunde con la realidad; la mayor parte de los fenómenos históricos y naturales no son simples, o no son simples con la simplicidad que quisiéramos. Ahora bien, la maraña de los contactos humanos en el interior del Lager no era nada sencilla; no podía reducirse a los bloques de víctimas y verdugos. En quien lee (o escribe) hoy la historia de los Lager es evidente la tendencia, y hasta la necesidad, de separar el bien del mal, de poder tomar partido, de repetir el gesto de Cristo en el Juicio Final: de este lado los justos y del otro los pecadores. Y, sobre todo, a los jóvenes les gusta la claridad (los cortes definidos) como su experiencia del mundo es escasa, rechazan la ambigüedad. Sus expectativas, por otra parte, reproducen con exactitud las de los recién llegados al Lager, jóvenes o no. Todos, con excepción de quienes hubiesen pasado ya por una experiencia semejante, esperaban encontrarse con un mundo terrible pero descifrado, de acuerdo con el modelo simple que atávicamente llevamos dentro: «nosotros» dentro y el enemigo fuera, separados por un límite claro, geográfico.

El ingreso en el Lager era, por el contrario, un choque por la sorpresa que suponía. El mundo en el que uno se veía precipitado era efectivamente terrible pero además, indescifrado: no se ajustaba a ningún modelo, el enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el «nosotros» perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, una entre cada uno y el otro. Se ingresaba creyendo, por lo menos, en la solidaridad de los compañeros en desventura, pero éstos, a quienes se consideraba aliados, salvo en casos excepcionales, no eran solidarios: se encontraba uno con incontables mónadas selladas, y entre ellas una lucha desesperada, oculta y continua. Esta revelación brusca, manifiesta desde las primeras horas de prisión —muchas veces de forma inmediata por la agresión concéntrica de quienes se esperaba fuesen los aliados futuros—, era tan dura que podía derribar de un solo golpe la capacidad de resistencia. Para muchos fue mortal, indirecta y hasta directamente: es difícil defenderse de un

ataque para el cual no se está preparado.

En esa agresión pueden distinguirse distintos aspectos. Hay que recordar que el sistema concentracionario —desde sus orígenes, que coinciden con la llegada al poder del nazismo en Alemania— tenía como finalidad principal destruir la capacidad de resistencia de los adversarios: para la dirección del campo, el recién llegado era un adversario por definición, fuera cual fuese la etiqueta que tuviera adjudicada, y debía ser abatido pronto, antes de que se convirtiese en ejemplo o en germen de resistencia organizada. En ese sentido los SS tenían las ideas muy claras y, bajo este aspecto, hay que interpretar todo el ritual siniestro, distinto de un Lager a otro pero el mismo en esencia, que acompañaba el ingreso; las patadas y los puñetazos inmediatos, muchas veces en pleno rostro, la orgía de las órdenes gritadas con cólera real o fingida, el desnudamiento total, el afeitado de las cabezas, las vestiduras andrajosas. Es difícil precisar si todos estos detalles fueron proporcionados por algún especialista o perfeccionados metódicamente basándose en la experiencia. Pero con toda seguridad, premeditados o no, no casuales: había una dirección centralizada y se notaba.

Por otra parte, al ritual del ingreso y al derrumbamiento moral que propiciaba, contribuían también, más o menos conscientemente, los demás componentes del universo concentracionario: los prisioneros del montón, y los privilegiados. Rara vez ocurría que su llegada fuese saludada no digo ya como la de un amigo sino por lo menos como la de un compañero en desgracia; en la mayor parte de los casos, los antiguos (y uno se hacía antiguo en tres o cuatro meses, el paso a esa categoría era rápido) manifestaban fastidio o abierta hostilidad. El «nuevo» (*Zugang*, en alemán, hay que advertir que es un término abstracto, administrativo; significa «ingreso», «entrada») era envidiado porque parecía tener todavía el olor de su casa. Era una envidia absurda porque, en realidad, se sufría mucho más durante los primeros días de prisión que después, cuando ya la costumbre por una parte y la experiencia por otra permitían armarse algún reparo. Era ridiculizado y expuesto a bromas crueles, como sucede en todas partes con los «reclutas» y con las ceremonias de iniciación en los pueblos primitivos. Y no hay duda de que la vida en el Lager comportaba una regresión, reconducía a comportamientos, precisamente, primitivos.

Es probable que, como todas las intolerancias, la hostilidad contra el *Zugang* tuviese en esencia origen en el intento inconsciente de consolidar el «nosotros» a expensas de los «otros», para crear, paradójicamente, la solidaridad entre oprimidos, cuya ausencia era fuente adicional de sufrimiento aunque no se percibiera así claramente. Se ponía en juego también la busca del prestigio que, en nuestra civilización, parece ser un objetivo imposible de suprimir: la multitud despreciada de los «antiguos» tendía a ver en el recién llegado un blanco en quien desahogar su humillación, a encontrar a su costa una compensación, a crear a su costa un individuo de menor rango a quien arrojar el peso de los ultrajes recibidos de arriba.

Por lo que se refiere a los prisioneros privilegiados, la cuestión es más compleja, y más importante; a mi parecer, también es fundamental. Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal, como era el nacionalsocialismo, convierta en santos a sus víctimas, por el contrario, las degrada, las asimila a él, y tanto más cuanto más vulnerables sean ellas, vacías, privadas de un esqueleto político o moral. Son muchos los signos que indican que ha llegado el tiempo de explorar el espacio que separa a las víctimas de los perseguidores (y no sólo en los Lager nazis!), y hacerlo con una mano más ágil y un espíritu menos confuso de como se ha hecho, por ejemplo, en algunas películas. Sólo una retórica esquemática puede sostener que tal espacio esté vacío: nunca lo está, está constelado de figuras torpes o patéticas (a veces poseen al mismo tiempo las dos cualidades) que es indispensable tener presente si queremos conocer a la especie humana, si queremos poder defender nuestras almas en el caso de que volvieran a verse sometidas a otra prueba semejante o si, únicamente, queremos ente, ramos de lo que ocurre en un gran establecimiento industrial.

Los prisioneros privilegiados estaban en minoría dentro de la población del Lager pero representaron, en cambio, una gran mayoría entre los sobrevivientes; en realidad, aun sin tener en cuenta el cansancio, los golpes, el frío, las enfermedades, debemos recordar que la ración alimenticia era del todo insuficiente incluso para el prisionero más sobrio. Consumidas en dos o tres

meses las reservas fisiológicas del organismo, la muerte por hambre o por enfermedades causadas por el hambre, era el destino habitual del prisionero. Sólo podía evitarse con un suplemento alimenticio y, para obtenerlo, se necesitaba tener algún privilegio, grande o pequeño; es decir, un modo conferido o conquistado, astuto o violento, licito o ilícito, de elevarse por encima de la norma.

Ahora bien, no podemos olvidar que la mayor parte de los recuerdos de los sobrevivientes, orales o escritos, comienza así: el choque contra la realidad del campo de concentración coincide con la agresión —ni prevista ni comprendida— de un enemigo nuevo y extraño, el prisionero-funcionario que, en lugar de cogerte la mano, tranquilizarte, enseñarte el camino, se arroja sobre ti dando gritos en una lengua que no conoces y te abofetea. Quiere domarte, quiere extinguir en ti la chispa de dignidad que tal vez todavía conserves y que él ha perdido. Pe-ro pobre de ti si esta dignidad te empuja a responder: hay una ley no escrita pero férrea, el *zurückschlagen* —responder a los golpes con golpes—, es una transgresión intolerable que sólo puede ocurrírsele precisamente a un «recién llegado». Quien la comete debe ser ejemplarmente castigado. Los demás funcionarios acuden en defensa del orden amenazado y el culpable es golpeado con rabia y método hasta que se lo doma o se lo mata. El privilegio, por definición, defiende y protege al privilegio. Me acuerdo ahora de que el término local —yiddish y polaco— para designar el privilegio era *protekcja*, que se pronuncia «protekczia» y que es de evidente origen italiano y latino. Me contaron la historia de un «novato» italiano, un partisano arrojado a un Lager de trabajo con la etiqueta de prisionero político cuando estaba aún en la plenitud de sus fuerzas. Lo habían maltratado durante el reparto del potaje y se había atrevido a darle un empujón al funcionario-repartidor; acudieron los colegas de este último y el reo fue ejemplarmente ahogado sumergiéndole la cabeza en la misma gigantesca sopera.

La ascensión de los privilegiados, no sólo en el Lager sino en todo lugar de convivencia humana, es un fenómeno angustioso pero inevitable: sólo en las utopías no existe. Es deber del justo hacer la guerra a todo privilegio inmerecido, pero no debemos olvidar que se trata de una guerra sin fin. Donde hay poder ejercido por pocos, o por uno solo, contra muchos, el privilegio nace y prolifera, aun contra el deseo del poder mismo; pero es normal que el poder lo proteja y lo estimule.

Para limitarnos al Lager que, hasta en su versión soviética puede servir de «laboratorio», la clase híbrida de los prisioneros-funcionarios es su esqueleto y, a la vez, el rasgo más inquietante. Es una zona gris, de contornos mal definidos, que separa y une al mismo tiempo a los dos bandos de patronos y de siervos. Su estructura interna es extremadamente complicada y no le falta ningún elemento para dificultar el juicio que es menester hacer.

La zona gris de la *protekcja* y la colaboración tiene raíces múltiples.

En primer lugar, la zona del poder cuanto más restringida es, más necesidad tiene de auxiliares externos; el nazismo de los últimos años no podía hacer otra cosa, decidido como estaba a mantener el orden en el interior de la Europa que había sometido, y a alimentar los frentes de guerra desangrados por la creciente resistencia militar de los adversarios. En los países ocupados era indispensable conseguir, no sólo mano de obra sino también fuerzas del orden, delegados y administradores del poder alemán, empeñado ya hasta el agotamiento en otros lugares. Dentro de esta zona deben catalogarse, con distintos matices de calidad y peso, Quisling en Noruega, el gobierno de Vichy en Francia, el Judenrat en Varsovia, la República de Saló e, incluso, los mercenarios ucranianos y bálticos empleados por todas partes para hacer las tareas más sucias (nunca para combatir), y los *Sonderkommandos*, de quienes deberemos hablar. Pero los colaboradores que proceden del campo adversario, los ex enemigos, son desleales por definición: han traicionado una vez y pueden traicionar otra. No basta con relegarlos a las tareas marginales; la mejor manera de atarlos es cargarlos de culpabilidad, ensangrentarlos, comprometerlos lo más posible; así habrán contraído con sus jefes el vínculo de la complicidad y no podrán volverse nunca atrás. Esta manera de actuar es conocida en las asociaciones criminales de todos los tiempos y lugares, siempre practicada por la mafia; entre otras cosas, es lo único que puede explicar los excesos, de otra manera incomprensibles, del terrorismo italiano de la década de los setenta.

En segundo lugar, y en contraste con cierta estilización hagiográfica y retórica, cuanto más dura es la opresión, más difundida está entre los oprimidos la buena disposición para colaborar con el poder. Esa disposición está teñida de infinitos matices y motivaciones: terror, seducción ideológica,

imitación servil del vencedor, miope deseo de poder (aunque se trate de un poder ridículamente limitado en el espacio y en el tiempo), vileza e, incluso, un cálculo lúcido dirigido a esquivar las órdenes y las reglas establecidas. Todos estos motivos, cada uno por separado combinados entre ellos, han sido en parte el origen de esa franja gris, cuyos componentes, en su confrontamiento, con los no privilegiados, se habían unido en la voluntad de conservar y consolidar sus privilegios.

Antes de considerar, uno por uno, los motivos que han empujado a algunos prisioneros a colaborar en distinta medida con las autoridades de los Lager, hay que afirmar que ante casos humanos como éstos es imprudente precipitarse a emitir un juicio moral. Debe quedar claro que la culpa máxima recae sobre el sistema, sobre la estructura del Estado totalitario; la participación en la culpa de los colaboradores individuales, grandes o pequeños (¡y nunca simpáticos, nunca transparentes!) es siempre difícil de determinar. Es un juicio que querríamos confiar sólo a quien se haya encontrada en condiciones similares y haya tenido ocasión de experimentar por sí mismo lo que significa vivir en una situación apremiante. Bien lo sabía Manzoni: «Los provocadores, los avasalladores, todos aquellos que, de alguna manera cometen injusticias, son culpables no sólo del mal que cometen sino también de la perversión que provocan en el ánimo de los ultrajados». La condición de ultrajado no excluye a la de culpable y, muchas veces, la culpa es objetivamente grave, pero no sé de ningún tribunal humano en el cual se pueda delegar su valoración.

Si de mí dependiese, si yo tuviera que emitir un juicio, absolvería fácilmente a aquellos cuya colaboración en la culpa ha sido mínima y sobre quienes ha pesado una situación límite. En torno de nosotros, prisioneros sin rango, hormigueaban los funcionarios de bajo rango. Formaban una fauna pintoresca: barrenderos, lavaplatos, guardias nocturnos, hacedores de camas (que se aprovechaban, aunque fuese para lograr mezquinas ventajas de la manía alemana por las literas bien planas y en perfecta escuadra) detectadores de piojos y sarna, mensajeros, intérpretes, ayudantes de los ayudantes. En términos generales eran pobres diablos como nosotros que trabajaban la jornada completa como todos los demás pero que, por medio litro de sopa suplementario, se amoldaban a realizar estas y otras funciones «mediadoras»: inocuas, a veces útiles, muchas inventadas de la nada. Eran rara vez violentos, pero tendían a crearse una mentalidad típicamente corporativa, y a defender con energía su «puesto de trabajo» contra quienes, desde abajo, trataban de quitárselo. Su privilegio, que por lo demás suponía molestias y trabajos suplementarios, les aprovechaba poco y no los sustraía a la disciplina y a los sufrimientos de los demás. Eran groseros y soberbios, pero no se los sentía como enemigos.

El juicio es más delicado y más diverso para quienes tenían puestos de mando: los capos (*Kapos*: el término alemán deriva directamente del italiano y la pronunciación truncada introducida por los prisioneros franceses que se difundió muchos años más tarde, divulgada por la película homónima de Pontecorvo, es preferida en Italia precisamente por su valor diferenciador) de las escuadras de trabajo, los jefes de barraca, los escribientes, hasta el mundo, que yo entonces ni siquiera sospechaba, de los prisioneros que desarrollaban actividades diversas, a veces delicadísimas, en las oficinas administrativas del campo, la Sección Política (en realidad, una sección de la *Gestapo*), el Servicio de Trabajo, las celdas de castigo. Algunos de ellos, gracias a su habilidad o a la suerte, han tenido acceso a las noticias guardadas en el mayor secreto en los respectivos Lager y, como Hermann Langbein en Auschwitz, Eugen Kogon en Buchenwald y Hans Marsalek en Mauthausen, han sido luego sus historiadores. No se sabe qué admirar más, si su valor personal o la astucia que les permitió ayudar a sus compañeros de modo concreto y diverso, observando atentamente a los oficiales de las SS con quienes estaban en contacto e intuyendo quiénes entre ellos podían ser corrompidos, quiénes disuadidos de las decisiones más crueles, quiénes rescatados, quiénes engañados, quiénes asustados por la perspectiva de una *redde rationem* una vez terminada la guerra. Algunos de ellos, por ejemplo los tres nombrados, eran también miembros de las organizaciones secretas de defensa, y por eso el poder de que disponían gracias a su cargo estaba compensado con creces por el peligro extremo que corrían, en su doble condición de «resistentes» y detentadores de secretos.

Los funcionarios que acabo de mencionar no eran en realidad, o lo eran sólo en apariencia, colaboradores: eran, por el contrario, opositores disfrazados. Pero no ocurría lo mismo con la mayor

parte de los demás detentadores de puestos de mando que, como ejemplares humanos, demostraron ser entre mediocres y pésimos. Más que desgastar, el poder corrompe; y su poder corrompía mucho más por su naturaleza especial.

El poder existe en todas las diversas organizaciones sociales humanas, más o menos controlado, usurpado, investido desde las alturas o reconocido desde abajo, conferido por el mérito, o por la solidaridad corporativa, o por la sangre, o por el consenso: es verosímil que cierta dosis de dominio del hombre sobre el hombre esté inscrita en nuestro patrimonio genético de animales gregarios. No está demostrado que el poder sea intrínsecamente nocivo en una colectividad. Pero el poder del que disponían los funcionarios de quienes hablamos, aun los de baja graduación como los *Kapos* de las escuadras de trabajo, era sobre todo ilimitado; o, por decirlo mejor, a su violencia se le imponía un límite por abajo, ya que eran castigados o destituidos si no se mostraban suficientemente duros, pero ningún límite por arriba. Dicho de otra manera, tenían libertad para cometer las peores atrocidades contra sus subordinados, a título de castigo, por cualquier desacato o incluso sin ningún motivo: hasta 1943 no era nada raro que un prisionero fuese muerto a patadas por un *Kapo* sin que éste tuviese que temer ninguna sanción. Sólo más tarde, cuando la necesidad de mano de obra fue más imperiosa, se introdujeron algunas limitaciones: los malos tratos que los *Kapos* podían infligir a los prisioneros no podían reducir completamente la capacidad de trabajo de éstos; pero como ya se había propagado la mala costumbre, no siempre se respetaba esa norma.

Se reproducía, así, en el interior del Lager, en escala más reducida pero con características exacerbadas, la estructura jerárquica del Estado totalitario donde todo poder es investido desde lo alto y en el cual es casi imposible un control desde abajo. Pero este «casi» es importante: nunca ha existido un Estado que fuese completamente «totalitario» desde ese punto de vista. Jamás han faltado alguna forma de reacción, alguna enmienda al arbitrio absoluto ni siquiera en el Tercer Reich o en la Unión Soviética de Stalin: en los dos casos han actuado como freno, en mayor o menor medida, la opinión pública, la magistratura, la prensa extranjera, las iglesias, el sentimiento de humanidad y de justicia que diez o veinte años de tiranía no logran erradicar. Sólo en el Lager el control desde abajo era inexistente y el poder de los pequeños sátrapas era absoluto. Es comprensible que un poder de tal amplitud atrajese con preponderancia a ese tipo humano ávido de poder, que aspirasen a él también otros individuos de moderados instintos, atraídos por las múltiples ventajas materiales de los cargos, y que a estos últimos llegase a subírseles a la cabeza el poder de que disponían.

¿Quién llegaba a ser *Kapo*? Hay que hacer, otra vez, ciertas distinciones. En primer lugar, aquellos a quienes se les ofrecía tal posibilidad, es decir, los individuos en los cuales el comandante del Lager o sus delegados (que solían ser buenos psicólogos) entreveían la posibilidad de que fueran colaboradores: reos comunes sacados de las cárceles, a quienes la carrera de esbirros ofrecía una excelente alternativa a la detención; prisioneros políticos debilitados por cinco o diez años de sufrimientos o, en muchos casos, moralmente debilitados; más tarde, también judíos que veían en la partícula de autoridad que les era ofrecida el único modo de poder escapar a la «solución final». Pero muchos, como hemos dicho, aspiraban al poder espontáneamente: lo buscaban los sádicos, es verdad que no en gran número, pero eran muy temidos ya que para ellos la posición de privilegio coincidía con la posibilidad de infligir, a quienes les estaban sometidos, sufrimientos y humillaciones. Lo buscaban los frustrados, y éste es también un rasgo que reproduce, en el microcosmos del Lager, el macrocosmos de la sociedad totalitaria: en ambos, por encima de la capacidad y del mérito, el poder se otorga generosamente a quien esté dispuesto a rendir homenaje a la autoridad jerárquica y de este modo consigue una promoción social que en cualquier otro caso no hubiese alcanzado nunca. Lo buscaban, por fin, aquellos que, entre los oprimidos, sufrían el contagio de los opresores e inconscientemente tendían a identificarse con ellos.

Sobre esta mimesis, sobre esta identificación, imitación o intercambio de papeles entre el verdugo y la víctima se ha hablado mucho. Se han dicho cosas verdaderas y falsas, turbadoras y triviales, agudas y estúpidas; no estamos ante un terreno virgen sino, por el contrario, ante un campo mal arado, pisoteado y revuelto. La directora de cine Liliana Cavani, a quien se le había pedido que resumiese el sentido de una bella y falsa película suya declaró: «Todos somos víctimas o

asesinos y aceptamos estos papeles voluntariamente. Sólo Sade y Dostoiewski lo han comprendido bien». Dijo, también, que creía «que en cualquier relación, existe una dinámica víctima-verdugo expresada con mayor o menor claridad y generalmente vivida a nivel inconsciente».

Yo no entiendo de inconscientes ni de profundidades, pero creo que pocos entienden del tema, y que esos pocos son más cautos; no sé, ni me interesa, si en mis profundidades anida un asesino, pero sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos y no sólo en Alemania, y que todavía hay, retirados o en servicio, y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y, sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad. Sé bien que en el Lager, y en general en el escenario del teatro humano, hay de todo, y que por ello un solo ejemplo quiere decir muy poco. Dicho todo esto con claridad, y afirmando de nuevo que confundir los dos papeles significa querer adulterar las bases de nuestra necesidad de justicia, quedan por hacer algunas consideraciones.

Es cierto que en el Lager y fuera de él hay gente gris, ambigua, dispuesta al compromiso. La extrema tensión del Lager tiende a aumentar su número; a éstos les corresponde en verdad una parte de la culpa (tanto más importante cuanto mayor fue su libertad de elección), y, por encima de ella, están los vectores y los instrumentos de la culpa del sistema. Es cierto que la mayor parte de los opresores, durante o —más frecuentemente— después de sus actos, se han dado cuenta de que cuanto hacían o habían hecho era inicuo, hasta han experimentado dudas o malestares, incluso han sido castigados; pero estos sufrimientos suyos no son suficientes para incluirlos entre las víctimas. De la misma manera, no son suficientes los errores o las caídas de los prisioneros para asimilarlos a sus guardianes: los prisioneros de los Lager, centenares de millares de personas de todas las clases sociales, de casi todos los países de Europa, eran una muestra representativa, no seleccionada, de la humanidad: aun sin tener en cuenta los ambientes infernales en los cuales habían sido bruscamente precipitados los prisioneros, no es lógico pretender, y es retórico y falso sostener, que hayan seguido, todos y siempre, el comportamiento que se espera de los santos y de los filósofos estoicos. En realidad, en la gran mayoría de los casos, su comportamiento les ha sido férreamente impuesto: después de pocas semanas o meses, las privaciones a que fueron sometidos los han conducido a una situación de pura supervivencia, de lucha cotidiana contra el hambre, el frío, el cansancio, los golpes, en la cual el espacio de elección (y especialmente de elección moral) estaba reducido a la nada; son poquísimos los que han sobrevivido a la prueba, gracias a la coincidencia de muchos acontecimientos fortuitos: han sido salvados por la fortuna, y no tiene sentido buscar entre el destino de todos ellos nada en común, a excepción de la buena salud de que gozaban en sus comienzos.

Un caso límite de colaboración ha sido el de los *Sonderkommandos* de Auschwitz y de los demás Lager de exterminio. Aquí dudamos en hablar de privilegio: quien formaba parte de ellos tenía el único privilegio (¡y a qué precio!) de que durante algunos meses comía lo que quería, pero no podía ser envidiado. Con esa denominación convenientemente vaga de *Escuadra Especial* nombraban las SS al grupo de prisioneros a quienes les era confiado el trabajo de los crematorios. A ellos les correspondía imponer el orden a los recién llegados (con frecuencia totalmente ignorantes del destino que les esperaba) que debían ir a las cámaras de gas; sacar de las cámaras los cadáveres; quitarles de las mandíbulas los dientes de oro; cortar el pelo a las mujeres; separar y clasificar las ropas, los zapatos, el contenido de las maletas; llevar los cuerpos a los crematorios y vigilar el funcionamiento de los hornos; sacar las cenizas y hacerlas desaparecer. La *Escuadra Especial* de Auschwitz contó, según los períodos, con una cantidad de integrantes entre 700 y 1000.

Las *Escuadras Especiales* no escapaban al destino común; por el contrario, las SS realizaban todas las diligencias oportunas para que ninguno de los hombres que habían formado parte de ellas pudiese sobrevivir y contarlo. En Auschwitz hubo doce escuadras; cada una de ellas actuaba durante algunos meses, luego era suprimida, cada vez con un artificio diferente para prevenir posibles resistencias, y la escuadra que la sucedía, como iniciación, quemaba los cadáveres de sus predecesores. La última escuadra se rebeló contra las SS en octubre de 1944, hizo saltar uno de los

crematorios y fue exterminada en un combate desigual al que me referiré más adelante. Los supervivientes de la *Escuadra Especial* han sido, por consiguiente, poquitos y han escapado a la muerte gracias a algún impredecible juego del destino. Ninguno de ellos ha hablado de buen grado después de su liberación, y ninguno quiere hablar de su espantosa situación. Las noticias que tenemos sobre esas Escuadras son las sucintas declaraciones de estos supervivientes; las afirmaciones de sus «patrones» procesados en distintos tribunales, las alusiones contenidas en las declaraciones de «civiles» alemanes o polacos que llegaron a tener ocasión de tomar contacto con las Escuadras; y, finalmente, las hojas de papel de los diarios que se escribieron febrilmente, para dar testimonio, y fueron enterrados cuidadosamente en los alrededores de los crematorios de Auschwitz por algunos de sus integrantes. Todas estas fuentes concuerdan entre sí y, sin embargo, se hace difícil, casi imposible, imaginarse cómo estos hombres vivieron día a día, se contemplaron a sí mismos y aceptaron su condición.

Durante los primeros tiempos eran elegidos por las SS entre los prisioneros registrados en el Lager, y hay testimonios de que su elección dependía no sólo de su fortaleza física sino también del estudio cuidadoso de sus fisonomías. En algunos raros casos, el enrolamiento fue un castigo. Más tarde prefirieron elegir a los candidatos directamente en los andenes ferroviarios a la llegada de los trenes: los «psicólogos» de las SS se habían dado cuenta de que el reclutamiento era más fácil si se hacía entre aquella gente desesperada y desorientada, enervada por el viaje, privada de toda capacidad de resistir, en el momento crucial de su descenso del tren cuando verdaderamente todo recién llegado se sentía en el umbral de la oscuridad y del terror de un espacio no terrestre.

Las *Escuadras Especiales* estaban formadas, en su mayor parte, por judíos. Es verdad que esto no puede asombrarnos, ya que la finalidad principal de los Lager era destruir a los judíos, y que la población de Auschwitz, a partir de 1943, estaba constituida por judíos en un noventa o noventa y cinco por ciento; pero por otro lado uno se queda atónito ante este refinamiento de perfidia y de odio: tenían que ser los judíos quienes metiesen en los hornos a los judíos, tenía que demostrarse que los judíos, esa subraza, esos seres infrahumanos, se prestaban a cualquier humillación, hasta la de destruirse a sí mismos. Por otra parte, se ha atestiguado que no todos los miembros de las SS aceptaban sin rebeldía la matanza como tarea cotidiana; delegar en las mismas víctimas una parte del trabajo, y precisamente la más sucia, tenía que servir (y probablemente sirvió) para aliviar algunas conciencias.

Bien entendido, sería inicuo atribuir esta aquiescencia a cualquier particularidad específicamente judía: a las *Escuadras Especiales* pertenecieron también prisioneros no judíos, alemanes y polacos, aunque con la misión «más digna» de *Kapos*; y también prisioneros de guerra rusos, a quienes los nazis consideraban sólo un escalón por encima de los judíos. Fueron pocos porque en Auschwitz los rusos eran pocos (la gran mayoría fue exterminada al comienzo, inmediatamente después de su captura, ametrallados a la orilla de enormes fosas comunes); pero no se comportaron de manera distinta a los judíos.

Las *Escuadras Especiales*, como portadoras de un horrendo secreto, estaban rigurosamente separadas de los demás prisioneros y del mundo exterior. Pero, como bien sabe quienquiera que haya pasado por experiencias semejantes, no hay barrera que esté exenta de algún resquicio: las noticias, aunque incompletas y distorsionadas, poseen un enorme poder de penetración, y algo trasciende siempre. Sobre estas Escuadras ya circulaban historias vagas y parciales entre los que estábamos prisioneros, y fueron confirmadas más tarde por las otras fuentes antes mencionadas, pero el horror intrínseco a esta situación humana ha impuesto a todos los testigos una especie de reserva, por la cual aun ahora es difícil hacerse una idea de lo que significaba estar obligado a realizar durante meses tal oficio. Algunos han testimoniado que a aquellos desdichados se les daba gran cantidad de alcohol y que estaban permanentemente en estado de embotamiento y de postración total. Uno de ellos ha declarado: «En ese trabajo, o uno enloquece desde el primer día, o se acostumbra». Y otro: «Es verdad que hubiera podido matarme o dejarme matar, pero quería sobrevivir, para vengarme y para dar testimonio de todo aquello. No creáis que somos monstruos, somos como vosotros, aunque mucho más desdichados».

Es evidente que estas afirmaciones y muchas otras, innumerables, que entre ellos y con relación

a ellos se habrán dicho pero que no han llegado hasta nosotros, no pueden ser tomadas al pie de la letra. De parte de hombres que han conocido esta privación extrema no podemos esperar una declaración en el sentido jurídico del término sino otro tipo de cosa, que está entre el lamento, la blasfemia, la expiación y el intento de justificación, de recuperación de sí mismos.

Debe esperarse más bien un desahogo liberador que una verdad con rostro de Medusa.

Haber concebido y organizado las Escuadras ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo. Detrás del aspecto pragmático (economizar hombres válidos, imponer a los demás las tareas más atroces) se ocultan otros más sutiles. Mediante esta institución se trataba de descargar en otros, y precisamente en las víctimas, el peso de la culpa, de manera que, para su consuelo no les quedase ni siquiera la conciencia de saberse inocentes. No es ni fácil ni agradable sondear este abismo de maldad y, sin embargo, yo creo que debe hacerse, porque lo que ha sido posible perpetrar ayer puede ser posible que se intente hacer mañana y puede afectarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos. Se siente la tentación de volver la cabeza y apartar el pensamiento: es una tentación a la que debemos resistir. En realidad, la existencia de las Escuadras tenía un significado, contenía un mensaje: «Nosotros, el pueblo de los Señores, somos vuestros destructores, pero vosotros no sois mejores; si queremos, y lo queremos, somos capaces de destruir no sólo vuestros cuerpos sino también vuestras almas, tal como hemos destruido las nuestras».

Miklos Nyiszli, médico húngaro, estuvo entre los poquísimos supervivientes de la última *Escuadra Especial* de Auschwitz. Era un conocido anatomista y patólogo, experto en autopsias, y el médico-jefe de las SS de Birkenau, aquel Mengele que ha muerto hace unos años huyendo de la justicia, se había asegurado sus servicios, le había concedido un trato de favor y lo consideraba casi como un colega. Nyiszli debía dedicarse especialmente al estudio de los gemelos: en realidad, Birkenau era el único sitio en el mundo en el que existía la posibilidad de examinar los cadáveres de gemelos muertos en el mismo momento. Además de ese cometido especial, al que (digámoslo entre comillas) no parece que se opusiese con gran determinación, Nyiszli era el médico que cuidaba de la Escuadra, con la cual vivía en estrecho contacto. Pues bien, es él quien cuenta un hecho que me parece significativo.

Las SS, como ya he dicho, escogían cuidadosamente, en los Lager o en los trenes que llegaban, a los candidatos a las Escuadras, y no dudaban en suprimir instantáneamente a quienes se negaban, o resultaban incapaces de cumplir con su misión. En relación con los miembros recién incorporados, éstos observaban el mismo comportamiento despreciativo y distante que acostumbraban a mostrar con todos los prisioneros, y con los judíos especialmente: se les había inculcado que se trataba de seres despreciables, enemigos de Alemania y por consiguiente indignos de vida; en el mayor de los casos podían ser obligados a trabajar hasta la muerte por agotamiento. Pero no trataban igual a los veteranos de la Escuadra: en ellos veían, hasta cierto punto, a colegas suyos, tan inhumanos ya como ellos, atados al mismo carro, ligados por el mismo inmundo vínculo de la complicidad impuesta. Nyiszli cuenta que asistió, durante un descanso en el «trabajo», a un partido de fútbol entre las SS y los SK (*Sonderkommando*), es decir, entre una representación de las SS que estaban de guardia en el crematorio y una representación de la Escuadra Especial; al partido asistieron otros militantes de las SS y el resto de la Escuadra, haciendo apuestas, aplaudiendo, animando a los jugadores, como si en lugar de estar ante las puertas del infierno el partido se estuviese jugando en el campo de una aldea.

Nada semejante ha ocurrido nunca, ni habría sido concebible, con las demás categorías de los prisioneros; pero con ellos, con los «cuervos del crematorio», las SS podían cruzar las armas, de igual a igual, o casi. Detrás de este armisticio podemos leer una risa satánica: está consumado, lo hemos conseguido, no sois ya la otra raza, la antirraza, el mayor enemigo del Reich Milenario; ya no sois el pueblo que rechaza a los ídolos. Os hemos abrazado, corrompido, arrastrado en el polvo con nosotros. También vosotros como nosotros y como Caín, habéis matado a vuestro hermano. Venid, podemos jugar juntos.

Nyiszli cuenta otro episodio que es digno de meditación. En la cámara de gas acababan de ser amontonados y asesinados los integrantes de un convoy que acababa de llegar, y la Escuadra estaba llevando a cabo su horrendo trabajo cotidiano de desenredar la maraña de cadáveres, lavarlos con

mangueras y transportarlos al crematorio, pero en el suelo se encontraron con una joven que aún vivía. Era un acontecimiento excepcional, único; tal vez los cuerpos hayan formado una barrera a su alrededor, hayan capturado un saco de aire que conservó el oxígeno. Los hombres estaban perplejos, la muerte era su trabajo cotidiano, la muerte era una costumbre, porque precisamente «o se enloquece uno el primer día o se acostumbra», pero aquella mujer estaba viva. La esconden, la calientan, le llevan caldo de carne, la interrogan: la chica tiene dieciséis años, no puede orientarse ni en el espacio ni en el tiempo, no sabe dónde está, ha recorrido sin entender nada la hilera del tren sellado, la brutal selección preliminar, la expoliación, la entrada en la cámara de donde nadie ha salido nunca vivo. No ha entendido nada, pero lo ha visto; por eso debe morir, y los hombres de la Escuadra lo saben, como saben que ellos morirán por la misma razón. Pero estos esclavos embrutecidos por el alcohol y por la matanza cotidiana se han transformado; delante de sí no tienen ya a una masa anónima, el río de gente espantada, atónita, que baja de los vagones: lo que hay es una persona.

¿Cómo no recordar el *insólito respeto* y la perplejidad del *turpe monatto* ante el caso único, ante la niña Cecilia, muerta de la peste, que en *Los novios* de Manzoni, la madre se niega a arrojar en el carro para que se confunda con los demás muertos? Hechos como éste asombran, porque contrastan con la imagen que tenemos del hombre coherente consigo mismo, monolítico; y no deberían asombrarnos, porque un hombre semejante no existe. La piedad y la brutalidad pueden coexistir, en el mismo individuo y en el mismo momento, contra toda lógica; y, por otra parte, también la piedad escapa a la lógica. No hay proporción entre la piedad que experimentamos y la amplitud del dolor que suscita la piedad: una sola Anna Frank despierta más emoción que los millares que como ella sufrieron, pero cuya imagen ha quedado en la sombra. Tal vez deba de ser así; si pudiésemos y tuviésemos que experimentar los sufrimientos de todo el mundo no podríamos vivir. Puede que sólo a los santos les esté concedido el terrible don de la compasión hacia mucha gente; a los sepultureros, a los de la *Escuadra Especial* y a nosotros mismos no nos queda, en el mejor de los casos, sino la compasión intermitente dirigida a los individuos singulares, al *Mitmensch*, al prójimo: al ser humano de carne y hueso que tenemos ante nosotros, al alcance de nuestros sentimientos que, providencialmente, son miopes.

Se llamó a un médico, quien reanimó a la chica con una inyección: sí, el gas no ha cumplido su cometido, podrá sobrevivir, pero ¿dónde y cómo? En aquel momento llegó Muhsfeld, uno de los militantes de las SS adscritos a las fábricas mortales; el médico lo llama aparte y le explica el caso; Muhsfeld duda, luego decide: la chica tiene que morir. Si fuese mayor el caso sería distinto, ella tendría una actitud más madura y tal vez se la podría convencer de que callase todo lo que le había sucedido, pero tiene sólo dieciséis años: no podemos fiarnos de ella. No la mata con sus propias manos, llama a un subordinado suyo para que la mate de un golpe en la nuca. Ahora bien, este Muhsfeld no era un ser misericordioso; su ración cotidiana de matanzas estaba llena de episodios arbitrarios y caprichosos, marcada por sus inventos de refinada crueldad. Fue procesado en 1947, condenado a muerte y ahorcado en Cracovia. Fue una ejecución justa; pero ni siquiera él era un monolito. Si hubiera vivido en un ambiente y en una época distintos es probable que se hubiera comportado como cualquier otro hombre normal.

En *Los hermanos Karamazov*, Grushenka relata el cuento de la cebollita. Una vieja malvada se muere y va al infierno, pero su ángel de la guarda, tratando de recordar algo bueno de ella, se acuerda de que una vez, sólo una, le dio a un mendigo una cebollita que había sacado de su huerta: le tendió la cebollita y la vieja se agarró a ella y fue, así, sacada del fuego infernal. Este cuento me ha parecido siempre indignante: ¿qué monstruo humano no ha dado nunca durante su vida una cebollita a alguien, aunque sea sólo a su mujer, a sus hijos, a su perro? Aquel único acto de piedad repentina es verdad que no basta para absolver a Muhsfeld, pero sí basta para situarlo por lo menos en el último borde, en la zona gris, en esa zona de ambigüedad que irradia de los regímenes fundados en el terror y la sumisión.

No es difícil juzgar a Muhsfeld, y no creo que el tribunal que lo condenó tuviese ninguna duda sobre ello; sin embargo, nuestra necesidad y nuestra capacidad de juzgar tropiezan cuando se encuentran con la *Escuadra Especial*. Inmediatamente aparecen aquellas perturbadoras preguntas

para las cuales es difícil encontrar una respuesta que nos tranquilice con relación a la naturaleza del hombre. ¿Por qué aceptaron aquella tarea? ¿Por qué no se rebelaron, por qué no prefirieron la muerte?

En cierta medida, los datos de que disponemos nos permiten intentar una respuesta. No todos aceptaron; algunos se rebelaron sabiendo que morirían. Por lo menos de uno de los casos tenemos noticias ciertas: un grupo de cuatrocientos judíos de Corfú, que en julio de 1944 había sido incluido en la Escuadra, se negó en masa a hacer aquel trabajo y fue inmediatamente asesinado por medio del gas. Hay memoria de algunas otras rebeliones individuales que fueron castigadas enseguida con una muerte atroz (Filip Müller, uno de los poquísimos sobrevivientes de las Escuadras, cuenta que a un compañero suyo las SS lo metieron vivo en el horno) y de muchos otros casos de suicidio, en el momento de la elección o inmediatamente después. Por fin, también hay que recordar que fue la *Escuadra Especial* la que organizó en octubre de 1944, la única tentativa desesperada de rebelión de la historia del Lager en Auschwitz, a la que ya hemos aludido.

Las noticias que nos han llegado de esa tentativa no son completas ni concordantes; se sabe que los rebeldes (los asignados a dos crematorios de los cinco de Auschwitz-Birkenau), mal armados y sin contactos con los partisanos polacos del exterior del Lager y con la organización clandestina de defensa del propio Lager, volaron el crematorio número 3 y se enfrentaron con las SS. El combate terminó muy pronto; algunos de los insurgentes consiguieron cortar las alambradas y huir al exterior pero fueron capturados enseguida. Ninguno sobrevivió; unos 450 fueron inmediatamente muertos por las SS; de estos últimos, hubo tres muertos y doce heridos.

Aquellos de quienes tenemos noticia, la desdichada mano de obra de las matanzas, son, por consiguiente, el resto, los que una y otra vez iban prefiriendo unas semanas más de vida (¡qué vida!) a la muerte inmediata, pero que en ningún caso llegaron, y tampoco fueron obligados a ello, a dar la muerte con sus propias manos. Vuelvo a decir: creo que nadie está autorizado a juzgarlos, ni quien ha vivido la experiencia del Lager ni, mucho menos, quien no la haya vivido. Me gustaría invitar a quien se atreviese a emitir un juicio a realizar consigo mismo, con toda sinceridad, un experimento conceptual: imagínese, si es que puede, que ha pasado unos meses o unos años en un *ghetto*, atormentado por un hambre crónica, por el cansancio, por la promiscuidad y la humillación, que ha visto morir a su alrededor, uno tras otro, a sus seres queridos; que está aislado del mundo, sin poder recibir ni transmitir noticias; y que por fin se lo carga en un tren, ochenta o cien por vagón de mercancías; que viaja hacia lo desconocido, a ciegas, durante días y durante noches insomnes; y que por fin se encuentra lanzado contra los muros de un infierno indescifrable. Aquí le ofrecen la supervivencia, y le proponen, o mejor dicho, le imponen una tarea atroz pero imprecisa. Este es, me parece, el verdadero *Befehlnotstand*, el «estado de constreñimiento como consecuencia de una orden», y no el que invocaban sistemática y desvergonzadamente los nazis arrastrados a los tribunales y, más tarde, pero siguiendo sus huellas, los criminales de guerra de muchos otros países. El primero es una elección que no tiene escapatoria, es la obediencia inmediata o la muerte; el segundo es un hecho intrínseco al centro del poder, y hubiera podido solucionarse (como en realidad se solucionó muchas veces) con alguna maniobra, con algún retraso en la carrera, con un castigo moderado o, en el peor de los casos, con el traslado del remiso al frente de batalla.

El experimento que he propuesto no es agradable; Vercors ha intentado representarlo en su cuento *Les armes de la nuit* (Albin Michel, París, 1953), donde se habla de «la muerte del alma», y que al releerlo hoy me parece intolerablemente contaminado de esteticismo y de libido literaria. Pero no hay duda de que se trata de la muerte del alma: ahora bien, nadie puede saber cuánto tiempo, ni a qué pruebas podrá resistir su alma antes de doblegarse o de romperse. Todo ser humano tiene una reserva de fuerzas cuya medida desconoce: puede ser grande, pequeña o inexistente, y sólo en la extrema adversidad puede ser valorada. Aun sin recurrir al caso límite de las *Escuadras Especiales* nos sucede con frecuencia, a los sobrevivientes, cuando contamos las cosas que nos han ocurrido, que nuestro interlocutor nos diga: «Yo, en tu lugar, no habría resistido un solo día». La afirmación no tiene un sentido exacto: nunca se está en el lugar de otro. Cada individuo es un objeto tan complejo que es inútil pretender prever su comportamiento, y mucho menos en situaciones límites; ni siquiera es posible prever el comportamiento propio. Por eso pido que la historia de «los

cuervos del crematorio» sea meditada con compasión y rigor, pero que no se pronuncie un juicio sobre ellos.

La misma *impotentia judicandi* nos paraliza ante el caso Rumkowski. La historia de Chaim Rumkowski no es precisamente una historia de Lager, aunque haya terminado en el Lager: es una historia de *ghetto*, pero tan elocuente en el tema fundamental de la ambigüedad humana provocada fatalmente por la opresión que me parece que se integra muy bien en lo que estamos contando. La cuento aquí otra vez aunque la haya contado ya en otra parte.

A mi vuelta de Auschwitz me he encontrado en el bolsillo una curiosa moneda de una aleación vulgar, que todavía conservo. Está arañada y corroída; lleva en una cara la estrella judía (el «escudo de David»), la fecha de 1943 y la palabra *getto*, que en alemán se lee *ghetto*; en la otra cara las inscripciones OUITTUNG ÜBER 10 MARK y DER ÄLTESTE DER JUDEN IN LITZMANNSTADT, es decir, RECIBO POR 10 MARCOS y EL DECANO DE LOS JUDÍOS DE LITZMANNSTADT: era una moneda de uso interno en el *ghetto*. Durante muchos años olvidé su existencia y luego, en 1974, pude reconstruir la historia, que es fascinante y siniestra.

Con el nombre de Litzmann, en honor de un general Litzmann que había vencido a los rusos en la Primera guerra mundial, los nazis habían rebautizado la ciudad polaca de Łódź. En los últimos meses de 1944 los últimos sobrevivientes del *ghetto* de Łódź habían sido deportados a Auschwitz: yo debí de encontrar por el suelo del Lager aquella moneda ya inútil.

En 1939 Łódź tenía 750.000 habitantes, y era la más industrial de las ciudades polacas, la más «moderna» y la más fea: vivía de la industria textil, como Manchester y Biella, y estaba condicionada por la existencia de una miríada de fábricas grandes y pequeñas, la mayoría ya entonces obsoletas. Como en todas las ciudades de cierta importancia de la Europa oriental ocupada, los nazis se apresuraron a construir un *ghetto*, resucitando, agravado por su ferocidad moderna, el régimen de los *ghettos* de la Edad media y de la contrarreforma. El *ghetto* de Łódź, abierto ya en febrero de 1940, fue el primero en el tiempo, y el segundo, después del de Varsovia, en número: llegó a tener más de 160.000 judíos, y se disolvió en otoño de 1944. Fue, por consiguiente, el de mayor duración de todos los *ghettos* nazis, lo que puede atribuirse a dos razones: su importancia económica y la turbadora personalidad de su presidente.

Se llamaba Chaim Rumkowski: había sido un pequeño industrial fracasado que, después de largos viajes y cambios de fortuna, se había establecido en Łódź en 1917. En 1940 tenía cerca de sesenta años y era un viudo sin hijos, gozaba de cierta estima y era conocido como director de obras piadosas judías y como un hombre enérgico, inculto y autoritario. El cargo de presidente (o decano) de un *ghetto* era verdaderamente espantoso pero era un cargo, constituía un reconocimiento social, hacía subir un escalón y otorgaba derechos y privilegios, es decir, autoridad; y Rumkowski amaba apasionadamente la autoridad. Cómo llegó a aquella investidura no se sabe: tal vez se trató de una burla a la triste manera de los nazis (Rumkowski era, o parecía ser un perfecto necio, ideal para servir de hazmerreír); o tal vez fuese él mismo quien intrigó para ser elegido, tan grande era su deseo de poder. Se ha probado que los cuatro años de su presidencia, o mejor dicho de su dictadura, fueron un sorprendente amasijo de sueños megalómanos de vitalidad bárbara y de auténtica capacidad diplomática y organizadora. Él se vio enseguida vestido de monarca absoluto e ilustrado y fue apoyado en ese camino por sus amos alemanes, quienes de verdad se divertían con él, quienes también apreciaban sus talentos de buen administrador y persona ordenada. Obtuvo autorización para acuñar moneda, en metal (como la mía) o en papel, en un papel de filigrana que le fue suministrado oficialmente. En esa moneda se les pagaba a los extenuados obreros del *ghetto*; podían gastarla en las cantinas comprando sus raciones alimenticias, que ascendían a unas 800 calorías diarias (hago notar, de paso, que hacen falta por lo menos 2000 para sobrevivir en un estado de absoluto reposo).

De sus hambrientos súbditos Rumkowski ambicionaba no sólo obediencia y respeto sino también amor: en esto las dictaduras modernas se distinguen de las antiguas. Como disponía de un ejército de excelentes artistas y artesanos atentos a cualquier indicación suya a cambio de un cuarto de pan, se hizo diseñar y estampar sellos que llevaban su efigie, con cabellos y barba blancos por la luz de

la Esperanza y de la Fe. Tenía una carroza arrastrada por un asno esquelético y en ella recorría las calles de su minúsculo reino, donde se arremolinaban mendigos y pedigüños. Llevaba un manto real y se rodeó de una corte de aduladores y de sicarios; a sus poetas áulicos les hizo componer himnos en honor de su «mano férrea y potente» y de la paz y el orden que por su virtud reinaban en aquel *ghetto*; ordenó que a los niños de las nefandas escuelas, devastadas cada día por las epidemias, la destrucción y las razias alemanas, se les asignasen temas de composiciones en alabanza de «nuestro amado y pródigo Presidente». Como todos los autócratas, se apresuró a organizar una policía eficaz, formalmente para mantener el orden, de hecho para proteger su persona y para imponer su disciplina: estaba formada por seiscientos guardias armados con bastones y por un número indeterminado de espías. Pronunció muchos discursos, de los cuales se han conservado algunos y cuyo estilo es inconfundible: había adoptado la técnica oratoria de Mussolini y de Hitler, la de la recitación inspirada, del seudocoloquio con la multitud, de la creación de consenso mediante el plagio y el aplauso; es posible que tal imitación fuese deliberada; pero también es posible que se tratase de una identificación inconsciente con el modelo del «héroe necesario» que por entonces dominaba Europa y había sido cantado por D'Annunzio; pero es más probable que toda su actitud procediese de su condición de pequeño tirano, impotente con relación a las instancias superiores y omnipotente con relación a los inferiores. Quien tiene trono y cetro, quien no teme que le contradigan ni se rían de él, habla así.

Y sin embargo su figura fue más compleja de cuanto pueda parecer aquí. Rumkowski no fue sólo un renegado y un cómplice; en cierta medida, además de hacerlo creer a los demás, se debió haber convencido a sí mismo con el correr del tiempo de que era un mesías, un salvador de su pueblo, cuyo bien, por lo menos esporádicamente, debe haber deseado. Hay que beneficiar para sentirse benéfico, y sentirse benéfico es gratificante hasta para un sátrapa corrupto. Paradójicamente, su identificación con los oprimidos, puesto que el hombre, dice Thomas Mann, es una criatura confusa; y cuanto más confusa se hace, podemos añadir, cuanto más sometida está a una tensión tanto más escapa a nuestro juicio, tal como una brújula se enloquece cerca de un polo magnético.

Aunque fuera constantemente despreciado y ridiculizado por los alemanes, es probable que Rumkowski pensase en sí mismo no como en un siervo sino como en un Señor. Debíó tomarse en serio su autoridad: cuando la *Gestapo* se apoderó sin previo aviso de «sus» consejeros, acudió en su ayuda con valor, exponiéndose a burlas y a bofetones que supo soportar con dignidad. En otras ocasiones trató de comerciar con los alemanes, que exigían cada vez más tela de Lódz, y de él cada vez mayores contingentes de bocas inútiles (viejos, niños, enfermos) para mandar a las cámaras de gas de Treblinka y luego de Auschwitz. La misma dureza con que se precipitó a reprimir los movimientos de insubordinación de sus súbditos (había en Lódz, como en los demás *ghettos*, núcleos de temeraria resistencia política, de raíz sionista, aliadófila o comunista) no procedía tanto de una actitud servil hacia los alemanes como de «lesa majestad», de indignación por la ofensa contra su real persona.

En septiembre de 1944, como el frente ruso se estaba acercando, los nazis empezaron la liquidación del *ghetto* de Lódz. Decenas de millares de hombres y mujeres fueron deportados a Auschwitz, *anus mundi*, el último drenaje del universo alemán; exhaustos como estaban, casi todos fueron eliminados inmediatamente. Quedaron en el *ghetto* un millar de hombres, para desmontar la maquinaria de las fábricas y borrar las huellas de las matanzas; fueron liberados por el ejército rojo poco después, y a ellos se deben las noticias que aquí damos.

Sobre el destino final de Chaim Rumkowski hay dos versiones, como si la ambigüedad que había presidido su vida se hubiese extendido hasta envolver su muerte. Según la primera versión, durante el desmantelamiento del *ghetto* habría tratado de oponerse a la deportación de un hermano suyo de quien no quería separarse; un oficial alemán le habría propuesto, entonces, que partiese con él voluntariamente y él habría aceptado. Otra versión afirma, sin embargo, que la salvación de Rumkowski habría sido intentada por Hans Biebow, otro personaje recubierto de doblez. Aquel torvo industrial alemán era el funcionario encargado de la administración del *ghetto*, y al mismo tiempo era contratista: su cargo era delicado porque las fábricas textiles de Lódz trabajaban para las fuerzas armadas. Biebow no era una fiera: no le interesaba causar sufrimientos inútiles ni castigar a

los judíos por el mero hecho de ser judíos, pero sí obtener ganancias sobre las mercancías, fuesen lícitas o no. El tormento del *ghetto* lo conmovía, pero sólo indirectamente; deseaba que los obreros esclavos trabajasen, y por ello deseaba que no se muriesen de hambre: su sentido moral llegaba hasta aquí. De hecho era el verdadero dueño del *ghetto* y estaba ligado a Rumkowski por ese lazo entre cliente y proveedor que muchas veces desemboca en una auténtica amistad. Biebow, pequeño chacal demasiado cínico para tomarse en serio la demonología de la raza, hubiese querido diferir eternamente el desmantelamiento del *ghetto*, que era un magnífico negocio, y salvar a Rumkowski de la deportación, porque confiaba en su complicidad; de ahí que, con frecuencia, un realista sea mucho mejor que un teórico. Pero los teóricos de las SS tenían otra opinión, y eran más fuertes. Eran *gründlich*, radicales: afuera el *ghetto* y afuera Rumkowski.

No pudiendo hacer otra cosa, Biebow, que tenía buenos apoyos, entregó a Rumkowski una carta dirigida al comandante del Lager de destino y le garantizó que le protegería y le aseguraría un trato de favor. Rumkowski habría pedido a Biebow, y obtenido de él, que le enviasen a Auschwitz, a él y a su familia, con el decoro que correspondía a su rango, es decir, en un vagón especial, enganchado a la cola del convoy de vagones-mercancía abarrotados de deportados sin privilegios: pero el destino de los judíos en manos alemanas era sólo uno, fuesen villanos o héroes, humildes o soberbios. Ni la carta ni el vagón pudieron salvar del gas a Rumkowski, Rey de los Judíos.

Una historia como ésta no se cierra sobre sí misma. Está llena de significados latentes, plantea más preguntas de las que contesta, resume en sí misma toda la temática de la zona gris, y nos deja perplejos. Grita y llama para ser comprendida porque en ella se vislumbra un símbolo, como en los sueños y en las señales celestes.

¿Quién es Rumkowski? No es un monstruo, ni un hombre vulgar; pero hay muchos de nosotros que se parecen a él. Las caídas que han precedido su «carrera» son significativas: los hombres que de una caída sacan fuerza moral son pocos. Me parece que en su historia puede reconocerse de forma ejemplar la necesidad casi física que de la obligación política hace nacer la zona indefinida de la ambigüedad y del compromiso. A los pies de todo trono absoluto se agolpan hombres como el nuestro para asir su parcela de poder: es un espectáculo repetido; nos vienen a la memoria las luchas a cuchillo de los últimos meses de la Segunda guerra mundial, en la corte de Hitler y entre los ministros de Saló; hombres grises éstos también, ciegos más que criminales, luchando encarnecidamente para repartirse las migajas de una autoridad criminal y moribunda. El poder es como una droga: la necesidad del uno y de la otra es desconocida para quienes no los han probado, pero después de iniciarse en ellos, lo cual (como para Rumkowski) puede ocurrir fortuitamente, aparece la dependencia y la necesidad de dosis cada vez más altas; surge también el rechazo de la realidad y el retorno a los sueños infantiles de omnipotencia. Si es válida la interpretación de un Rumkowski intoxicado de poder, hay que admitir que la intoxicación ha ocurrido no a causa, sino a pesar del ambiente del *ghetto*; es decir, es tan poderosa que llega a prevalecer en condiciones que parecerían las ideales para extinguir toda voluntad individual. En realidad, era bien visible en él, como en sus modelos más importantes, el síndrome del poder permanente y certero: la visión distorsionada del mundo, la arrogancia dogmática, la necesidad de adulación, el aferrarse convulsivamente al puesto de mando, el desprecio de las leyes.

Todo eso no exonera a Rumkowski de su culpabilidad. Que de la aflicción de Lódz haya emergido un Rumkowski es algo que causa espanto; si hubiese sobrevivido a su tragedia, y a la tragedia del *ghetto* que él mismo pervirtió con su imaginación de histrión, ningún tribunal le habría absuelto, ni tampoco podemos absolverlo en el terreno moral. Pero tiene atenuantes: un orden infernal como era el nacionalsocialismo, ejerce un espantoso poder de corrupción al que es difícil escapar. Degrada a sus víctimas y las hace semejantes a él porque impone complicidades grandes y pequeñas. Para resistirlas se necesita un sólido esqueleto moral y el que tenía Chaim Rumkowski, el mercader de Lódz, y los de su generación, eran frágiles: ¿pero el nuestro, europeos de hoy, es fuerte?, ¿cómo nos comportaríamos cada uno de, nosotros si fuésemos empujados por la necesidad y, al mismo tiempo, atraídos por la seducción?

La historia de Rumkowski es la historia repugnante e inquietante de los *Kapos* y los funcionarios

de los Lager; de los pequeños jefes que sirven a un régimen, frente a cuyas culpas son voluntariamente ciegos; de los subordinados que firman todo, porque una firma es poco importante; de quien mueve la cabeza pero consiente; de quien dice «si no lo hiciese yo, lo haría alguien peor que yo».

En esta zona de semiconciencias hay que colocar a Rumkowski, figura simbólica y representativa. Si fue sublime o vil es difícil decirlo: él solo podría aclararlo si pudiese hablar ante nosotros, aunque fuese mintiendo como probablemente mentía siempre, incluso a sí mismo; pero nos ayudaría a entenderlo, como todo acusado ayuda a su juez aunque no quiera y aunque mienta, porque la capacidad de un hombre para representar un papel determinado no es ilimitada.

Pero todo esto no basta para explicar el sentido acuciante y amenazador que emana de esta historia. Tal vez su significado sea más amplio: en Rumkowski nos vemos todos, su ambigüedad es la nuestra, connatural a nosotros, de híbridos amasados de arcilla y de espíritu; su fiebre es la nuestra, la de nuestra civilización occidental que «baja a los infiernos con trompetas y tambores», y sus miserables oropeles son la imagen distorsionada de nuestros símbolos de prestigio social. Su locura es la del Hombre presuntuoso y mortal como lo describe Isabela en *Misura per misura*, el Hombre que,...

recubierto de autoridad precaria,
ignorante de lo que cree cierto,
—de su esencia, que es de vidrio—, cual
una mona furiosa, hace tales
insulsas payasadas bajo el cielo
que hace llorar a los ángeles.

Igual que Rumkowski, también nosotros nos cegamos con el poder y con el prestigio hasta olvidar nuestra fragilidad esencial: con el poder pactamos todos, de buena o mala gana, olvidando que todos estamos en el *ghetto*, que el *ghetto* está amurallado, que fuera del recinto están los señores de la muerte, que poco más allá espera el tren.

III. La vergüenza

Existe una imagen estereotipada, mostrada infinidad de veces, consagrada por la literatura y por la poesía, utilizada en el cine: al terminar el vendaval, cuando llega «la calma después de la tempestad», todos los corazones se regocijan. «Salir de penas todos queremos.» Después de la enfermedad viene la salud; a sacarnos de la prisión llagan los nuestros, los liberadores, con banderas desplegadas; el soldado vuelve, y encuentra la familia y la paz.

A juzgar por los relatos hechos por muchos repatriados, y por mis propios recuerdos, el pesimista Leopardi ha ido, en esta representación suya, más allá de la realidad: a su pesar, se ha mostrado optimista. En la mayoría de los casos, la hora de la liberación no ha sido alegre ni despreocupada: estallaba sobre un fondo trágico de destrucción, matanza y sufrimiento. En aquel momento, en que sentíamos que nos convertíamos en hombres, es decir, en seres responsables, volvían los sufrimientos de los hombres: el sufrimiento de la familia dispersa o perdida, del dolor universal que había a nuestro alrededor; de la propia extenuación, que parecía que no podía curarse, que era definitiva; de la vida que había que empezar de nuevo en medio de las matanzas, muchas veces solos. No era «el placer hijo del afán»: era el afán hijo del afán. Salir de penas ha sido un deleite sólo para algunos afortunados, o bien sólo durante breves instantes, o para las almas muy simples; en la mayoría de los casos ha coincidido con una fase de angustia.

Todos conocemos la angustia desde la infancia, y todos sabemos que muchas veces es incomprensible, indiferenciada. Es raro que lleve una etiqueta escrita con claridad designando su causa; cuando la lleva, suele ser mentirosa. Podemos creernos y declararnos angustiados por un motivo, y que sea por otro: creer que sufrimos por el futuro y, en lugar de ello, sufrir por nuestro pasado; creer que sufrimos por los demás, por compasión, por «simpatía», y en lugar de ello sufrir por motivos propios, más o menos profundos, más o menos confesables o confesados; a veces tan profundos que sólo el especialista, el analista de las almas, puede desentrañarlos.

Naturalmente, no me atrevo a afirmar que el guión al que he aludido sea falso en todas las ocasiones. Muchas liberaciones han sido vividas con un gozo total, auténtico; sobre todo por parte de los combatientes, militares o políticos, que veían realizarse en aquel momento las aspiraciones de su militancia y de su vida; también por parte de quien había sufrido menos, o durante menos tiempo, o sólo por él mismo y no por su familia o sus amigos o por personas amadas. Y además, por fortuna, los seres humanos no son todos iguales: hay entre nosotros también quien tiene la virtud de poder extraer, rescatar esos instantes de alegría, de gozar plenamente como quien sabe extraer el oro nativo de la roca. Y, por fin, entre los testimonios leídos o escuchados, están también los que han sido estilizados inconscientemente, en los cuales la convención prevalece sobre la genuina memoria: «quien es liberado de la esclavitud se regocija por ello, yo he sido liberado, por consiguiente también yo me regocijo. En todas las películas, en todas las novelas, como en *Fidelio*, el rompimiento de las cadenas es un momento de alegría solemne o ferviente, y por consiguiente también lo ha sido el mío». Se trata de un caso particular de esa distorsión del recuerdo a que me refería en el primer capítulo y que se acentúa con el paso de los años y con la acumulación de las experiencias ajenas, verdaderas o imaginadas, sobre el estrato de las propias. Pero quien, por determinación o por temperamento, se mantiene lejos de la retórica, con frecuencia habla de manera distinta. Así, por ejemplo, describe su liberación el ya nombrado Filip Müller, que pasó por experiencias más terribles que las mías, en la última página de sus memorias *Eyewitness Auschwitz — Three years in the Gas Chambers*:

Por muy increíble que pueda parecer experimenté un verdadero abatimiento. Aquel momento, alrededor del cual durante tres años se habían concentrado todos mis pensamientos y mis deseos secretos, no suscitó en mí ni felicidad ni ningún otro sentimiento.

Me dejé caer de mi yacija y fui a gatas hasta la puerta. Una vez que estuve fuera, me esforcé en vano en proseguir, luego me tumbé sencillamente en el suelo, en el bosque, y caí dormido.

Releo ahora un fragmento de *La tregua*. El libro no se publicó hasta 1963 (Turín: Einaudi) pero estas palabras las había escrito a finales de 1947; se refieren a los primeros soldados rusos que contemplaron nuestro Lager, donde se amontonaban los cadáveres y los moribundos:

No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre aquel espectáculo funesto. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que teníamos que asistir o soportar un ultraje: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.

No creo tener nada que tachar ni corregir, sino más bien algo que añadir. Que muchos (y yo mismo) han experimentado «vergüenza», es decir, sentido de culpa, durante la prisión y después, es un hecho cierto y confirmado por numerosos testimonios. Puede parecer absurdo, pero es así. Voy a intentar interpretarlo a mi manera, y comentar las interpretaciones de otros.

Como he adelantado al principio, el malestar indefinido que acompañaba a la liberación puede que no fuera exactamente vergüenza, pero era percibido como tal. ¿Por qué? Podemos suponer varias explicaciones.

Excluyo de este examen algunos casos excepcionales: los prisioneros, casi todos políticos, que tuvieron la fuerza y la posibilidad de actuar en el interior del Lager en defensa y en favor de sus compañeros. Nosotros, casi todos los prisioneros comunes, los ignorábamos y ni siquiera sospechábamos su existencia, lo cual era lógico, ya que por razones políticas y de seguridad (la Sección Política de Auschwitz no era más que una rama de la *Gestapo*) tenían que operar en secreto no sólo con relación a los alemanes sino con todos los demás. En Auschwitz, imperio de concentración que en mi tiempo estaba formado por un noventa y cinco por ciento de judíos, esa red política era embrionaria; yo solamente asistí a un episodio que hubiese debido hacerme intuir algo si no hubiera estado deshecho por el trabajo cotidiano.

Hacia mayo de 1944 nuestro casi inocuo *Kapo* fue destituido y el recién llegado se mostró como un individuo temible. Todos los *Kapos* pegaban: evidentemente era parte de sus atribuciones, era su lenguaje, más o menos aceptado; y, además, era el único lenguaje que en aquella Babel perpetua podía ser realmente entendido por todos. En sus distintos matices era comprendido como incitación al trabajo, como admonición y como castigo, y en el orden jerárquico de los sufrimientos ocupaba uno de los últimos puestos. Ahora bien, el *Kapo* nuevo pegaba de un modo diferente, de modo convulsivo, maligno y perverso: en la nariz, en las espinillas, en los genitales. Pegaba para hacer daño, para causar sufrimiento y humillación. Pero no como hacían otros, por ciego odio racial, sino por deseo claro de producir dolor, indiscriminadamente y sin ningún pretexto, a todos sus súbditos. Es probable que se tratase de un enfermo mental pero, por supuesto, en aquellas condiciones, la indulgencia que sentimos hoy como un deber hacia los enfermos de ese tipo hubiera estado fuera de lugar. Hablé de ello con un colega, un judío comunista croata: ¿qué hacer?, ¿cómo defenderse?, ¿actuar colectivamente? El me hizo una seña, con una sonrisa extraña y sólo me contestó: «Ya verás como no dura mucho». Efectivamente, el golpeador desapareció en menos de una semana. Años más tarde, en una reunión de ex prisioneros me enteré de que algunos prisioneros políticos adscritos a la Oficina de Trabajo del interior del campo tenían el terrorífico poder de sustituir los números de matrícula en las listas de los prisioneros destinados a las cámaras de gas. Quien tuvo los medios y la voluntad de actuar así, de contrarrestar de aquella manera la maquinaria del Lager, ha estado a salvo de la vergüenza: o por lo menos de la que yo estoy hablando, ya que probablemente experimentará

otra. También a salvo debía encontrarse Sivadján, hombre silencioso y tranquilo que he mencionado de paso en *Si esto es un hombre* (Turín: Einaudi, 1958) en el capítulo de «El canto de Ulises», y del cual he sabido, en la misma ocasión, que introducía explosivos en el campo con la mirada puesta en una posible insurrección.

A mi criterio, el sentimiento de vergüenza y de culpa que coincidía con la libertad reconquistada era muy complejo: estaba formado por elementos diversos, y en distintas proporciones, en cada uno de los casos. Debemos recordar que cada uno de nosotros, de modo objetivo o subjetivo, vivimos el Lager a nuestro modo.

A la salida de la oscuridad se sufría por la conciencia recobrada de haber sido envilecidos. Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad, ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos, de la mañana a la noche, por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío, y el espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la suciedad, la promiscuidad y la desposesión sufriendo mucho menos de lo que habríamos sufrido en una situación normal, porque nuestro parámetro moral había cambiado. Además, todos habíamos robado: en las cocinas, en el campo, en la fábrica, en resumidas cuentas «a los otros», a la parte contraria, pero habíamos hurtado; algunos (pocos) habían llegado incluso a robarle el pan a su propio amigo. Nos habíamos olvidado no sólo de nuestro país y de nuestra cultura sino también de nuestra familia, del pasado, del futuro que habíamos esperado, porque, como los animales, estábamos reducidos al momento presente. De esa situación de abatimiento habíamos salido sólo a raros intervalos, en los poquísimos domingos de descanso, en los minutos fugaces antes de caer dormidos, durante la furia de los bombardeos aéreos, y eran salidas dolorosas, precisamente porque nos daban ocasión de medir desde afuera nuestro envilecimiento.

Creo que precisamente a este volverse atrás para mirar «las aguas peligrosas» se hayan debido los muchos casos de suicidio posteriores (a veces inmediatamente posteriores) a la liberación. Se trataba siempre de un momento crítico que coincidía con una oleada de reflexión y de depresión. Como contraste, todos los historiadores del Lager, también de los soviéticos, están de acuerdo en observar que los casos de suicidio durante la prisión fueron raros. A este hecho se le han buscado varias explicaciones pero por mi parte no propongo sino tres, que no se excluyen unas a otras.

Primera: el suicidio es cosa humana y no de animales, es decir, es un acto meditado, una elección no instintiva, no natural; y en el Lager había pocas ocasiones de elegir, se vivía precisamente como los animales domesticados, que a veces se dejan morir pero que no se matan. Segunda: «había otras cosas en que pensar», como suele decirse. La jornada estaba completa: había que pensar en satisfacer el hambre, en sustraerse de algún modo al cansancio y al frío, en evitar los golpes; precisamente por la inminencia constante de la muerte faltaba tiempo para pensar en la muerte. La rudeza de la verdad resplandece en la anotación de Svevo en *La conciencia de Zeno*, donde describe despiadadamente la muerte de su padre: «Cuando uno se está muriendo tiene otra cosa que hacer que pensar en la muerte. Todo su organismo estaba entregado a la respiración». Tercera: en la mayoría de los casos el suicidio nace de un sentimiento de culpabilidad (si existe el castigo se debe haber cometido una falta) que ningún castigo ha podido atenuar; ahora bien, la dureza de la prisión era percibida como un castigo, y el sentimiento de culpa se relegaba a segundo plano para emerger de nuevo después de la liberación: es decir, no necesitábamos castigarnos con el suicidio por una (verdadera o presunta) culpa que estábamos ya expiando con nuestros sufrimientos diarios.

¿Qué culpa? En resumidas cuentas, emergía la conciencia de no haber hecho nada, o lo suficiente, contra el sistema por el que estábamos absorbidos. De la falta de resistencia en los Lager, o mejor dicho en algunos de los Lager, se ha hablado mucho y muy a la ligera, sobre todo por parte de quienes tenían otros pecados de los cuales dar cuenta. Quien ha pasado por ello, sabe que había situaciones colectivas y personales en las cuales era posible una resistencia activa; otras, mucho más frecuentes, en las que no lo era. Es sabido que, especialmente en 1941, cayeron en manos alemanas millones de prisioneros militares soviéticos. Eran jóvenes, la mayoría bien alimentados y robustos, tenían preparación militar y política, con frecuencia formaban una unidad con los soldados de tropa, suboficiales y oficiales; odiaban a los alemanes, que habían invadido su país y,

sin embargo, muy raramente les hicieron resistencia. La desnutrición, la expoliación y los demás daños físicos que tan fácil es provocar y en los cuales los nazis eran maestros, son rápidamente destructores, y antes de destruir paralizan; tanto más cuanto que están precedidos por años de segregación, humillaciones, malos tratos, migraciones forzadas, ruptura de lazos familiares, pérdida de contacto con el resto del mundo. Ésta era la situación del grueso de los prisioneros que habían llegado a Auschwitz después del preinfierno de los *ghettos* y de los campos de concentración.

Por todo eso, en el plano racional, no se podría encontrar nada de qué avergonzarse, pero a pesar de ello se sentía la vergüenza, y especialmente ante los pocos y lúcidos ejemplos de quienes habían tenido la fuerza y la posibilidad de resistir; a ello he aludido en el capítulo «El último» de *Si esto es un hombre*, donde se describe el ahorcamiento público de un resistente ante la aterrorizada y apática multitud de los prisioneros. Es un pensamiento que entonces sólo nos insinuábamos, pero que ha vuelto después: «también tú habrías podido, habrías debido»; es un juicio que el ex prisionero ve, o cree ver, en los ojos de quienes (y especialmente los jóvenes) escuchan su relato y juzgan con la ligereza de quien juzga después; o que tal vez siente que despiadadamente le reprochan. Conscientemente o no, se siente imputado y juzgado, empujado a justificarse y a defenderse.

Más realista es la autoacusación, o la acusación, de haber fallado en el plano de la solidaridad humana. Pocos sobrevivientes se sienten culpables de haber perjudicado, robado o golpeado deliberadamente a un compañero: quien lo ha hecho rechaza el recuerdo; por el contrario, casi todos se sienten culpables de omisión en el socorro. La presencia a tu lado de un compañero más débil, o más indefenso, o más viejo, o demasiado joven, que te obsesiona con sus peticiones de ayuda, o con su simple «estar» que ya en sí es una súplica, es una constante de la vida en el Lager. La necesidad de solidaridad, de una voz humana, de un consejo, incluso sólo de alguien que escuchase, era permanente y universal, pero se satisfacía raramente. Faltaba tiempo, espacio, condiciones para las confidencias, paciencia, fuerza; en la mayoría de los casos aquel a quien uno se dirigía estaba también él en estado de necesidad, de apremio.

Recuerdo, con cierto alivio, que en una ocasión intenté dar ánimos a un adolescente italiano acabado de llegar que se debatía en la desesperación sin límite de los primeros días del campo: he olvidado lo que le dije, que con seguridad eran palabras de esperanza, puede que alguna mentira piadosa para un recién llegado, dicha con la autoridad de mis veinticinco años y de mis tres meses de antigüedad; como fuera, -Te hice el favor de prestarle mi atención un momento. Pero recuerdo, también, y con desasosiego, que muchas más veces me alcé de hombros impacientemente a otras solicitudes, y precisamente cuando ya estaba en el campo hacía casi un año y había acumulado una buena dosis de experiencia: pero también había asimilado bien la regla principal de aquel lugar, que ordenaba ocuparse de uno mismo antes que de nadie. Nunca he encontrado esa regla expresada con tanta franqueza como en el libro *Prisoners of Fear* (Londres:Victor Gollancz, 1958) de Ella Lingens-Reiner (donde la frase se atribuye a una médica que, en contra de sus palabras, se mostró generosa y valiente y salvó muchas vidas):

¿Cómo he podido sobrevivir en Auschwitz? Mi norma es que en primer lugar, en segundo y en tercero estoy yo. Y luego nadie más. Luego otra vez yo; y luego todos los demás.

En agosto de 1944, en Auschwitz hacía mucho calor. Un viento tórrido, tropical, levantaba nubes de polvo de los edificios destrozados por los bombardeos aéreos, nos secaba el sudor sobre la piel y nos espesaba la sangre en las venas. A mi escuadra la habían enviado a una cantina a remover los escombros y todos sufríamos de sed: un sufrimiento nuevo que acrecentaba, y aun multiplicaba, el ya viejo del hambre. Ni en el campo ni en la cantina había agua potable; en aquellos días faltaba muchas veces el agua de los lavabos, que no podía beberse pero con la cual uno podía refrescarse y quitarse el polvo. Normalmente, para satisfacer la sed bastaba el potaje de la noche y el sucedáneo de café que se distribuía hacia las diez de la mañana; ahora no eran suficientes y la sed nos mataba. Es más imperiosa que el hambre: el hambre obedece a los nervios, otorga descanso, puede ser temporalmente ocultada por alguna emoción, un dolor, un temor (nos habíamos apercebido de ello en el viaje desde Italia); pero no la sed, que no da tregua. El hambre extenua, la sed vuelve loco;

aquellos días nos acompañaba de día y de noche: de día, en las canteras, cuyo orden (enemigo nuestro, pero sin embargo orden, un espacio de cosas lógicas y necesarias) se había transformado en un caos de obras destrozadas; por las noches, en los barracones que no tenían ventilación, en las bocanadas que dábamos en aquel aire cien veces respirado.

La esquina de la cantina que me había sido asignada por el *Kapo* para que retirase de ella los escombros era contigua a un vasto local ocupado por aparatos químicos que estaban siendo instalados y habían sido alcanzados por las bombas. A lo largo del muro, vertical, había un tubo de unas dos pulgadas que terminaba con un grifo a poca altura del piso. ¿Un tubo de agua? Intenté abrirlo, estaba yo solo, nadie me veía. Estaba tapado, pero con un pedrusco como martillo pude destaparlo unos milímetros. Salieron gotas, sin olor, que recogí con los dedos: parecía realmente agua. No tenía ningún recipiente; las gotas salían lentamente, sin presión: el tubo debía estar lleno hasta aproximadamente la mitad, quizá menos. Me tendí en la tierra con la boca bajo el grifo, sin tratar de abrirlo más: era agua que estaba tibia por el sol, insípida, tal vez destilada o condensada pero, en cualquier caso, una delicia.

¿Cuánta agua puede contener un tubo de dos pulgadas de anchura por un metro o dos de altura? Un litro, o posiblemente menos. Podía bebérmela toda enseguida, que hubiera sido lo más seguro. O dejar un poco para el día siguiente. O repartirla con Alberto. O revelar el secreto a toda la escuadra.

Escogí la tercera alternativa, la del egoísmo extendido hacía quien sientes más cercano a ti, que un amigo mío de tiempos lejanos ha llamado con propiedad «nosismo». Nos bebimos toda el agua, a pequeños sorbos avaros, alternándonos bajo el grifo, los dos solos. A escondidas; pero en la marcha de vuelta al campo me encontré al lado de Daniele, gris del polvo de cemento, que tenía los labios agrietados y los ojos brillantes, y me sentí culpable. Cambié una mirada con Alberto, nos entendimos al vuelo y esperamos que nadie nos hubiese visto. Pero Daniele nos había entrevisto en aquella postura extraña, tumbados boca arriba bajo el muro y sobre los escombros, y algo había sospechado, y luego lo había adivinado. Me lo dijo con dureza, muchos meses más tarde, en la Rusia Blanca, después de la liberación: ¿por qué vosotros sí y yo no? Era el código moral «civil» que resurgía, aquel mismo por el cual a mí, hombre libre hoy, me parece escalofriante la condena a muerte del *Kapo* que nos golpeaba, decidida y ejecutada sin apelación, en silencio, con un gesto de la goma de borrar. ¿Está justificada o no, la vergüenza del «después»? No logré decidirlo entonces, y tampoco hoy lo consigo, pero la vergüenza la sentía y la siento, concreta, pesada, continua. Daniele está muerto ahora, pero en nuestros encuentros de sobrevivientes, fraternos, afectuosos, el velo de aquel acto fallido, de aquel vaso de agua no compartido, estaba entre los dos, transparente, sin expresar, pero perceptible y «costoso».

Cambiar los códigos morales es siempre costoso: todos los heréticos lo saben, los apóstatas y los disidentes. Ya no somos capaces de juzgar el comportamiento nuestro (o el ajeno) que tuvimos entonces bajo los códigos de entonces, basándonos en el código actual; pero me parece justa la cólera que nos invade cuando vemos que alguno de los «otros» se siente autorizado a juzgarnos a nosotros, «apóstatas» o, mejor dicho, convertidos otra vez.

¿Es que te avergüenzas de estar vivo en el lugar de otro? Y sobre todo ¿de un hombre más generoso, más sensible, más sabio, más útil, más digno de vivir que tú? No puedes soslayarlo: te examinas, pasas revista a tus recuerdos, esperando encontrarlos todos, y que ninguno se haya enmascarado ni disfrazado; no, no encuentras transgresiones abiertas, no has suplantado a nadie, nunca has golpeado a nadie (pero ¿habrías tenido fuerzas para hacerlo?), no has aceptado ningún cargo (pero no te los han ofrecido), no has quitado el pan a nadie; y sin embargo no puedes soslayarlo. Se trata sólo de una suposición, de la sombra de una sospecha: de que todos seamos el Caín de nuestros hermanos, de que todos nosotros (y esta vez digo «nosotros» en un sentido muy amplio, incluso universal) hayamos suplantado a nuestro prójimo y estemos viviendo su vida. Es una suposición, pero remuerde; está profundamente anidada, como la carcoma; por fuera no se ve, pero roe y taladra.

A mi vuelta de la prisión vino a verme un amigo mayor que yo, tranquilo e intransigente, practicante de una religión propia que siempre me ha parecido severa y seria. Estaba contento de encontrarme vivo y sustancialmente indemne, seguramente maduro y fortificado, y ciertamente

enriquecido. Me dijo que mi supervivencia no podía ser obra del azar, de una acumulación de circunstancias afortunadas (como sostenía yo y aún lo sostengo), sino de la Providencia. Yo estaba marcado, era un elegido: yo, que no creía, y que todavía creía menos después de la estancia en Auschwitz, estaba tocado por la gracia divina, estaba salvado. ¿Y por qué precisamente yo? No puede saberse, me contestó. Posiblemente para que escribiese y, para que, escribiendo, diese testimonio: ¿no estaba precisamente entonces, en 1946, escribiendo un libro sobre mi prisión?

Esa opinión me pareció monstruosa. Me dolió como cuando se toca un nervio al descubierto, y resucitó la duda de que hablaba antes: podía ser que estuviese vivo en lugar de otro, a costa de otro; podría haber suplantado a alguien, es decir, en realidad matado a alguien. Los «salvados» de Auschwitz no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de un mensaje; cuanto yo había visto y vivido me demostraba precisamente lo contrario. Preferentemente sobrevivían los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de «la zona gris», los espías. No era una regla segura (no había, ni hay, en las cosas humanas reglas seguras), pero era una regla. Yo me sentía inocente, pero enrolado entre los salvados, y por lo mismo en busca permanente de una justificación, ante mí y ante los demás. Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos.

Murió Chajim, el relojero de Cracovia, judío piadoso que, a despecho de las dificultades de la lengua se había esforzado por entenderme y hacerse entender, y por explicarme a mí, extranjero, las reglas elementales de supervivencia en los primeros y cruciales días del cautiverio; murió Szabó, el taciturno campesino húngaro que medía casi dos metros y por ello tenía más hambre que nadie y que, sin embargo, mientras tuvo fuerzas, nunca dudó en ayudar a los compañeros más débiles a tener fuerza y a empujar; y Robert, profesor de la Sorbona, que emanaba fe y valor, hablaba cinco lenguas, se desgastaba registrando todo en su memoria prodigiosa y, si hubiese vivido habría encontrado las respuestas que yo no he sabido encontrar; y murió Baruch, estibador del puerto de Liorna, inmediatamente, el primer día, porque había contestado a puñetazos al primer puñetazo que había recibido y fue asesinado por tres *Kapos* coaligados. Ellos, e incontables otros, murieron no a pesar de su valor, sino precisamente por su valor.

Mi religioso amigo me había dicho que yo había sobrevivido para que diese testimonio. Lo he hecho, lo mejor que he podido, y no habría podido dejar de hacerlo; y lo sigo haciendo, siempre que se me presenta la ocasión; pero pensar que este testimonio mío haya podido concederme por sí solo el privilegio de sobrevivir, y de vivir durante muchos años sin graves problemas, me inquieta, porque encuentro desproporcionado el resultado en relación al privilegio.

Lo repito, no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda, de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo las memorias ajenas, y releendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo; son ellos, los «musulmanes», los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. Ellos son la regla, nosotros la excepción. Bajo otro cielo, y como superviviente de una esclavitud semejante y diversa, lo ha notado Solzhenitsin:

Casi todos los que han cumplido una larga condena y cuya supervivencia os alegra no son sino *pridurki*, o lo han sido durante la mayor parte de su prisión. Porque los *Lager* son de exterminio, no podemos olvidarlo.

En el lenguaje de aquel otro universo de concentración, los *pridurki* son los prisioneros que, de una manera o de otra, se han conquistado una posición privilegiada, los que nosotros llamábamos los Prominentes.

Los que tuvimos suerte hemos intentado, con mayor o menor sabiduría, contar no solamente nuestro destino sino también el de los demás, precisamente el de los «hundidos»; pero se ha tratado de una narración «por cuenta de un tercero», la relación de las cosas vistas de cerca pero no experimentadas por uno mismo. La demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la

haya contado, como no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte. Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma no hubieran escrito su testimonio porque su verdadera muerte había empezado ya antes de la muerte corporal. Semanas y meses antes de extinguirse habían perdido ya el poder de observar, de recordar, de reflexionar y de expresarse. Nosotros hablamos por ellos, por delegación.

No podré decir si lo hemos hecho, o lo hacemos, por una especie de obligación moral hacia los que han enmudecido, o por librarnos de su recuerdo, pero lo cierto es que lo hacemos movidos por firme y persistente impulso. No creo que los psicoanalistas (que se han arrojado con avidez profesional sobre nuestros conflictos) sean capaces de explicar este impulso. Su saber ha sido elaborado y probado «fuera», en el mundo que para simplificar llamamos «civil»: a él pertenece la fenomenología que describe y trata de explicar; son sus desviaciones las que estudia y trata de curar. Sus interpretaciones, aun las de quienes como Bruno Bettelheim han atravesado la prueba del Lager, me parecen imprecisas y simplistas, como de quien quisiera aplicar los teoremas de la geometría plana a la resolución de los triángulos esféricos. Los mecanismos mentales de los *Häftlinge* eran distintos de los nuestros; curiosa, y paralelamente, era distinta también su fisiología y su patología. En el Lager, se desconocían los catarrros y las gripes, pero se moría, a veces de repente, de enfermedades que los médicos nunca han tenido ocasión de estudiar. Se curaban (o desaparecían sus síntomas) las úlceras gástricas y las enfermedades mentales, pero todos padecíamos un malestar incesante que nos envenenaba el sueño y que no tenía nombre. Llamarlo «neurosis» es simplista y ridículo. Tal vez sería más justo ver en él una angustia atávica, aquella de la cual se siente el eco en el segundo versículo del Génesis: la angustia inscrita en todos del *tòhu vavòhu*, del universo desierto y vacío, aplastado bajo el espíritu de Dios, y del que el espíritu del hombre está ausente: no ha nacido aún y ya está extinguido.

Y hay otra vergüenza más grande aún, la vergüenza del mundo. Ha sido dicho memorablemente por John Donne, y citado innumerables veces, con oportunidad y sin ella, que «no hay hombre que sea una isla», y que la campana que tañe lo hace por todos. Y, sin embargo, hay quien ante la culpa ajena o la propia se vuelve de espaldas para no verla y no sentirse afectado: es lo que han hecho la mayoría de los alemanes durante los doce años hitlerianos, con la ilusión de que no ver fuese igual que no saber, y que no saber les aliviase de su cuota de complicidad o de connivencia. Pero a nosotros la pantalla de la deseada ignorancia, el *partial shelter* de T. S. Eliot, nos fue negada: no pudimos dejar de ver. El mar de dolor, pasado y presente, nos circundaba, y su nivel ha ido subiendo de año en año hasta casi ahogarnos. Era inútil cerrar los ojos o volvernos de espaldas, porque se extendía a nuestro alrededor, en todas direcciones y hasta el horizonte. No nos ha sido posible, ni lo hemos querido, ser islas; los justos de entre nosotros, ni más ni menos numerosos que en cualquier otro grupo humano, han experimentado remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, por culpas que otros y no ellos habían cometido, y en las cuales se han sentido arrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era irrevocable. No podría ser lavado jamás; había demostrado que el hombre, el género humano, es decir, nosotros, éramos potencialmente capaces de causar una mole infinita de dolor; y que el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. Es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada.

Se nos pregunta con frecuencia, como si nuestro pasado nos dotase de una visión profética, si «Auschwitz» puede repetirse: es decir, si volverá a haber exterminios en masa, unilaterales, sistemáticos, mecanizados, provocados por un gobierno, perpetrados sobre poblaciones inocentes e inermes y legitimados por la doctrina del desprecio. Profetas, afortunadamente, no somos, pero algo podemos decir. Que una tragedia semejante, casi ignorada en Occidente, ha ocurrido en Camboya, hacia el año 1975. Que las matanzas alemanas han sido cebadas y luego alimentadas por sí mismas, por el afán de servidumbre y la pobreza de ánimo, gracias a la combinación de algunos factores (el estado de guerra, el perfeccionamiento tecnológico y organizativo germánico, la voluntad y el carisma invertido de Hitler, la falta de raíces democráticas sólidas en Alemania) no muy numerosos, ninguno indispensable y en sí mismos insuficientes. Estos factores pueden reproducirse y en parte

se están reproduciendo ya en distintas partes del mundo. La nueva combinación de todos, dentro de diez o veinte años, es poco probable aunque no imposible. Según mi parecer, una matanza en masa es particularmente improbable en el mundo occidental, en Japón y también en la Unión Soviética: los Lager de la Segunda guerra mundial están todavía en el recuerdo de todos, de la población y del gobierno, y está en acción una especie de defensa, de inmunización que coincide ampliamente con la vergüenza de la cual he estado hablando.

Sobre lo que pueda ocurrir en otras partes del mundo, o más tarde, es prudente suspender el juicio; el Apocalipsis nuclear, probablemente instantáneo y definitivo, es un horror mayor y distinto, extraño, nuevo, que se aparta del tema que he elegido.

IV. La comunicación

El término «incomunicabilidad», tan de moda durante la década de los setenta no me ha gustado nunca; en primer lugar porque es una monstruosidad lingüística, y en segundo por razones más personales.

En el mundo normal de hoy, al cual por convención y por contraste hemos dado en llamar unas veces «civil» y otras «libre», no sucede casi nunca que nos demos contra una barrera lingüística total: que nos encontremos ante un ser humano con quien tengamos que establecer desesperadamente una comunicación, bajo pena de perder la vida, y no logremos hacerlo. Antonioni, en el *Desierto rojo*, ha proporcionado un célebre ejemplo en el episodio en que la protagonista se encuentra, por la noche, con un marinero turco que no sabe una sola palabra de ninguna lengua que no sea la suya y trata de hacerse entender por él en vano. Pero el ejemplo es incompleto, porque por ambas partes, también por la del marinero, existe la voluntad de entender o, por lo menos, no existe la voluntad de rechazar la comunicación.

Según una teoría en boga en aquellos años, y que parece frívola e irritante, la «incomunicabilidad» sería un componente incuestionable, una condena perpetua inherente a la condición humana, y en especial al estilo de vida de la sociedad industrial: somos nómadas, incapaces de mensajes recíprocos, o sólo capaces de mensajes incompletos, falsos ya en el acto de ser emitidos, mal entendidos por quien los recibe. El discurso es ficticio, mero rumor, velo pintado que cubre el silencio existencial; estamos, ay, solos, y también (o especialmente) si vivimos en pareja. Yo creo que esta lamentación es producto de cierta pereza mental, y la denuncia, con toda seguridad, la favorece, en un peligroso círculo vicioso. Salvo los casos de incapacidad patológica, podemos y debemos comunicarnos: es una manera útil y fácil de contribuir a la paz ajena y a la propia, porque el silencio, la ausencia de señales, es a su vez una señal, pero ambigua, y la ambigüedad genera inquietud y sospechas. Negar la posibilidad de la comunicación es falso: siempre es posible. Rechazar la comunicación es un pecado; para la comunicación, y en especial para su forma altamente evolucionada y noble del lenguaje, estamos biológica y socialmente predispuestos. Todas las razas humanas hablan; ninguna de las especies no humanas sabe hablar.

También en el aspecto de la comunicación, o mejor dicho de la comunicación fallida, nuestra experiencia de sobrevivientes es peculiar. Nosotros tenemos el fastidioso tic de intervenir cuando alguien (¡nuestros hijos!) hablan de frío, de hambre, de cansancio. ¿Qué sabréis vosotros? Tendríais que haber sufrido como nosotros. Por razones de buen gusto y de buena vecindad tratamos, en general, de resistirnos a la tentación de estas intervenciones de *miles gloriosos* que, sin embargo, todavía resulta imperiosa en mí cuando oigo hablar de comunicación fallida o imposible. «Tendríais que haber sufrido la nuestra.» No puede compararse a la del turista que va a Finlandia o al Japón y se encuentra con intelectuales de lengua ajena pero profesionalmente (y también espontáneamente) amables y bien intencionados que se esfuerzan por entenderlo y ayudarlo: después de todo, ¿qué rincón del mundo hay donde alguien no masculle un poco de inglés? Y las necesidades del turista son pocas, siempre las mismas: por lo que la incertidumbre es poca y el casino-entenderse puede transformarse incluso en un juego.

Más dramático es el caso del emigrante, italiano en América hace un siglo, turco, marroquí o paquistaní en la Alemania o la Suiza de hoy. Aquí no se trata ya de una breve exploración sin imprevistos a través de los circuitos bien experimentados por las agencias de viajes: se trata de un trasplante, tal vez definitivo; de una inserción en un trabajo que hoy es raramente elemental y en el cual la comprensión de la palabra, hablada o escrita, es necesaria; supone relaciones humanas indispensables con los vecinos de la casa, los comerciantes, los colegas, los superiores: en el trabajo, en la calle, en el bar, con gentes extranjeras, de costumbres diversas, muchas veces hostiles. Pero los correctivos no faltan, la misma sociedad capitalista tiene la inteligencia suficiente para

comprender que su propio provecho coincide ampliamente con el rendimiento del trabajador «huésped» y, por consiguiente, con su bienestar y su inserción. Se le permite llevarse con él a su familia, es decir, a un trozo de su patria; se le encuentra, bueno o malo, un alojamiento; puede (y a veces debe) ir a estudiar la nueva lengua. El sordomudo que ha bajado del tren es ayudado, quizá sin ningún cariño, pero no sin eficacia, y en poco tiempo reconquista el uso de la palabra.

Nosotros hemos vivido la incomunicabilidad de manera más radical. Me refiero especialmente a los deportados italianos, yugoslavos y griegos; en menor medida a los franceses, entre quienes había muchos de origen polaco o alemán, y algunos que, siendo alsacianos, comprendían bien el alemán; y a muchos húngaros que llegaban del campo. Para los italianos el choque con la barrera lingüística se produjo dramáticamente ya antes de la deportación, todavía en Italia, en el momento en que los funcionarios de la Seguridad Pública italiana nos cedieron, con visible contrariedad, a las SS que, en febrero de 1944, se habían arrogado el control del campo de concentración de Fóssoli, cerca de Módena. Nos dimos cuenta enseguida, desde los primeros contactos con los hombres despreciativos de los galones negros, que el saber o no saber alemán significaba la separación en dos vertientes. Con quien los entendían, y les contestaban en forma articulada, establecían una apariencia de relación humana. Con quien no les entendían, los negros reaccionaban de una manera que nos espantó y dejó estupefactos: la orden, que había sido pronunciada con la voz tranquila de quien sabe que va a ser obedecido, era repetida igual, en voz alta y rabiosa, después de un alarido estremecedor, como si se dirigiese a un sordo, o a un animal doméstico más sensible al tono que al contenido del mensaje.

Si alguien dudaba (y todos dudaban, porque no entendían y estaban aterrorizados) llovían los golpes, y estaba claro que se trataba de una variante del mismo lenguaje: el uso de la palabra para comunicar el pensamiento, ese mecanismo necesario y suficiente para que el hombre sea hombre, había caído en desuso. Era una señal: para aquéllos, no éramos ya hombres; con nosotros, como con las mulas o las vacas, no existía una diferencia sustancial entre el grito y el puñetazo. Para que un caballo corra o se detenga, dé una vuelta, tire o deje de tirar, no es necesario llegar a un entendimiento ni darle explicaciones detalladas; es suficiente un diccionario formado por una docena de signos distintos pero unívocos, y no importa que sean acústicos, táctiles o visuales: tirones de bridas, punzadas de espuelas, gritos, gestos, golpes de látigo, restallidos de labios, golpes en el lomo, todos sirven. Hablarles sería una necedad, como hablar solo, o un patetismo ridículo: por que ¿qué iban a entender? Cuenta Marsalek, en su libro *Mauthausen* (Milán: La Pietra, 1977) que en ese Lager, todavía más poliglota que Auschwitz, al látigo de goma se le llamaba *der Dolmetscher*, el intérprete: el que se hacía entender por todos.

La verdad es que el hombre ignorante (y los alemanes de Hitler, y en especial las SS eran temerosamente ignorantes: no habían sido «educados» o habían sido mal educados) no sabe distinguir claramente entre quien no entiende una lengua y quien simplemente no entiende. A los jóvenes nazis les habían metido en la cabeza que en el mundo había una sola civilización, la alemana; todas las demás, contemporáneas o antiguas, eran aceptables en cuanto contuviesen en sí algún elemento germánico. Por lo cual, quien no entendía ni hablaba alemán era, por definición, un bárbaro; si se obstinaba en tratar de expresarse en su lengua, o mejor, en su no-lengua, había que hacerle callar a patadas y ponerlo en su sitio, a tirar de algo, llevar algo o empujar algo, porque no era un *Mensch*, un ser humano. Me viene a la memoria un episodio elocuente. En el tajo, un *Kapo* recién llegado de una escuadra formada especialmente de italianos, franceses y griegos, no se había dado cuenta de que por detrás de él se había acercado uno de los más temidos vigilantes de las SS. Se dio vuelta como por resorte, se cuadró muerto de miedo y pronunció la *Meldung* de rigor: «*Kommando 83*, cuarenta y dos hombres». En su nerviosismo, había dicho *zweiundvierzig Mann*, «hombres». El militar le corrigió en tono seco y paternal: no se dice así, se dice *zweiundvierzig Häftlinge*, cuarenta y dos prisioneros. Se trataba de un *Kapo* joven y por eso podía perdonársele, pero tenía que aprender el oficio, las conveniencias sociales y las distancias jerárquicas.

Esto de sentirse seres a quienes no se hablaba tenía efectos rápidos y devastadores. A quien no te habla, o se dirige a ti con alaridos que te parecen inarticulados, no osas dirigirle la palabra. Si tienes la suerte de encontrar a tu lado a alguien con quien tienes una lengua en común, menos mal, podrías

cambiar impresiones, aconsejarte con él, desahogarte; si no encuentras a nadie, la lengua se te seca en pocos días, y con la lengua el pensamiento.

Además, en el terreno de lo inmediato, no entiendes las órdenes y las prohibiciones, no descifras las obligaciones, algunas fútiles, ridículas pero otras fundamentales. Te encuentras, en resumen, en el vacío y entiendes a costa tuya que la comunicación genera información y que sin la información no se puede vivir. La mayor parte de los prisioneros que no conocían el alemán, es decir, casi todos los italianos, murieron en los primeros diez o quince días después de la llegada: a primera vista de hambre, frío, cansancio, enfermedad; en un examen más cuidadoso, por falta de información. Si hubiesen podido hablar con los compañeros más antiguos habrían podido orientarse mejor: habrían aprendido a procurarse ropas, calzado, comida ilegal; a descargarse del trabajo más duro y a evitar los enfrentamientos con frecuencia mortales con las SS; a sobrellevar sin errores fatales sus inevitables enfermedades. No pretendo decir que no habrían muerto, pero habrían vivido más y habrían tenido más posibilidades de recuperar el terreno perdido.

En la memoria de todos nosotros, los sobrevivientes, escasamente políglotas, los primeros días de Lager han quedado grabados en forma de película desenfocada y frenética, llena de ruido y de furia, y carente de significado: un ajeteo de personajes sin nombre ni rostro sumergidos en un continuo y ensordecedor ruido de fondo del que no afloraba la palabra humana. Una película en blanco y negro, sonora pero no hablada.

He advertido, en mí mismo y en otros sobrevivientes, un efecto curioso de este vacío desprovisto de comunicación. A una distancia de cuarenta años recordamos todavía, de manera puramente acústica, palabras y frases pronunciadas a nuestro alrededor en lenguas que no conocíamos ni hemos aprendido luego: yo, por ejemplo, en polaco o en húngaro. Todavía me acuerdo hoy de cómo se enunciaba en polaco no mi número de matrícula, sino el del prisionero que me precedía en la lista de uno de los barracones: un revoltijo de sonidos que terminaba armoniosamente, como las cuentas indescifrables de los niños, en algo así como «stergísci stèri» (hoy sé que estas palabras quieren decir «cuarenta y cuatro»). En realidad, en aquel barracón los polacos eran los encargados de distribuir el potaje a la mayor parte de los prisioneros, y el polaco era la lengua oficial; cuando nos llamaban había que acudir inmediatamente con la escudilla tendida para no perder el turno y, para que no nos pifiasen desprevenidos, había que destacarse cuando escuchábamos el número de matrícula inmediatamente precedente. Aquel «stergísci stèri» funcionaba como la campanilla del perro de Pavlov: provocaba una súbita secreción de saliva.

Estas palabras extranjeras se habían grabado en nuestras memorias como en una cinta magnética vacía, en blanco; del mismo modo, un estómago hambriento asimila rápidamente hasta una comida indigesta. No nos ayuda a recordarlas su significado, que no conocíamos; sin embargo, mucho más tarde, se las hemos repetido a personas que podían comprenderlas, y un sentido, aunque tenue y trivial, tenían: eran imprecaciones, blasfemias o frasecillas cotidianas repetidas a menudo, como «¿qué hora es?», o «no puedo andar», o «déjame en paz». Eran fragmentos arrancados a lo indiferenciable: fruto de un esfuerzo inútil e inconsciente por recortar un sentido dentro de la insensatez. Eran, también, el equivalente mental de nuestra necesidad física de alimentación, que nos empujaba a buscar cáscaras de patatas en las inmediaciones de la cocina: un poco más que nada, mejor que nada. También el cerebro subalimentado sufre su propia hambre. Quizá esta memoria inútil y paradójica tuviese otro significado y otra finalidad: una inconsciente preparación para «después», para una supervivencia improbable en la cual cada migaja de experiencia podría convertirse en el pequeñísimo fragmento de un vasto mosaico.

He contado en las primeras páginas de *La tregua* un caso extremo de comunicación necesaria y fallida: el del niño Hurbinek, de tres años, es probable que nacido clandestinamente en el Lager, a quien nadie había enseñado a hablar y que experimentaba una imperiosa necesidad de hablar, expresada por todo su pobre cuerpecillo. También bajo este aspecto el Lager era un laboratorio cruel en el cual podía asistirse a situaciones y comportamientos nunca vistos antes, ni después, ni en otra parte.

Yo había aprendido algunas palabras de alemán hacía pocos años, cuando todavía estaba

estudiando, sólo para poder entender los textos de química y de física, no para transmitir activamente mi pensamiento ni para entender el lenguaje hablado. Eran los años de las leyes raciales fascistas y mi encuentro con algún alemán o un viaje mío a Alemania parecían acontecimientos muy poco probables. Arrojado a Auschwitz, a pesar de la turbación inicial (o precisamente gracias a ella) comprendí inmediatamente que mi escasísimo *Wortschatz* se había convertido en un factor esencial de supervivencia. *Wortschatz* significa «patrimonio léxico» y literalmente «tesoro de palabras»; nunca ningún término ha tenido un significado tan apropiado. Saber alemán era la vida: bastaba mirar alrededor. Los compañeros italianos que no lo entendían, o sea casi todos salvo algún triestino, estaban hundiéndose uno tras otro en el tempestuoso mar de la no comprensión: no entendían las órdenes y recibían bofetadas y patadas sin saber por qué. En la ética rudimentaria del campo estaba previsto que un golpe tuviese algún tipo de justificación, para facilitar la implantación de la curva transgresión-castigo-enmienda; por ello, el *Kapo* y sus delegados acompañaban el puñetazo con un gruñido: «¿Sabes por qué?», al que seguía una sumaria «comunicación del delito». Pero para los nuevos sordomudos esta ceremonia era inútil. Se refugiaban instintivamente en las esquinas para tener las espaldas cubiertas: la agresión podía venir desde cualquier dirección. Miraban a su alrededor con ojos espantados, como animales cogidos en una trampa, y eso era en lo que se habían convertido.

A muchos italianos les resultó vital la ayuda de los compañeros franceses y españoles, cuyas lenguas eran menos «extrañas» al alemán. En Auschwitz no había españoles mientras los franceses (más exactamente: los deportados de Francia o de Bélgica) eran muchos, en 1944 tal vez el diez por ciento del total. Había algunos alsacianos, o judíos alemanes o polacos que en el decenio precedente habían buscado en Francia un refugio que se había convertido en una trampa: todos ellos conocían bien o mal el alemán y el yiddish. Los demás, los franceses metropolitanos, proletarios, burgueses o intelectuales, habían sufrido hacía dos años una selección semejante a la nuestra: los que no entendían habían desaparecido de escena. Los restantes, casi todos «metecos» que en su momento habían sido acogidos en Francia poco calurosamente, habían tenido una triste revancha. Eran nuestros intérpretes naturales: nos traducían las órdenes y las advertencias fundamentales de la jornada: «levantarse», «reunión», «a formar para el pan», «¿quién tiene rotas las sandalias?», «de tres en tres», «de cinco en cinco», etcétera.

De todas maneras no era suficiente. Yo supliqué a uno de ellos, a un alsaciano, que me diese unas lecciones particulares y aceleradas, distribuidas en breves sesiones en voz baja entre el momento del toque de queda y aquel en que cedíamos al sueño; clases que tenía que pagar con pan, pues no había otra moneda. Aceptó y creo que nunca se ha empleado mejor un pedazo de pan. Me explicó lo que querían decir los rugidos de los *Kapos* y de las SS, los letreros insulsos o irónicos escritos en gótico en las vigas de los barracones, qué significaban los colores de los triángulos que llevábamos en el pecho sobre los números de matrícula. Con ello me di cuenta de que el alemán del Lager, descarnado, gritado con alaridos, sembrado de obscenidades e imprecaciones, sólo tenía una vaga semejanza con el lenguaje exacto y austero de mis libros de química, y con el alemán melodioso y refinado de la poesía de Heine que me recitaba Clara, una compañera mía de estudios.

No me daba cuenta, y sólo lo entendí más tarde, de que el alemán del Lager era una lengua aparte: para decirlo precisamente en alemán, era *orts-und zeitgebunden*, ligada a un lugar y a un tiempo. Era una variante, particularmente bárbara, de la que un filólogo judío alemán, Klemperer, había llamado *Lingua Tertii Imperii*, la lengua del Tercer Reich, proponiendo las siglas de LTI, en analogía irónica con las otras cien (NSDAP, SS, SA, SD, KZ, RKPA, WVHA, RSHA, BDM...) que tanto abundaban en la Alemania de entonces.

Sobre la LTI y su equivalente italiano se ha escrito ya mucho, también por parte de los lingüistas. Es obvia la observación de que donde se violenta al hombre se violenta también al lenguaje; y en Italia no nos hemos olvidado de las necias campañas fascistas contra los dialectos, contra los «barbarismos», contra los topónimos valdostanos, valsusinos, altotesinos, contra el «lei servil y extranjero». En Alemania la situación era distinta: hacía siglos que la lengua alemana había mostrado una aversión espontánea por las palabras de origen no germánico, por lo cual los sabios alemanes se habían esforzado en llamar a la bronquitis «inflamación-de-los-tubos-aéreos», al

duodeno «intestino-de-doce-dedos» y al ácido pirúvico «ácido-abrasa-uvas»; por eso, al nazismo, que quería purificar todo, le quedaba muy poco que purificar en relación con la lengua. La LTI difería del alemán de Goethe especialmente en algunos desplazamientos semánticos y en el abuso de algunos términos, por ejemplo, del adjetivo *völkisch* («nacional, popular») que se había hecho omnipresente y estaba cargado de altanería nacionalista, y *fanatisch*, cuya connotación negativa se había transformado en positiva. Pero en el archipiélago del Lager alemán se había delineado un lenguaje sectorial, una jerga, el *Lagerjargon*, dividido en las subjergas características de todo Lager, y estrechamente emparentado a las viejas jergas de los cuarteles prusianos y al reciente alemán de las SS. No es nada extraño que tal jerga resulte comparable a la de los campos de trabajo soviéticos, varios de cuyos términos cita Solzhenitsin: cada uno de ellos tiene su exacto equivalente en el *Lagerjargon*. La traducción al alemán del *Archipiélago Gulag* (Milán: Mondadori, 1975) no debe haber ofrecido muchas dificultades: y, en todo caso, no terminológicas.

A todos los Lager era común el término *Muselmann*, «musulmán», atribuido al prisionero irreversiblemente exhausto, extenuado, próximo a la muerte. Se han propuesto dos explicaciones, ambas poco convincentes: el fatalismo, y los vendajes de la cabeza que podían asemejarse a un turbante. Tiene su reflejo exacto, incluso con su cínica ironía, en el término ruso *dochodjaga*, literalmente «llegado a su fin», «concluido». En el Lager de Ravensbrück (el único exclusivamente femenino) el mismo concepto se expresaba, según me dice Lidia Röfki, mediante dos sustantivos gemelos *Schmutzstück* y *Schmuckstück*, respectivamente «inmundicia» y «joya», casi homófonos y uno parodia del otro. Las italianas que no entendían su significado terrorífico, unificaban los dos términos y pronunciaban «smistig». También *Prominent* es un término común a todas las subjergas. De los «prominentes», los prisioneros que habían hecho carrera, he hablado extensamente en *Si esto es un hombre*; como era un componente indispensable en la sociología de los campos, existía también en los soviéticos, donde (como he recordado en el tercer capítulo) se les llamaba *pridurki*.

En Auschwitz, «comer» se decía *fressen*, que en buen alemán se aplica sólo a los animales. Para decir «vete» se usaba la expresión *hau'ab*, imperativo del verbo *Abhauen* que, en sentido correcto, significa «cortar, truncar», pero que en la jerga del Lager equivalía a «irse al infierno, irse a hacer puñetas». Una vez usé de buena fe esta expresión (*Jetzt hauen wir ab*) poco después de terminada la guerra, para despedirme de unos educados funcionarios de la Bayer luego de una entrevista de negocios. Era como si les hubiese dicho «ahora nos largamos». Me miraron estupefactos: el término pertenecía a un registro lingüístico distinto del otro en el que habíamos estado desarrollando la conversación previa, y no es ciertamente de los que se enseñan en los cursos escolares de «lengua extranjera». Les expliqué que no había aprendido el alemán en la escuela sino en un Lager llamado Auschwitz; se produjo un momento de embarazo, pero como yo era el comprador siguieron tratándome con cortesía. Luego me he dado cuenta de que mi pronunciación también es vulgar pero deliberadamente no he querido refinarla, por lo mismo que no he querido borrarle el tatuaje del brazo izquierdo.

El *Lagerjargon*, como es lógico, estaba muy influido por las demás lenguas que se hablaban en el Lager y en sus alrededores: el polaco, el yiddish, el dialecto eslesiano, más tarde el húngaro. Del alboroto de fondo de mis primeros días de prisión emergieron súbitamente, con insistencia, cuatro o cinco expresiones que no eran alemanas: debían de querer decir, pensé, algún objeto o alguna acción fundamental, como trabajo, agua o pan. Se me habían grabado en la memoria, en el curioso modo mecánico a que me he referido antes. Sólo mucho después un amigo polaco me explicó, de mala gana, que todo lo que querían decir era «cólera», «sangre de perro», «trueno», «hijoputa» y «jodido», los tres primeros en función de interjección.

El yiddish era en realidad la segunda lengua del campo (sustituida más tarde por el húngaro). No sólo no la entendía sino que tenía únicamente vagas noticias de su existencia por ciertas citas o anécdotas oídas a mi padre que había trabajado en Hungría durante algunos años. Los judíos polacos, rusos o húngaros estaban asombrados de que los italianos no lo hablásemos: éramos judíos sospechosos de quienes no podían fiarse, además de ser, naturalmente, «badoghlio» para las SS y «mussolinis» para los franceses, los griegos y los prisioneros políticos. Aún prescindiendo del problema de la comunicación no era cómodo ser judío italiano. Como se sabe hoy, luego del

merecido éxito del libro de los hermanos Singer y de tantos otros, el yiddish es esencialmente un antiguo dialecto alemán, diferente del alemán moderno en el léxico y en la pronunciación. Me producía más angustia que el polaco, que no entendía, porque «habría debido entenderlo». Lo escuchaba con una atención tensa: muchas veces me resultaba difícil entender si una frase que me iba dirigida, o que pronunciaban a mi lado, era alemana o yiddish, o híbrida, y muchos judíos polacos de buena voluntad se esforzaban en germanizar su yiddish cuanto podían para que yo les entendiese.

Del yiddish que se respiraba en el ambiente he encontrado una muestra muy característica en *Si esto es un hombre*. En el capítulo «Kraus» se recoge un diálogo. Gounan, judío francés de origen polaco, se dirige al húngaro Kraus con la frase: *Langsam, du blöder Einer, langsam, verstanden?* que, traducida literalmente, quiere decir «Despacio, estúpido uno, despacio, ¿entendido?». Sonaba un poco extraña, pero me parecía que la había oído exactamente así (se trataba de recuerdos recientes, escritos en 1946) y la transcribí así mismo. El traductor alemán no se quedó convencido: debía haber oído y recordado mal. Luego de una larga discusión epistolar me propuso retocar la expresión, que no le parecía aceptable. En la traducción publicada luego se lee, efectivamente: *Langsam, du blöder Heini...* Heini es diminutivo de Heinrich, Enrique. Pero recientemente, en un estupendo libro sobre la historia y la estructura del yiddish (J. Geipel, *Mame Loshen*, Londres: Journeyman, 1982) me he encontrado con que es característica de esta lengua la forma *Khamoyer du eyner!*, «¡Animal, tú uno!». Mi memoria mecánica había funcionado con precisión.

De la comunicación fallida o difícil no sufríamos todos en la misma medida. La carencia de sufrimiento, la aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando. Había algunos, solitarios por naturaleza o acostumbrados al aislamiento en su vida «civil», que no daban señales de sufrimiento, pero la mayoría de los prisioneros que habían superado la fase crítica de la iniciación trataban de defenderse, cada cual a su modo: ya mendigando migajas de información, ya propalando sin discernimiento noticias triunfales o desastrosas, verdaderas o falsas o inventadas, ya aguzando ojos y oídos para captar e interpretar cualquier especie de signos ofrecidos por los hombres, la tierra o el cielo. A la escasa comunicación interna se sumaba la escasa comunicación con el mundo exterior. En algunos Lager el aislamiento era total; el mío, de Monowitz-Auschwitz, podía considerarse privilegiado en ese aspecto. Casi todas las semanas llegaban prisioneros «nuevos» de todos los países de la Europa ocupada, y traían noticias recientes, de las que frecuentemente habían sido testigos oculares; a pesar de las prohibiciones y del peligro de ser denunciados a la *Gestapo*, en el inmenso campo de nuestros trabajos forzados hablábamos con obreros polacos y alemanes, a veces hasta con prisioneros de guerra ingleses; encontrábamos periódicos viejos atrasados en los bidones de la basura y los leíamos ávidamente. Un compañero mío de trabajo muy emprendedor, alsaciano bilingüe, y periodista de profesión, se jactaba de haberse abonado al *Völkischer Beobachter*, el cotidiano más prestigioso de la Alemania de entonces: ¿había algo más fácil? Le había pedido a un obrero alemán de confianza que se abonase, y le había pagado el abono quitándose un diente de oro que tenía. Cada mañana, mientras esperábamos para que nos pasasen lista, nos reunía a su alrededor y nos hacía un fiel resumen de las noticias del día.

El 7 de junio de 1944 vimos pasar hacia el trabajo a los prisioneros ingleses, y se advertía en ellos algo diferente: marchaban bien formados, sacando el pecho, sonrientes, marciales, a un paso tan ágil que al centinela alemán que los escoltaba, que no era ya muy joven, le costaba trabajo mantenerse a su altura. Nos saludaron con la V de la victoria. Al día siguiente nos enteramos de que, por una radio clandestina que tenían, habían oído la noticia del desembarco en Normandía, y también para nosotros aquél fue un gran día: la libertad nos parecía al alcance de la mano. Pero en la mayor parte de los campos las cosas estaban mucho peor. Los nuevos que llegaban venían de otros Lager o de *ghettos* que, a su vez, estaban aislados del mundo, y, por consiguiente, sólo llevaban consigo las horribles noticias locales. No trabajaban, como nosotros, en contacto con trabajadores libres de diez o doce países distintos sino en granjas agrícolas, o en pequeñas oficinas, o en cuevas de piedra y arena, o incluso en auténticas minas; y en los Lager-minas las condiciones eran las mismas que

llevaban a la muerte a los esclavos de guerra de los romanos y a los indios sojuzgados por los españoles; eran mortíferas, hasta el punto de que no ha habido nadie que haya vuelto para contarlas. Las noticias «del mundo», como se decía, llegaban intermitentes y vagas. Se tenía la sensación clara de estar olvidados, como los condenados a quienes se dejaba morir en las *oubliettes* medievales.

A los judíos, enemigos por antonomasia, impuros, sembradores de impureza, destructores del mundo, se les vedaba la comunicación más preciosa: con sus países de origen y su familia: quien ha experimentado el exilio en cualquiera de sus múltiples formas sabe cuánto se sufre cuando se corta ese nervio. Nace de ello una mortal impresión de abandono y también un resentimiento injusto: ¿por qué no me escriben, por qué no me ayudan, ellos que están libres? Hemos tenido ocasión de aprender, entonces, que en el gran continente de la libertad, la de la comunicación es una provincia importante. Como sucede con la salud, sólo quien la pierde sabe cuánto vale. Pero no se sufre sólo a nivel individual: en los países y las épocas en que la comunicación está vedada, pronto todas las demás libertades languidecen: la discusión de ideas muere por inanición, la ignorancia de las opiniones ajenas causa estragos, triunfan las opiniones impuestas; un ejemplo de ello es la genética irracional predicada en la URSS por Lissenko que, en ausencia de opiniones diferentes (sus contradictores fueron exiliados en Siberia), comprometió las cosechas de veinte años. La intolerancia tiende a censurar, y la censura acrecienta la ignorancia de las razones ajenas y, por consiguiente, la propia intolerancia: es un círculo vicioso muy rígido y muy difícil de romper.

El momento de la semana en que nuestros compañeros «políticos» recibían el correo de sus casas era, para nosotros, el más desconsolador, cuando sentíamos todo el peso de ser diferentes, extraños, arrancados de nuestro país e incluso del género humano. En ese momento sentíamos que el tatuaje nos quemaba como una herida, y nos envolvía como una lluvia de fango la certeza de que ninguno de nosotros podría volver. Por lo demás, aunque nos hubiesen permitido escribir una carta ¿a quién se la hubiésemos dirigido? Las familias de los judíos de Europa estaban escondidas, dispersas o destruidas.

Yo tuve (lo he contado en *Lilít*, Turín: Einaudi, 1981) la rarísima fortuna de poder intercambiar algunas cartas con mi familia. Se lo debí a dos personas muy distintas entre sí: un albañil anciano, casi analfabeto, y una valerosa joven, Bianca Guidetti Serra, que hoy es una abogada conocida. Sé que eso ha sido uno de los factores que me han permitido sobrevivir; pero, como antes he dicho, cada uno de quienes hemos sobrevivido somos, en muchos sentidos, una excepción; cosa que nosotros mismos, para exorcizar el pasado, tendemos a olvidar.

V. La violencia inútil

El título de este capítulo puede parecer provocativo o incluso hiriente: ¿es que existe una violencia útil? Sí, existe. La muerte, aun la no provocada, aun la más clemente, es violencia, pero tristemente útil: un mundo de inmortales (los *struldbruggs* de Swift) sería inconcebible e invisible, sería más violento que el violento mundo actual. Y, en general, el asesinato tampoco es inútil: Raskolnikov, al matar a la vieja usurera tenía una finalidad, aunque fuera reprobable; igual que Princip en Sarajevo y los secuestradores de Aldo Moro en la vía Fano. Dejando a un lado los casos de locura, quien mata sabe por qué lo hace: por dinero, para eliminar a un enemigo real o imaginario, para vengar una ofensa. Las guerras son detestables, son una pésima manera de resolver las controversias entre naciones y entre facciones, pero no puede decirse que sean inútiles: están encaminadas a un fin, aunque éste sea inicuo y perverso. No son gratuitas, no se proponen infligir sufrimientos; causan sufrimientos, colectivos, desgarradores, injustos pero son un subproducto, uno más. Ahora bien, yo creo que los doce años hitlerianos han compartido su violencia con muchos otros espacio-tiempos de la historia, pero que se han caracterizado por una generalizada violencia inútil, que ha sido un fin en sí misma, que ha estado dirigida exclusivamente a causar dolor a veces con un propósito determinado pero siempre redundante, fuera de toda proporción respecto del propósito mismo.

Cuando se piensa, tras la experiencia posterior, en aquellos años que devastaron a Europa y a la misma Alemania, uno se siente indeciso entre dos opiniones: ¿hemos asistido al desarrollo racional de un asunto inhumano o a una manifestación, hasta ahora única en la historia y aún mal explicada, de locura colectiva?, ¿a una lógica dirigida al mal o a una ausencia de lógica? Como suele suceder con las cosas humanas, las dos *alternativas* coexistían. No hay duda de que el programa fundamental del nacionalsocialismo tenía su lógica: la expansión hacia Oriente (viejo sueño alemán), el aplastamiento del movimiento obrero, la hegemonía sobre la Europa continental, el aniquilamiento del bolcheviquismo y del judaísmo, que Hitler simplistamente identificaba, el reparto del poder mundial con Inglaterra y los Estados Unidos, la apoteosis de la raza germánica, con la eliminación «espartana» de los enfermos mentales y de las bocas inútiles. Todos estos elementos eran compatibles entre sí, y deducibles de unos pocos postulados que ya habían sido expuestos con innegable claridad en *Mein Kampf*. La arrogancia y el radicalismo, la *hybris* y el *Gründlichkeit*, lógica insolente, no locura.

Odiosos, pero no locos, eran también los medios previstos para cumplir sus fines: desencadenar agresiones militares o guerras despiadadas, alimentar quintacolumnas internas, transferir poblaciones enteras, subyugarlas, esterilizarlas o exterminarlas. Ni Nietzsche, ni Hitler, ni Rosenberg eran locos que se embriagasen a sí mismos o a sus secuaces con su predicación del mito del superhombre, a quien todo se le concede como reconocimiento de su dogmática y congénita superioridad. Pero debemos meditar acerca del hecho de que todos, maestro y discípulos, hayan ido apartándose de la realidad a medida que su moral se fue apartando de esa moral común a todos los tiempos y a todas las civilizaciones, que es parte de nuestra herencia humana, y a la cual es preciso reconocer.

La racionalidad termina, y los discípulos han superado ampliamente (¡y traicionado!) al maestro, precisamente con la práctica de la crueldad inútil. La palabra de Nietzsche me repugna profundamente; tengo dificultad en encontrar en ella una afirmación que no sea lo contrario de lo que me gusta pensar; me fastidia su tono de oráculo, pero me parece que no hay en él jamás el deseo del sufrimiento ajeno. Indiferencia sí, casi en cada página, pero no *Schadebfreude*, el goce en el mal del prójimo, y mucho menos el gusto por hacer sufrir deliberadamente. El dolor del vulgo, de los *Ungestalten*, de los deformes, de los no nacidos nobles, es un precio que hay que pagar para el advenimiento del reino de los elegidos, es un mal menor, pero siempre un mal, no deseable por sí mismo. Muy distintos eran el verbo y la praxis hitlerianas.

Muchas de las inútiles violencias nazis pertenecen ya a la historia: piénsese en las matanzas desproporcionadas de las Fosas Ardeatinas, de Oradur, Lidice, Boyes, Marzabotto y muchos otros lugares, donde los límites de la represalia, que ya es intrínsecamente inhumana, fueron superados con creces; pero hubo otras menores, singulares, que han quedado escritas con caracteres indelebles en la memoria de cada uno de nosotros, los ex deportados, como detalles del gran cuadro.

Casi siempre, al comienzo de la secuencia del recuerdo, aparece el tren que ha marcado la partida hacia lo desconocido: no sólo por razones cronológicas sino por la crueldad gratuita con que se utilizaban, para una finalidad que no era la suya, aquellos convoyes (en sí inocuos) y que normalmente eran vagones de mercancías.

No hay diario ni relato, entre los muchos que hemos hecho, en donde no aparezca el tren, el vagón sellado, transformado de vehículo comercial en prisión ambulante o incluso en instrumento de muerte. Siempre está cargado, pero parece que ha habido un cálculo poco preciso del número de personas que, en cada caso, estaban encerradas en él: entre 50 y 120, según la duración del viaje y el nivel jerárquico que el sistema nazi otorgaba al «material humano» transportado. Los convoyes que salían de Italia contenían «sólo» 50 ó 60 personas por vagón (judíos, políticos, partisanos, pobres gentes recogidas por las calles, militares capturados después del desastre del 8 de septiembre de 1943). Quizá tuviesen en cuenta las distancias, o tal vez la impresión que estos trenes militares podían causar en los eventuales testigos a lo largo de su recorrido. En el extremo opuesto estaban los transportes de la Europa oriental: los eslavos, especialmente si eran judíos, eran mercancía despreciable y por lo tanto carente de todo valor; iban a morir y no importaba si era durante el viaje o después. Los convoyes que transportaban a los judíos polacos desde los *ghettos* al Lager, o desde un Lager a otro, llevaban hasta 120 personas por vagón: el viaje era corto... Ahora bien, 50 personas en un vagón de mercancías están muy incómodas; pueden acostarse a la vez para descansar, pero pegadas unas a otras. Si son 100 o más, incluso un viaje de pocas horas resulta un infierno, hay que estar de pie, o en cuclillas, turnándose; y casi siempre entre los viajeros hay viejos, enfermos, niños, mujeres que amamantan, locos, o individuos que se vuelven locos durante el viaje, a consecuencia del viaje.

En la rutina de los transportes ferroviarios nazis se distinguen algunas variables y algunas constantes; no se ha podido saber si en su origen obedecían a un reglamento, o si los funcionarios que eran sus jefes tenían vía libre. Era una constante el hipócrita consejo (u orden) de que se llevase uno consigo todo cuanto pudiera: especialmente el oro, las joyas, los valores preciados, las pieles, en algunos casos (en ciertos transportes de judíos campesinos de Hungría y Checoslovaquia) hasta el ganado pequeño. «Son cosas que podrán seros útiles», decían a media voz y con aire cómplice los encargados de la escolta. Se trataba de un autosaqueo; era un artificio simple e ingenioso de transferir valores al Reich, sin publicidad ni complicaciones burocráticas, sin transportes especiales ni temores de robo *en route*: a la llegada todo era confiscado. Era una constante la desnudez absoluta de los vagones: las autoridades alemanas, para un viaje que podía durar dos semanas (el caso de los judíos deportados de Salónica) no proporcionaban literalmente nada: ni víveres, ni agua, ni esteras o paja para colocar sobre el suelo de madera, ni recipientes para las necesidades corporales, y ni siquiera se preocupaban de advertir a las autoridades locales o a los dirigentes (cuando existían) de los campos de concentración que proveyesen algunos de dichos elementos. Un aviso no les habría costado nada: pero precisamente esa negligencia sistemática se resolvía con una crueldad inútil, con una deliberada creación de dolor que era un fin en sí misma.

En ciertos casos, los prisioneros destinados a la deportación podían aprender algo de la experiencia: habían visto partir otros convoyes y habían aprendido, a costa de sus predecesores, que ellos mismos debían cubrir todas sus necesidades logísticas, como mejor pudieran y de modo que fuese compatible con las limitaciones establecidas por los alemanes. Es típico el caso de los trenes que salían del campo de concentración de Westerbork, en Holanda; era un campo enorme, con decenas de millares de prisioneros judíos, y Berlín reclamaba al jefe local que cada semana saliese un tren con unos mil deportados; en total, salieron de Westerbork 93 trenes, directos a Auschwitz, a Sobibór, y a otros campos pequeños. Los sobrevivientes fueron unos 500 y ninguno había viajado

en los primeros convoyes, cuyos ocupantes habían partido a ciegas, en la creencia infundada de que a las necesidades más elementales de un viaje de cuatro días se abastecía automáticamente; por eso no se sabe cuántos murieron durante el trayecto, ni cómo se desarrollaron aquellos terribles viajes, porque nadie ha vuelto para contarlos. Al cabo de algunas semanas, un ayudante de la enfermería de Westerbork, observador perspicaz, se dio cuenta de que los vagones mercancías de los convoyes eran siempre los mismos: hacían un trayecto pendular entre el Lager de partida y el de destino. Y así fue cómo algunos de los que fueron deportados después pudieron mandar mensajes escondidos en los vagones que volvían vacíos, y desde entonces se pudo preparar al menos una provisión de víveres y de agua, y un cubo para los excrementos.

El convoy en que yo fui deportado, en febrero de 1944, era el primero que salía del campo de Fóssoli (había otros que habían salido ya de Roma y de Milán, pero no lo sabíamos). Las SS, que antes le habían arrebatado la dirección del campo a la Seguridad Pública italiana, no nos dieron indicaciones precisas para el viaje; sólo nos hicieron saber que iba a ser largo y difundieron el consejo interesado e irónico que antes he mencionado («Llevaos oro y joyas, y sobre todo ropa de lana y de piel, porque vais a trabajar en un país frío»). El jefe del campo, también él deportado, tuvo el buen sentido de preparar una cantidad razonable de comida, pero no de agua: el agua es gratis, ¿no?, y los alemanes no regalan nada, pero son buenos organizadores... Ni siquiera pensó en proveer a cada vagón de algún recipiente que sirviese de letrina, y este olvido fue gravísimo: provocó un sufrimiento mucho peor que la sed y el frío. En mi vagón había varios ancianos, hombres y mujeres: entre ellos, estaban todos los huéspedes de la casa de descanso israelita de Venecia. Para todos, pero para éstos especialmente, evacuar en público era angustioso o imposible; un trauma para el que nuestra civilización no nos prepara, una herida profunda en la dignidad humana, un atentado obscuro y lleno de malos presagios, pero también la señal de una perversidad deliberada y gratuita. Paradójicamente, para nuestra fortuna (aunque dudo al escribir tal palabra en este contexto), en nuestro vagón iban también dos jóvenes madres con sus hijos de pocos meses y una de ellas se había llevado un orinal: sólo uno, que tenía que servir para unas cincuenta personas. Después de dos días de viaje encontramos unos clavos metidos en una de las paredes de madera, trasladamos dos a una esquina y con una cuerda y una manta improvisamos un retrete, al menos simbólico: todavía no somos animales, no lo seremos mientras tratemos de resistir.

Lo que pudo pasar en los demás vagones, carentes de este mínimo arreglo, es difícil de imaginar. El convoy se detuvo dos o tres veces en pleno campo, se abrieron las puertas de los vagones y a los prisioneros se les permitió bajar: pero no alejarse de las vías ni hacerse a un lado. También abrieron las puertas otra vez durante una parada en una estación austríaca de paso. Las SS de la escolta no ocultaban su diversión al ver a los hombres y a las mujeres ponerse en cuclillas en donde podían, en los andenes, en mitad de las vías; y los viajeros alemanes expresaban abiertamente su disgusto: gente como ésta merece el destino que tiene, basta ver cómo se comportan. No son *Menschen*, seres humanos, sino animales, cerdos; está claro como la luz del sol.

Era, efectivamente, un prólogo. En la vida que se iba a desarrollar a continuación, en el ritmo cotidiano del Lager, la ofensa al pudor representaba, por lo menos al principio, una parte importante del conjunto de los sufrimientos. No era fácil ni era indoloro habituarse a la enorme letrina colectiva, a los horarios escasos y obligatorios, a la presencia, delante de uno, del aspirante a la sucesión: de pie, impaciente, a veces suplicante, otras prepotente, insistiendo cada diez segundos: *Hast du gemacht?* («¿Todavía no has terminado?»). Pero pocas semanas más tarde la incomodidad se había atenuado hasta desaparecer; se arraigaba (¡aunque no para todos!) la costumbre, lo cual es una manera caritativa de decir que la transformación de los seres humanos en animales iba por buen camino.

No creo que esta transformación hubiese sido planificada nunca ni formulada claramente en ningún nivel de la jerarquía fascista, en ningún documento, en ninguna «reunión de trabajo». Era la consecuencia lógica del sistema: un régimen inhumano difunde y extiende su inhumanidad en todas direcciones, y especialmente hacia abajo; a menos que haya resistencias o temperamentos excepcionales, corrompe tanto a las víctimas como a sus victimarios. La crueldad innecesaria del pudor violado condicionaba la existencia de todos los Lager. Las mujeres de Birkenau cuentan que,

una vez conquistada una escudilla (una gruesa escudilla de porcelana esmaltada) tenía que servirles para tres usos diferentes: para conseguir el potaje cotidiano, para evacuar en ella de noche (cuando estaba prohibida la entrada en la letrina) y para lavarse cuando había agua en los lavabos.

El régimen alimenticio de todos los campos comprendía un litro de potaje diario; en nuestro Lager, por privilegio del establecimiento químico para el que trabajábamos, eran dos litros. El agua que teníamos que eliminar era, por consiguiente, mucha, y ello nos obligaba a pedir permiso con frecuencia para ir a la letrina, o a arreglarnos como pudiésemos por las esquinas del tajo. Había prisioneros que no podían contenerse: ya por debilidad de la vejiga o ya por accesos de pánico, por nervios, se veían obligados a orinar con urgencia y muchas veces se empapaban, por lo cual eran castigados y humillados. Un italiano de mi edad, que dormía en una litera del tercer piso de la columna de camas, tuvo un accidente de noche y empapó a los inquilinos del piso inferior, y éstos denunciaron inmediatamente el hecho al jefe del barracón.

Semejante al apremio de los excrementos era el apremio de la desnudez. Al Lager se entraba desnudo; incluso más que desnudo, privado no sólo de los vestidos y de los zapatos (que eran confiscados) sino también del cabello y de todo vello. Lo mismo se hace, o se hacía, al entrar en un cuartel, es cierto, pero aquí el afeitado era total y semanal, y la desnudez pública y colectiva era una cosa repetida, característica y llena de significado. Era también una violencia con algunos visos de necesidad (está claro que hay que desnudarse para ducharse o para las revisiones médicas) pero ofensiva por su repetición inútil. La jornada del Lager era una constelación de innumerables expoliaciones vejatorias: para el control de los piojos, para el registro de los vestidos, para el reconocimiento de la sarna, para la higiene matutina; y además para las selecciones periódicas, en las cuales una «comisión» decidía quién era todavía apto para el trabajo o quién estaba ya destinado a ser eliminado. Pues bien, un hombre desnudo y descalzo se siente con los nervios y los tendones cortados: es una persona inerte. Las ropas, aun aquellas inmundas que nos repartían, hasta los zapatones de suela de madera, son una defensa débil pero indispensable. Quien no la tiene se deja de percibir a sí mismo como un ser humano y se siente como una lombriz: desnudo, pesado, innoble, inclinado hacia el suelo. Sabe que podrá ser aplastado en cualquier momento.

La misma sensación debilitante de impotencia y de despojamiento era provocada, en los primeros días de prisión, por la falta de cuchara: se trata de un detalle que puede parecer secundario a quien esté acostumbrado desde la infancia a la abundancia de cacharros de que se dispone hasta en la cocina más pobre, pero no era secundario. Sin cuchara, el potaje diario no podía tomarse más que a lametazos, como hacen los perros; sólo después de muchos días de aprendizaje (¡y en esto sí que era importante poder entender y hacerse entender!) llegaba a saberse que en el campo existían las cucharas pero que había que comprarlas en el mercado negro, pagándolas con potaje o con pan: una cuchara costaba normalmente media ración de pan o un litro de potaje, pero a los inexpertos recién llegados se les pedía siempre mucho más. Y, sin embargo, en la liberación del campo de Auschwitz encontramos, en los almacenes, millares de cucharas nuevas, de plástico transparente, además de decenas de millares de cucharas de aluminio, de acero y hasta de plata que provenían del equipaje de los deportados que llegaban. No era, por consiguiente, cuestión de ahorro sino deliberada intención de humillar. Me viene a la memoria el episodio narrado en Jueces 7-5, en el cual Gedeón elige a los mejores de sus guerreros observando el modo en que se conducen al beber agua del río: descarta a todos aquellos que lamen el agua «como los perros» o que se arrodillan, y acepta sólo a quienes beben de pie, llevándose el agua con las manos a la boca.

Dudaría en calificar de completamente inútiles otras vejaciones o violencias que han sido repetidamente descritas, todas concordemente, por quienes han relatado sus recuerdos de los Lager. Es sabido que una o dos veces al día se procedía a pasar lista. No se trataba de pasar lista nombre por nombre, lo que habría sido imposible de hacer con millares o decenas de millares de prisioneros, y sobre todo porque éstos no eran nunca designados por su nombre sino sólo por el número de matrícula, de cinco o seis cifras. Se trataba de un *Zählappell*, una lista/recuento complicada y laboriosa porque debía tener en cuenta a los prisioneros transferidos a otros campos o a la enfermería el día anterior y a quienes habían muerto durante la noche, y porque el total debía cuadrar exactamente con los datos del día precedente y con la cuenta por grupos de cinco que se

hacía durante el desfile de las escuadras que se dirigían al trabajo. Eugen Kogon cuenta que en Buchenwald tenían que comparecer a la lista vespertina aun los moribundos y los muertos, echados sobre la tierra o de pie, tenían que ser dispuestos en filas de cinco en cinco para facilitar la cuenta.

Ese acto de pasar lista se desarrollaba (naturalmente, al aire libre) con cualquier tiempo y duraba por lo menos una hora, pero podían ser dos o tres si la cuenta no salía; y hasta veinticuatro horas o más si había sospecha de evasión. Cuando llovía o nevaba, y el frío era intenso, se convertía en una tortura peor que la del mismo trabajo, a cuyo cansancio se sumaba por las noches; era interpretada como una ceremonia vacía y ritual, pero probablemente no lo era. No era inútil, como, por otra parte, y en esta clave de interpretación, no eran inútiles ni el hambre ni el trabajo extenuante, ni siquiera (y pido perdón por el cinismo: estoy intentando razonar según una lógica que no es mía) la muerte por gas de los adultos y los niños. Todos estos sufrimientos eran la consecuencia de una tesis, la del presunto derecho del pueblo superior a reducir a la servidumbre o a eliminar al pueblo inferior. Eso era aquella lista, que en nuestros sueños de «después» se convirtió en el símbolo del Lager, resumiendo en sí el cansancio, el frío, el hambre y la frustración. El sufrimiento que provocaba (cada día de invierno causaba algún colapso o alguna muerte) estaba dentro del sistema, dentro de la tradición del *Drill*, de la feroz costumbre militar, herencia prusiana que Buchner ha eternizado en el *Woyzek*.

Por otra parte, me parece evidente que en muchos de sus aspectos más penosos y absurdos el mundo concentracionario no era sino una versión, una adaptación de la praxis militar alemana. El ejército de los prisioneros del Lager tenía que ser una copia sin gloria del ejército propiamente dicho o, mejor dicho, una caricatura suya. Un ejército tiene un uniforme: limpio, adornado y cubierto de insignias el del soldado; sucio, mudo y gris el del *Häftling* pero los dos tienen que tener cinco botones porque, si no, se los castiga. Un ejército desfila a paso militar, en orden cerrado, al son de una banda: por ello, también en el Lager tiene que haber una banda, y el desfile tiene que ser un desfile que siga las reglas del arte, con el giro a la izquierda ante la tribuna de las autoridades, al son de la música. Este ceremonial es tan necesario, tan evidente, que llega a prevalecer sobre la legislación antijudía del Tercer Reich. Con sofisticación paranoica, ésta prohibía a las orquestas y a los músicos judíos que tocasen partituras de autores arios para que éstos no fuesen contaminados. Pero en los Lager de los judíos no había músicos arios, ni tampoco hay muchas marchas militares que hayan sido escritas por compositores judíos; por lo cual, derogando las leyes de la pureza, Auschwitz era el único lugar alemán donde los músicos judíos podían, incluso debían, tocar música aria: la necesidad está por encima de la ley.

Herencia del cuartel era también el rito de «hacer la cama». Se entiende que este último término era ampliamente eufemístico; donde había columnas de camas, las literas estaban constituidas por un fino colchón relleno de virutas de madera, dos mantas y una almohada de crin, y allí dormían dos personas. Las camas tenían que hacerse inmediatamente después de la diana, al mismo tiempo en todo el barracón; era preciso, pues, que los ocupantes de los pisos bajos se las arreglasen para estirar las mantas y mullir el colchón entre los pies de los ocupantes de los pisos altos, en difícil equilibrio sobre los travesaños de madera, y todos al mismo tiempo; todas las camas tenían que estar hechas en un minuto o dos porque inmediatamente después empezaba la distribución del pan. Eran momentos de frenesí: la atmósfera se llenaba de fino polvo y se volvía opaca, había tensión nerviosa e improperios lanzados en todas las lenguas, porque el «hacer la cama» (*Bettenbauen*: era un término técnico) era una operación sagrada, que debía seguir férreas leyes. El colchón, hediendo de moho y cubierto de manchas sospechosas, tenía que ser sacudido: para ello había dos aberturas en el forro, por los que había que meter las manos. Una de las dos mantas tenía que ser rebatida sobre el colchón, y la otra extendida sobre la almohada de manera que se hiciese una escalerita bien definida, de aristas claras. Al terminar la operación, el conjunto debía parecer un paralelepípedo rectangular de superficies completamente lisas, a las que se superponía el paralelepípedo más pequeño de la almohada.

Para las SS del campo, y por consiguiente para todos los jefes de barracón, el *Bettenbauen* revestía una importancia primordial e indiscutible: tal vez fuese el símbolo del orden y de la disciplina. Quien hacía mal la cama, o se olvidaba de hacerla, era castigado pública y ferozmente;

además, en cada barracón había una pareja de funcionarios, los *Bettnachzieher* (los «ajustadores de camas»: término que no creo que exista en el alemán normal y que con toda seguridad Goethe no habría entendido), cuya tarea era inspeccionar todas y cada una de las camas y ocuparse de su alineación transversal. Para tal fin estaban provistos de una cuerda tan larga como el barracón: la extendían por encima de las camas hechas y rectificaban al centímetro las posibles desviaciones. Más que agobiante, ese orden de maníacos resultaba absurdo y grotesco; en realidad, el colchón que había sido alisado con tanto cuidado no tenía ninguna consistencia y, por la noche, bajo el peso de los cuerpos, se hundía inmediatamente hasta las tablillas que lo soportaban. Se dormía encima de las maderas.

Dentro de fronteras mucho más amplias, se tiene la impresión de que en toda la Alemania hitleriana el código y las costumbres del cuartel debían sustituir a los tradicionales y «burgueses»: la estúpida violencia del *Drill* había empezado a invadir, desde finales de 1934, el terreno de la educación y se volvía contra el mismo pueblo alemán. Por los periódicos de la época, que habían conservado cierta libertad de expresión y de crítica, tenemos noticia de marchas extenuantes impuestas a muchachos y muchachas adolescentes dentro del marco de ejercicios preliminares: hasta 50 kilómetros diarios, con mochila al hombro y sin piedad para quienes se retrasaban. Los padres y los médicos que se atrevían a protestar eran amenazados con sanciones políticas.

Otra historia es la del tatuaje, invento autóctono de Auschwitz. A partir de comienzos de 1942, en Auschwitz y los Lager que dependían de él (en 1944 eran alrededor de cuarenta) el número de matrícula de los prisioneros no sólo se cosía en las ropas sino que se tatuaba en el antebrazo izquierdo. De esa norma sólo se exceptuaba a los prisioneros alemanes no judíos. La operación era llevada a cabo con metódica rapidez por «escribanos» especializados en la matriculación de los recién llegados, provenientes bien de la libertad, bien de otros campos o de los *ghettos*. De acuerdo con el típico talento alemán para las clasificaciones, pronto se convirtió en un verdadero y auténtico código: los hombres debían ser tatuados en la parte externa del brazo y las mujeres en la interna; el número de los gitanos debía ir precedido de una Z; el de los judíos, a partir de mayo de 1944 (es decir, desde la llegada en masa de los judíos húngaros) tenía que ir precedido de una A, que poco después fue sustituida por una B. Hasta septiembre no hubo niños en Auschwitz: se los asfixiaba con gas a su llegada. Después de esa fecha empezaron a llegar familias enteras de polacos, arrestados por casualidad durante la insurrección de Varsovia: y éstos fueron tatuados todos, incluidos los recién nacidos.

La operación era poco dolorosa y no duraba más de un minuto, pero era traumática. Su significado simbólico estaba claro para todos: es un signo indeleble, no saldréis nunca de aquí. Es la marca que se imprime a los esclavos y a las bestias destinadas al matadero, y es en lo que os habéis convertido. Ya no tenéis nombre: éste es vuestro nombre. La violencia del tatuaje era gratuita, era un fin en sí misma, era un mero ultraje. ¿No eran suficientes los tres números de tela cosidos a los pantalones, a la chaqueta y al abrigo de invierno? No, no eran suficientes: se necesitaba uno más, un mensaje no verbal para que el inocente sintiese escrita su condena sobre la carne. Era también una vuelta a la barbarie mucho más perturbadora para los judíos ortodoxos; precisamente hecha para distinguir a los judíos de los «bárbaros», el tatuaje está prohibido por la ley mosaica (Levítico, 19-28).

Cuarenta años después, mi tatuaje forma parte de mi cuerpo. No me vanaglorio de él ni me avergüenzo, no lo exhibo ni lo escondo. Lo enseño de mala gana a quien me pide verlo por pura curiosidad; lo hago enseguida y con ira a quien se declara incrédulo. Muchas veces los jóvenes me preguntan por qué no me lo borro, y es una cosa que me crispa: ¿por qué iba a borrarélo? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio.

Hay que violentarse (¿útilmente?) para inducirse a hablar del destino de los más débiles. Busco, una vez más, una lógica que no es la mía. Para un nazi ortodoxo debía ser claro, evidente, obvio, que todos los judíos debían morir: era un dogma, un postulado. También los niños, por supuesto, y especialmente las mujeres embarazadas, para que no naciesen futuros enemigos. Pero ¿por qué, en

sus furiosas razias por todas las ciudades y pueblos de su imperio sin fin, violar las puertas de los moribundos? ¿Por qué afanarse por arrastrarlos en sus trenes, por llevarlos a morir lejos, después de un viaje insensato, a Polonia, en el umbral de las cámaras de gas? En mi convoy había dos moribundas de más de noventa años que habían sido arrancadas de la enfermería de Fóssoli: una murió durante el viaje, cuidada en vano por sus hijas. ¿No hubiera sido más sencillo, más «económico», dejarlas morir, o incluso matarlas en sus lechos, en lugar de introducir su agonía en la agonía colectiva del tren? Todo induce a pensar que, bajo el Tercer Reich, la mejor elección, la elección impuesta desde arriba, era la que llevaba consigo la mayor aflicción, la máxima carga de sufrimiento físico y moral. El «enemigo» no sólo debía morir sino morir en el tormento.

Sobre el trabajo en los Lager se ha escrito mucho: yo mismo lo he descrito en su momento. El trabajo no retribuido, es decir, esclavizador, era una de las tres finalidades del sistema concentracionario; las otras dos eran la eliminación de los adversarios políticos y el exterminio de las llamadas razas inferiores. Hagamos una aclaración: el régimen concentracionario soviético difería del nazi esencialmente por la ausencia del tercer término y por la preponderancia del primero.

En los primeros Lager, casi contemporáneos a la conquista del poder por Hitler, el trabajo era puramente persecutorio, prácticamente inútil a efectos productivos: mandar gente desnutrida a palear estiércol o a romper piedras sólo tenía una finalidad terrorista. Por lo demás, según la retórica nazi y fascista, heredera en esto de la retórica burguesa, «el trabajo ennoblece», y por consiguiente los innobles adversarios del régimen no son dignos de trabajar en el sentido usual del término. Su trabajo debe ser doloroso: no debe dejar sitio a la profesionalidad, debe ser el de las bestias de carga, tirar, empujar, llevar pesos, doblar el espinazo sobre la tierra. También violencia inútil: útil sólo para romper la resistencia actual y castigar la pasada. Las mujeres de Ravensbrück hablan de jornadas interminables transcurridas durante la época de cuarentena (es decir, antes de su integración en las escuadras de trabajo de las fábricas) paleando la arena de las dunas; en corro, bajo el sol de julio, cada deportada tenía que desplazar la arena de su montón al de la vecina de su derecha, en una rueda sin objetivo y sin fin, ya que la arena volvía al lugar de donde había venido.

Pero no parece que este tormento del cuerpo y del espíritu, mítico y dantesco, hubiera sido elegido para impedir la formación de núcleos de autodefensa y de resistencia activa: las SS de los Lager eran más bien animales obtusos que demonios sutiles. Habían sido educados en la violencia: la violencia corría también por sus venas, era normal, obvia.

Se desbordaba de sus rostros, de sus gestos, de su lenguaje. Humillar, hacer sufrir al «enemigo» era su oficio de cada día; no pensaban en ello, no tenían segundos fines: el fin era aquel. No quiero decir que estuviesen hechos de una sustancia humana perversa, distinta de la nuestra (sádicos y psicópatas los había también, pero eran pocos), sencillamente habían estado sometidos durante algunos años a una escuela donde la moral corriente había sido subvertida. En un régimen totalitario la educación, la propaganda y la información no encuentran obstáculos: gozan de un poder ilimitado del que quien ha nacido y vivido en un régimen pluralista difícilmente puede hacerse una idea.

A diferencia del cansancio puramente persecutorio como el que acabo de describir, el trabajo podía, por el contrario, convertirse a veces en una defensa. Era así para quienes, pocos, en el Lager, conseguían insertarse en su propio oficio: sastres, zapateros, carpinteros, herreros, albañiles. Estos, al encontrar su actividad habitual recuperaban, en cierta medida, su dignidad humana. Pero también era una defensa para muchos otros, como ejercicio mental, como evasión del pensamiento de la muerte, como manera de vivir una jornada; por lo demás, es un hecho conocido que las preocupaciones cotidianas, aunque sean penosas o fastidiosas, ayudan a apartar la mente de amenazas mayores pero más lejanas.

En algunos de mis compañeros (y a veces en mí mismo) he advertido muchas veces un fenómeno curioso: la ambición del «trabajo bien hecho» está tan enraizada en uno que empuja a hacer bien hasta los trabajos «enemigos», nocivos para uno y para los suyos, hasta el punto de que hay que hacer un esfuerzo consciente para hacerlos «mal». El sabotaje del trabajo nazi, además de ser peligroso, suponía también la superación de atávicas resistencias internas. El albañil de Fóssano

que me salvó la vida, y que he descrito en *Si esto es un hombre* y en *Lilít*, detestaba a Alemania, a los alemanes, su comida, su lenguaje, su guerra. Pero cuando le pusieron a levantar muros de protección contras las bombas los hacía derechos, sólidos, con ladrillos bien ensamblados y con todo el hormigón que se necesitaba; no por acatar órdenes sino por dignidad profesional. En *Un día en la vida de Iván Denisovich*, Solzhenitsin describe una situación casi idéntica: Iván, el protagonista, condenado sin culpa a diez años de trabajos forzados, experimenta complacencia al levantar un muro según las reglas del arte y constatar luego que le ha quedado bien recto. Iván «...estaba hecho precisamente de aquella manera idiota, ni los ocho años pasados en el campo de prisión habían servido para hacerle perder aquella costumbre: apreciaba todas las cosas y todos los trabajos y no podía permitir que se echasen a perder inútilmente». Quien haya visto la célebre película *El puente sobre el río Kwai* recordará el absurdo celo con que el oficial inglés prisionero de los japoneses se esfuerza en construirles un osado puente de madera, y se escandaliza cuando se da cuenta de que los zapadores ingleses lo han minado. Como se ve, el amor por el trabajo bien hecho es una virtud equívoca. Animó a Miguel Ángel hasta su último momento, pero también hizo que Stangl, el diligentísimo carnicero de Treblinka, replicase con enojo a una entrevistadora: «Todo lo que hacía por mi propia voluntad tenía que hacerlo lo mejor posible. Soy así». De la misma virtud se enorgullecía Rudolf Miss, el comandante de Auschwitz, cuando contaba el trabajo creativo que lo llevó a inventar las cámaras de gas.

Querría, para terminar, señalar, como ejemplo extremo de una violencia a la vez estúpida y simbólica, el uso impío que se hizo (no esporádica sino metódicamente) del cuerpo humano como de un objeto, como de un objeto sin dueño, del cual podía disponerse de manera arbitraria. Sobre los experimentos médicos llevados a cabo en Dachau, en Auschwitz, en Ravensbrück y en otras partes, se ha escrito mucho y algunos de sus responsables, no todos médicos aunque experimentaban como tales, han sido castigados (con la excepción de Josef Mengele, el mayor y el peor de todos). La gama de los experimentos iba desde el estudio de nuevos medicamentos en prisioneros indefensos hasta torturas insensatas y científicamente inútiles, como las que se llevaron a cabo en Dachau, por orden de Himmler y por cuenta de la Luftwaffe. Aquí, los individuos elegidos, a veces previamente sobrealimentados para que recuperaran la normalidad fisiológica, eran sometidos a largas inmersiones en agua helada, o introducidos en cámaras de descompresión en las cuales se simulaba la rarificación del aire a 20.000 metros (que los aviones de la época estaban muy lejos de alcanzar) para establecer a qué altura la sangre humana empieza a hervir, dato que puede obtenerse en cualquier laboratorio, con gastos mínimos y sin víctimas o, incluso, deducir de las tablas de cálculo más elementales. Me parece importante recordar tales abominaciones en una época en la que, con toda razón, se está discutiendo los límites dentro de los cuales pueden llevarse a cabo experimentos científicos dolorosos en animales de laboratorio. Esta crueldad típica y sin fin aparente, pero altamente simbólica, se extendía, precisamente en cuanto simbólica, a los despojos humanos después de la muerte, a esos despojos que todas las civilizaciones, desde la más lejana prehistoria, han respetado, honrado y a veces temido. El trato que se les daba en los Lager dejaba claro que no se trataba de restos humanos, sino de materia bruta, indiferente, en el mejor de los casos, buena para algún uso industrial. Causa horror y espanto, después de decenios, la vitrina del museo de Auschwitz donde están expuestos a granel, a toneladas, los cabellos cortados a las mujeres destinadas al gas o al Lager: el tiempo los ha descolorido y macerado, pero siguen susurrando al visitante su muda acusación. Los alemanes no tuvieron tiempo de mandarlos a su destino: esta mercancía insólita era comprada por algunas fábricas textiles alemanas que la usaban para la confección de cutí y otros tejidos industriales. Es poco probable que quienes los utilizaban no supieran de qué material se trataba. Y también es poco probable que los vendedores, y por consiguiente las autoridades del Lager, sacasen de ellos una utilidad real: sobre el provecho prevalecía el ultraje.

Las cenizas humanas provenientes de los crematorios, toneladas diarias, eran fácilmente reconocibles como tales pues con gran frecuencia contenían dientes o vértebras. A pesar de eso, se usaron con distintas finalidades: para rellenar terrenos palúdicos, como aislante térmico en los intersticios de las construcciones de madera, como fertilizante fosfórico; especialmente se

emplearon como arena para cubrir los caminos de la aldea de las SS, situada junto al campo. No sé si por su dureza, o por su origen, aquel era un material para ser pisado.

No me hago ilusiones de haber llegado al fondo en esta cuestión, ni de haber demostrado que la crueldad inútil haya sido patrimonio exclusivo del Tercer Reich y consecuencia necesaria de sus premisas ideológicas. Todo lo que sabemos, por ejemplo, de la Camboya de Pol Pot sugiere otras explicaciones, pero Camboya está lejos de Europa y sabemos poco de ella: ¿cómo podríamos hablar de eso? Lo que sabemos seguro es que ha sido uno de los rasgos fundamentales del hitlerismo, no sólo en el interior de los Lager. Y me parece que su mejor interpretación está resumida en esta respuesta que obtuvo Gitta Sereny durante su larga entrevista al ya citado Franz Stangl, ex comandante de Treblinka (*In quelle tenebre*, Milán: Adelphi, 1975, p. 135):

«Puesto que ibais a matarlos a todos... ¿qué significado tenían las humillaciones, la crueldad?», preguntaba la escritora a Stangl, prisionero perpetuo en las cárceles de Düsseldorf, y él respondió: «Para preparar a los que tenían que ejecutar materialmente las operaciones. Para que pudiesen hacer lo que tenían que hacer». Es decir: antes de morir, la víctima debe ser degradada, para que el matador sienta menos el peso de la culpa. Es una explicación que no está desprovista de lógica, pero que clama al cielo: es la única utilidad de la violencia inútil.

VI. El intelectual en Auschwitz

Polemizar con un desaparecido es embarazoso y poco honesto, tanto más cuando el ausente es un amigo potencial y un interlocutor privilegiado, pero puede ser un trámite obligado. Estoy hablando de Hans Mayer, alias Jean Améry, el filósofo suicida, y teórico del suicidio, al que ya he citado en la página catorce; entre estos dos nombres se desarrolla su vida sin paz y sin búsqueda de paz. Había nacido en Viena en 1912, en una familia principalmente judía pero asimilada e integrada en el Imperio Austro-húngaro. Aunque ninguno se hubiese convertido al cristianismo formalmente, en su casa se celebraba la Navidad alrededor del árbol adornado con lentejuelas; en los pequeños incidentes domésticos, su madre invocaba a Jesús, José y María, y la fotografía de su padre, muerto en el frente durante la Primera guerra mundial, no mostraba a un barbudo sabio judío, sino a un oficial con el uniforme de los *Kaiserjäger* Tiroleses. Hasta los diecinueve años, Juan no había oído decir nunca que hubiese una lengua llamada yiddish.

Se graduó en Viena en Filosofía y Letras, no sin algún choque con el naciente partido nacionalsocialista; él no tenía interés en ser judío pero sus tendencias y opiniones no tuvieron ningún valor para los nazis; lo único que contaba era la sangre, y la suya era lo suficientemente impura como para hacer de él un enemigo del germanismo. Un puñetazo nazi le rompió un diente, y el joven intelectual estaba tan orgulloso del hueco de su dentadura como si se tratara de una cicatriz causada en un duelo estudiantil. Con las leyes de Nuremberg de 1935, y más tarde con la anexión de Austria a Alemania en 1938, su destino sufrió un viraje, y el joven Hans, escéptico y pesimista por naturaleza, no se hizo ilusiones. Era lo suficientemente lúcido (*Luzidität* sería siempre uno de sus vocablos preferidos) como para comprender precozmente que un judío en manos alemanas era «un muerto en vacaciones, uno al que hay que asesinar».

Él no se consideraba judío: no conocía el hebreo ni la cultura judía, no prestaba atención a la palabra sionista, religiosamente era un agnóstico. Tampoco se sentía en condiciones de fabricarse una identidad que no tenía: sería una falsificación, un disfraz. Quien no ha nacido en la tradición judía no es un judío, y difícilmente puede llegar a serlo. Por definición, una tradición se hereda; es un producto de siglos, no se fabrica a posteriori. Sin embargo, para vivir es necesaria una identidad, es decir, una dignidad. Para él, los dos conceptos coinciden, quien pierde la una pierde también la otra, muere espiritualmente: privado de defensas, está expuesto también a la muerte física. Pero a él, y a muchos judíos alemanes que, como él, habían creído en la cultura alemana, la identidad alemana les fue denegada: por la propaganda nazi, en las inmundas páginas del *Stürmer* de Streicher, el judío es descrito como un parásito peludo, grasiento, de piernas torcidas, de nariz aguilena, de orejas como pantallas, que sólo sabe perjudicar a los demás. No es alemán, por axioma; por el contrario, basta su presencia para contaminar los baños públicos y hasta los bancos de los parques.

De esta degradación, *Entwürdigung*, es imposible defenderse. El mundo entero la contempla impasible; los mismos judíos alemanes, casi todos, sucumben a la prepotencia del Estado y se sienten objetivamente degradados. La única manera de librarse es paradójica y contradictoria: aceptar el propio destino, en este caso el judaísmo, y al mismo tiempo rebelarse contra la elección impuesta. Para el joven Hans, judío por conversión, ser judío es simultáneamente imposible y obligatorio; su escisión, que le acompañará hasta la muerte y la provocará, empieza a partir de aquí. Niega que tenga valor físico, pero no le falta el valor moral: en 1938 deja su patria «aneja» y emigra a Bélgica. De ahí en adelante será Jean Améry, un casi anagrama de su nombre original. Por dignidad, y no por otra cosa, aceptará el judaísmo, pero como judío irá «por el mundo como un enfermo de uno de esos males que no provocan grandes sufrimientos pero que tienen con seguridad un desenlace letal». Él, el docto humanista y crítico alemán, se esfuerza en convertirse en un escritor francés (nunca lo conseguirá) y se adhiere en Bélgica a un movimiento de la Resistencia

cuyas efectivas esperanzas políticas son escasísimas; su moral, por la que pagará un alto precio en términos materiales y espirituales, ha cambiado ahora: al menos simbólicamente, consiste en «devolver el golpe».

En 1940, la marea hitleriana sumerge también a Bélgica, y Jean, que no obstante su elección, continúa siendo un intelectual solitario e introvertido, cae en manos de la *Gestapo* en 1943. Se le pide que revele los nombres de sus compañeros y de sus jefes, pues, de lo contrario, será torturado. Él no es un héroe; en sus páginas, admite honestamente que si los hubiese conocido habría hablado, pero no los sabe. Le atan las manos detrás de la espalda, y le suspenden por las muñecas de una garrucha. Al cabo de pocos segundos, los brazos se le descoyuntan y se quedan vueltos hacia arriba, verticales por detrás de la espalda. Los esbirros insisten, flagelan con las fustas el cuerpo colgado, ahora casi inconsciente, pero Jean no sabe nada, no puede refugiarse ni siquiera en la traición. Se cura, pero ha sido identificado como judío y lo mandan a Auschwitz-Monowitz, el mismo Lager en el que yo también seré recluso unos meses después.

Aunque no volvimos a vernos, hemos cambiado algunas cartas después de la liberación, habiéndonos reconocido, o mejor dicho conocido, a través de nuestros respectivos libros. Nuestros recuerdos de allá coinciden bastante bien en el plano de los detalles materiales, pero discrepan en un curioso pormenor: yo, que siempre he procurado conservar de Auschwitz un recuerdo completo e indeleble, he olvidado su figura; él asegura que se acuerda de mí, aunque me confundiese con Carlo Levi, en aquel tiempo conocido ya en Francia como expatriado y como pintor. Dice también que hemos estado durante unas semanas en la misma barraca y que no me ha olvidado porque los italianos eran tan pocos que resultaban ser una rareza; además, porque en el Lager, en los dos últimos meses, yo ejercía prácticamente mi profesión, la de químico, y ésta era una rareza todavía mayor.

Este ensayo mío querría ser, al mismo tiempo, un resumen, una paráfrasis, una discusión y una crítica de un ensayo *suyo* amargo y gélido, que tiene dos títulos (*El intelectual en Auschwitz* y *En los confines del espíritu*). Lo he tomado de un volumen que desde hace muchos años querría ver traducido al italiano y que también tiene dos títulos, *Más allá de la culpa y de la expiación* y *Tentativa de superación de un derrotado* (*Jenseits von Schuld und Sühne*, Munich: Szczesny, 1966).

Como se ve por el primer título, el tema del ensayo de Améry está delimitado con precisión. Améry estuvo en varias prisiones nazis y además, después de Auschwitz, ha pasado temporadas breves en Buchenwald y en Bergen-Belsen, pero sus observaciones se limitan, con razón, a Auschwitz: los confines del espíritu, de lo no imaginable, estaban allí. Ser un intelectual ¿era en Auschwitz una ventaja o una desventaja?

Es necesario, naturalmente, definir qué se entiende por intelectual. La definición que Améry propone es típica y discutible:

... está claro que no estoy aludiendo a cualquiera que ejerza una de las llamadas profesiones intelectuales: haber tenido un buen nivel de instrucción puede que sea una condición necesaria, pero no suficiente. Todos nosotros conocemos abogados, médicos, ingenieros, probablemente también filólogos, que son por supuesto inteligentes, y hasta excelentes en su especialidad, pero que no pueden ser definidos como intelectuales. Un intelectual, según me gustaría que fuese entendido aquí, es un hombre que vive en el interior de un sistema de referencias que es espiritual en el más vasto de los sentidos. El campo de sus asociaciones es esencialmente humanístico o filosófico. Tiene una conciencia estética muy desarrollada. Por tendencia y por actitud, es atraído por el pensamiento abstracto (...). Si se le habla de «sociedad», no entiende el término en el sentido mundano, sino en el sociológico. El fenómeno físico que conduce a un cortocircuito no le interesa, pero sabe mucho acerca de Neidhart von Reuenthal, poeta cortés del mundo rural.

La definición me parece inútilmente restrictiva: más que una definición, es una autodescripción, y

del contexto en el que se encuentra no excluiré una sombra de ironía: en efecto, conocer a Von Reuenthal, como ciertamente Améry lo conocía, servía de poco en Auschwitz. A mí me parece más oportuno que en el término «intelectual» estén comprendidos, por ejemplo, también el matemático o el naturalista o el filósofo de la ciencia; además, ya se sabe que en países diferentes asume matices distintos. Pero no es cosa de afinar tanto; vivimos después de todo en una Europa que se pretende unida, y las consideraciones de Améry se sostienen bien incluso si el concepto en discusión se entiende en su más amplio sentido; no quisiera seguir las huellas de Améry y acuñar una definición alternativa a partir de mi condición actual (quizás hoy sea un «intelectual», aunque el vocablo me produce un vago malestar; seguro que no lo era entonces, por falta de madurez moral, ignorancia y extrañamiento; si he llegado a serlo después, lo debo, paradójica y precisamente a la experiencia del Lager). Propondría incluir en el término a las personas cultas, independientemente de su oficio cotidiano, cuya cultura esté viva en la medida en que se esfuercen por renovarse, perfeccionarse y ponerse al día, y que no muestren indiferencia o fastidio ante ninguna rama del saber, aunque evidentemente, no puedan cultivar todas.

De cualquier manera, y cualquiera sea la definición en que nos apoyemos, no se puede sino estar de acuerdo con las conclusiones de Améry. En cuanto al trabajo, que era principalmente manual, el hombre culto estaba en el Lager mucho peor que el inculto. Le faltaba, además de la fuerza física, la familiaridad con las herramientas y el entrenamiento, que a menudo tenían sus colegas obreros y campesinos; por el contrario, se sentía atormentado por un agudo sentimiento de humillación y degradación. De *Entwürdigung* precisamente, de dignidad perdida. Recuerdo con claridad mi primer día de trabajo en el tajo de Buna. Incluso antes de registrar nuestra condición de italianos (casi todos profesionales o comerciantes) en el padrón del campo, nos enviaron temporalmente a ensanchar una gran trinchera de tierra arcillosa. Me pusieron en la mano una pala, y enseguida se produjo el desastre: debía palear la tierra removida del fondo de una trinchera, y echarla por encima del borde, que tenía más de dos metros de altura. Parece fácil pero no lo es: si no se trabaja con arrojo, y con el arrojo justo, la tierra no se queda en la pala y se cae, y con frecuencia sobre la cabeza del excavador inexperto.

También el capataz «civil» al que fuimos asignados era provisorio. Era un alemán viejo, tenía aires de buena persona, pero se mostró sinceramente escandalizado por nuestra tosquedad. Cuando intentamos explicarle que casi ninguno de nosotros había tenido nunca una pala en la mano, alzó los hombros con impaciencia: qué joder, éramos prisioneros con trajes a rayas, y además judíos. Todos deben trabajar, porque «el trabajo nos hace libres»: ¿no estaba escrito en la puerta del Lager? No era una broma, era exactamente así. Bien, si no sabíamos trabajar, sólo teníamos que aprender. ¿No éramos acaso capitalistas? Nos lo merecíamos: hoy a mí, mañana a ti. Algunos se rebelaron, y recibieron los primeros golpes de su carrera de manos de los *Kapos* que inspeccionaban la zona; otros perdieron ánimos; otros (y yo entre ellos) intuyeron confusamente que no había ninguna salida y que la mejor solución era aprender a manejar la pala y el pico.

No obstante, a diferencia de Améry y de otros, mi sentimiento de humillación por el trabajo manual ha sido moderado: evidentemente no era todavía lo bastante «intelectual». En el fondo, ¿por qué no? Tenía una carrera, es verdad, pero había sido una suerte que yo no merecía; mi familia había sido lo suficientemente rica para mandarme a estudiar: muchos de mi edad habían paleado tierra desde la adolescencia. ¿No quería la igualdad? Pues bien, la tenía. Tuve que cambiar de opinión pocos días después, cuando las manos y los pies se me cubrieron de ampollas y de infecciones: no, ni los cavadores se improvisan. Tuve que aprender deprisa varias cosas fundamentales, que los menos afortunados (¡en el Lager éramos los más afortunados!) habían aprendido desde niños: la manera exacta de empuñar las herramientas, los movimientos apropiados de los brazos y del tronco, el dominio del cansancio y la manera de aguantar el dolor, saber detenerse poco antes del agotamiento, aun a costa de las bofetadas y las patadas de los *Kapos*, y en ocasiones también de los alemanes «civiles» de la IG Farbenindustrie. Los golpes, lo he dicho en otro sitio, generalmente no son mortales; en cambio, el colapso sí lo es: un puñetazo dado con habilidad lleva en sí mismo anestesia, tanto corporal como espiritual.

Aparte del trabajo, la vida en el barracón también era más penosa para el hombre culto. Era una

vida hobbesiana, una guerra ininterrumpida de todos contra todos (insisto: así era en Auschwitz, capital concentracionaria, en 1944. En otras partes, o en otras épocas, la situación podía ser mejor, y también mucho peor). Los puñetazos propinados por la Autoridad podían ser aceptados, eran literalmente un caso de fuerza mayor; pero eran inaceptables, por inesperados y fuera de la norma, los golpes que se recibían de los compañeros, a los que pocas veces el hombre civilizado sabía responder. Por otra parte, en el trabajo manual podía encontrarse cierta dignidad, aun en el más duro, y era posible adaptarse a él aunque fuese a costa de construirse una ruda accesión* o, de acuerdo con los temperamentos, un «medirse» conradiano, un reconocimiento de los propios límites. Era mucho más difícil aceptar la rutina del barracón: hacer la cama de la manera perfeccionista e idiota que he descrito, entre las violencias inútiles, fregar el piso de madera con harapos asquerosos empapados en agua, vestirse y desnudarse cuando lo ordenaban, exhibirse desnudos en los innumerables reconocimientos de los piojos, de la sarna, de la limpieza personal, asumir la parodia militar del «cerrar filas», «vista a la derecha», «descubrirse» como por resorte ante el oficial de las SS de barriga de cerdo. Eso sí se sentía como una desposesión, una regresión funesta hacia un estado de infancia desolado, privado de maestros y de amor.

También Améry-Mayer afirma haber sufrido por la mutilación del lenguaje que he señalado en el capítulo cuarto: y sin embargo él era de lengua alemana. Ha sufrido de una manera diferente a la nuestra de no políglotas reducidos a la condición de sordomudos: de manera, si puedo decirlo, más espiritual que material. Ha sufrido *porque* era de lengua alemana, porque era un filólogo que amaba su lengua: como sufriría un escultor que viese manchar o romper una escultura suya. El sufrimiento del intelectual era, por consiguiente, distinto, en este caso, del de un extranjero inculto: para éste, el alemán del Lager era un lenguaje que no entendía, con riesgo de su vida; para aquél era una jerga bárbara que entendía, pero que le desollaba los labios si intentaba hablarlo. Uno era un deportado, otro un extranjero en su patria.

A propósito de los golpes entre compañeros, no sin humor y orgullo retrospectivos, Améry cuenta, en otro ensayo suyo, un episodio clave, para incluir en su nueva moral del *Züruckschlagen*, de «devolver el golpe». Un gigantesco criminal común polaco, por una nadería le dio un puñetazo en la cara; él, no por reacción animal sino por rebeldía razonada contra el mundo subvertido del Lager, le devolvió el golpe lo mejor que pudo. «Mi dignidad —dice— se había concentrado toda entera en aquel puñetazo dirigido a su mandíbula; que luego, en resumen, haya sido yo, mucho más débil, y sucumbiese y fuese pisoteado despiadadamente, no tenía ya importancia. Dolorido por los puntapiés, estaba satisfecho de mí mismo.»

Aquí debo admitir una inferioridad total mía: nunca he sabido «devolver el golpe», no por santidad evangélica ni por aristocracia intelectualista sino por incapacidad intrínseca. Quizá por falta de una educación política seria: en realidad no hay programa político, ni el más moderado y menos violento, que no admita algún tipo de defensa activa. Tal vez por falta de valor físico: lo tengo hasta cierto punto ante las catástrofes naturales y la enfermedad, pero he estado siempre totalmente desprovisto de él ante la persona que agrede. «Darse de puñetazos» es una experiencia que me falta, desde los años más remotos a los que mi memoria puede llegar; y no puedo decir que lo lamente. Precisamente por ello mi carrera partisana fue tan corta y tan dolorosa, estúpida y trágica: interpretaba el papel de otro. Admiro la conversión de Améry, su elección valiente de salir de la torre de marfil y descender a la arena, pero tal elección estaba, y sigue estando, fuera de mi alcance. La admiro: pero debo contrastar que esa elección, arrastrada por toda la época posterior a Auschwitz, lo ha llevado a posiciones de tal severidad e intransigencia que le han hecho incapaz de encontrar ninguna alegría en la vida, e incluso de vivir: quien se enfrenta a puñetazos con el mundo entero recupera su dignidad, pero la paga a un precio altísimo, porque está seguro de que será derrotado. El suicidio de Améry, ocurrido en Salzburgo, admite como todos los suicidios una interpretación nebulosa, pero, a posteriori, el episodio de la derrota contra el polaco ofrece una versión.

Hace unos años supe que, en una carta a nuestra común amiga Hety S., de quien hablaré

* Así en el original [Nota del escaneador].

enseguida, Améry me definió como «el perdonador». No lo considero ni una ofensa ni una alabanza pero sí una imprecisión. No tengo tendencia a perdonar, nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces, ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina, Camboya, o África del Sur, porque no sé de ningún acto humano que pueda borrar una culpa; pido justicia, pero no soy capaz personalmente de liarme a puñetazos ni de devolver los golpes.

Sólo intenté hacerlo una vez. Elías, el enano robusto de quien he hablado en *Si esto es un hombre* y en *Lilít*, aquel que, según todas las apariencias, «era feliz en el Lager», no recuerdo por qué motivo me había cogido por las muñecas y me estaba insultando y golpeando contra un muro. Como Améry, experimenté una oleada de orgullo; consciente de traicionarme a mí mismo, y de transgredir una norma que me había sido transmitida por innumerables antepasados ajenos a la violencia, intenté defenderme y le asesté un puntapié en la tibia con el zueco de madera. Elías rugió, no de dolor sino de dignidad herida. Como un rayo, me cruzó los brazos sobre el pecho y me tiró al suelo con todo su peso; después me apretó la garganta, vigilando atentamente mi rostro con unos ojos que recuerdo perfectamente, a un palmo de los míos, fijos, de un pálido azul de porcelana. Apretó hasta que vio acercarse los signos de la inconsciencia; luego, sin decir palabra, me soltó y se fue.

Después de esa constatación he preferido, dentro de lo posible, dejar los castigos, las venganzas y las réplicas a las leyes de mi país. Es una elección obligada: sé lo mal que funcionan los mecanismos correspondientes pero yo soy como mi pasado me ha hecho y me resulta imposible cambiar. Si yo también hubiera visto caerme encima el mundo, si hubiese sido condenado al exilio y a la pérdida de la nacionalidad, si hubiese sido torturado hasta perder el conocimiento, quizás hubiese aprendido a devolver el golpe, y alimentaría, como Améry, esos sentimientos a los que ha dedicado un largo ensayo cargado de angustia.

Estas son las evidentes desventajas de la cultura en Auschwitz. Pero ¿es que tenía alguna ventaja? Sería ingrato a la modesta (y trasnochada) cultura de estudiante secundario y universitario que me ha tocado en suerte si lo negase; tampoco lo niega Améry. La cultura podía servir: no con frecuencia, no en todas partes, no a todos, sino a veces, en alguna rara ocasión, preciosa como una piedra preciosa, servía sin embargo, y uno se sentía como levantado del suelo; con el peligro de caer otra vez, haciéndose tanto más daño cuanto más alta y más larga había sido la exaltación.

Améry cuenta, por ejemplo, la historia de un amigo suyo que estudiaba a Maimónides en Dachau: pero el amigo era enfermero en el ambulatorio, y en Dachau, que era sin embargo un Lager durísimo, había nada menos que una biblioteca, mientras en Auschwitz el sólo hecho de poder darle un vistazo a un periódico era un acontecimiento inaudito y peligroso. Cuenta también haber intentado una tarde, en la marcha de vuelta del trabajo, en medio del barro polaco, encontrar en determinados versos de Hölderlin el mensaje poético que en otros tiempos lo había conmovido, y no haberlo conseguido: los versos estaban allí, le sonaban en el oído, pero ya no le decían nada; mientras en otro momento (generalmente, en la enfermería, después de haberse comido un potaje extra, es decir, en una tregua del hambre) se había entusiasmado hasta la ebriedad al evocar la figura de Joachim Ziemssen, el oficial enfermo de muerte, pero esclavo del deber, de *La montaña mágica* de Thomas Mann.

A mí, la cultura me ha sido útil; no siempre, a veces quizá por caminos subterráneos e imprevistos, pero me ha servido y tal vez me ha salvado. Releo después de cuarenta años en *Si esto es un hombre* el capítulo «El canto de Ulises»; es uno de los pocos episodios cuya autenticidad he podido comprobar (es una operación tranquilizadora: con el paso del tiempo, como he dicho en el primer capítulo, se puede dudar de la propia memoria), porque mi interlocutor de entonces, Jean Samuel, se cuenta entre los poquísimos personajes del libro que han sobrevivido. Nos hemos hecho amigos, nos hemos encontrado varias veces, y sus recuerdos coinciden con los míos: recuerda aquella conversación pero, por así decirlo, sin acentos, con los acentos cambiados. A él, entonces, no le interesaba Dante; le interesaba yo en mi intento ingenuo y presuntuoso de transmitirle Dante, mi lengua y mis confusas reminiscencias eruditas, en media hora de tiempo y con el pico de la

argamasa en los hombros. Pues bien, donde he escrito «daría el potaje de hoy por poder rematar “no tenía ninguna” con el final», no mentía ni exageraba. Habría dado verdaderamente el pan y el potaje, es decir, la sangre, por salvar de la nada aquellos recuerdos que hoy, con el soporte seguro del papel impreso, puedo refrescar cuando quiera, y gratis, y que por eso parecen valer poco.

Entonces y allí, valían mucho. Me permitían volver a atar un nudo con el pasado, salvándolo del olvido y reforzando mi identidad. Me convencían de que mi mente, aunque acosada por las necesidades cotidianas, no había dejado de funcionar. Me valoraban, a mis ojos y a los de mi interlocutor. Me proporcionaban una tregua efímera pero no necia, también liberadora y diferencial: un modo, en fin, de encontrarme a mí mismo. Quien ha leído o visto *Fahrenheit 451* (Milán: Mondadori, 1966) de Ray Bradbury ha podido hacerse una idea de lo que significaría verse obligado a vivir en un mundo sin libros, y qué valor asumiría en él el recuerdo de los libros. Para mí, el Lager ha sido también eso; antes y después de «Ulises», recuerdo haber obsesionado a mis compañeros italianos para que me ayudasen a recuperar este o aquel fragmento de mi mundo de antaño, sin conseguir mucho, incluso leyendo en sus ojos hastío y recelo: ¿qué está buscando éste con Leopardi y el Número de Avogadro? ¿No se estará volviendo loco de hambre?

No debo olvidar la ayuda que me ha proporcionado mi oficio de químico. En el terreno práctico, me ha salvado probablemente de, por lo menos, algunas selecciones para la cámara de gas: de cuanto he leído después sobre el asunto (en especial, en *The Crime and Punishment of IG-Farben*, de J. Borkin, Londres: MacMillan, 1978) he aprendido que el Lager de Monowitz, aunque dependiese de Auschwitz, era propiedad de la IG-Farbenindustrie. Era, en resumen, un Lager privado; y los industriales alemanes, un poco menos miopes que los jefes nazis, se daban cuenta de que los especialistas, de los que yo formaba parte tras haber aprobado el examen de química al que había sido sometido, no eran fácilmente sustituibles. Pero no pretendo aludir a esa clase de privilegio, ni a las obvias ventajas de trabajar a cubierto, sin cansancio físico y sin *Kapos* sueltos de manos: aludo a otra ventaja. Creo poder objetar «por experiencia personal» la afirmación de Améry, que excluye a los científicos, y con más razón a los técnicos, del grupo de los intelectuales: a éstos, según él, habría que reclutarlos exclusivamente en el campo de las letras y de la filosofía. Leonardo da Vinci, que se definía «hombre sin letras», ¿no era un intelectual?

Juntamente con el bagaje de nociones prácticas había obtenido de los estudios, y me había llevado al Lager, un mal definido patrimonio de hábitos mentales que se derivan de la química y de su entorno, pero que encuentran aplicaciones más vastas. Si yo actúo de cierta manera, ¿cómo reaccionará la sustancia que tengo entre manos, o mi interlocutor humano? ¿Por qué ésta, o él, o ella manifiesta, interrumpe o cambia un determinado comportamiento? ¿Puedo anticipar lo que acontecerá en mi entorno dentro de un minuto, o mañana, o dentro de un mes? En caso afirmativo, ¿cuáles son los signos que cuentan, cuáles los despreciables? ¿Puedo prever el golpe, saber de dónde vendrá, pararlo, huir de él?

Pero sobre todo, y especialmente, he adquirido con mi oficio una costumbre que puede ser juzgada de diferentes maneras y definida a gusto como humana o inhumana: no ser nunca diferente a los personajes que la ocasión me pone delante. Son seres humanos, pero también «muestras», ejemplares en sobres cerrados, que hay que reconocer, analizar y pesar. Ahora bien, el muestrario que Auschwitz había desplegado ante mí era abundante, vario y extraño; compuesto de amigos, de neutrales y de enemigos, cebo, en cualquier caso, de mi curiosidad, que algunos, entonces y después, han juzgado destacada. Un cebo que ha contribuido en verdad a mantener viva una parte de mí, y que posteriormente me ha proporcionado materiales para pensar y para componer libros. Como ya he dicho, no sé si era allí un intelectual; quizá lo fuese a ráfagas, cuando la presión disminuía; si he llegado a serlo después, aquella experiencia me ha ayudado, sin duda. Lo sé, esta actitud «naturalista» no procede sólo ni necesariamente de la química, aunque en mi caso proceda de la química. Por otra parte —y que no parezca cínico afirmarlo—, para mí, como para Lidia Rolfi y para muchos otros sobrevivientes «afortunados», el Lager ha sido una universidad; nos ha enseñado a mirar a nuestro alrededor y a medir a los hombres.

Desde ese punto de vista, mi visión del mundo ha sido diferente de la de mi compañero y antagonista Améry, y complementaria de ella. En sus escritos se transparenta un interés diferente: el

del combatiente político por la enfermedad que apestaba a Europa y amenazaba (y todavía amenaza) al mundo; el del filósofo por el Espíritu, que en Auschwitz estaba vacante; el del docto menoscabado al que las fuerzas de la historia le han privado de patria y de identidad. En efecto, su mirada está dirigida hacia lo alto, y se detiene raramente en el vulgo del Lager y en el personaje típico, el «musulmán», el hombre agotado cuyo intelecto está moribundo o muerto.

La cultura podía, pues, servir, aunque sólo fuese en algún caso marginal, y durante breves períodos. Podía embellecer algún momento, establecer una unión fugaz con un compañero, mantener viva y sana la mente. Es verdad que no era útil para orientarse ni para entender: sobre esto, mi experiencia de extranjero coincide con la del alemán Améry. La razón, el arte, la poesía no ayudan a descubrir el lugar del que han sido proscritas. En la vida cotidiana de «allá», hecha de tedio salpicado de horror, era saludable olvidarlas, de la misma manera que era saludable aprender a olvidar la casa y la familia; no estoy hablando de un olvido definitivo, del que, por lo demás, nadie es capaz, sino de una relegación a ese desván de la memoria donde se acumula el material que estorba y que ya no sirve para la vida de todos los días.

A esa operación eran más proclives los incultos que los cultos. Se adaptaban antes a ese «no tratar de comprender» que era el primer dicho sabio que había que aprender en el Lager. Tratar de entender allí, sobre el terreno, era un esfuerzo inútil, incluso para los muchos prisioneros que llegaban de otros Lager o que, como Améry, conocían la historia, la lógica y la moral, y además habían experimentado la prisión y la tortura: un desperdicio de energías que habría sido más útil emplear en la lucha cotidiana contra el hambre y el cansancio. La lógica y la moral impedían aceptar una realidad ilógica e inmoral: de ello resultaba un rechazo de la realidad que, por lo general, llevaba rápidamente al hombre culto a la desesperación; sin embargo, las variedades del animal-hombre son innumerables, y yo he visto y descrito hombres de cultura refinada, especialmente jóvenes, deshacerse de ella, empuñarse, barbarizarse y sobrevivir.

El hombre sencillo, acostumbrado a no hacerse preguntas, estaba a salvo del inútil tormento de preguntarse por qué; además, solía poseer un oficio o una habilidad manual que facilitaban su integración. Sería difícil ofrecer un elenco completo de unos y otros, incluso porque variaba de Lager a Lager y de momento en momento. A título de curiosidad: en Auschwitz, en diciembre de 1944, con los rusos a las puertas del campo, los bombardeos diarios y el hielo que reventaba las cañerías, fue instituido un *Buchhalter-Kommando*, una Escuadra Contable; fue llamado a formar parte de ella aquel Steinlauf del que he hablado en el tercer capítulo de *Si esto es un hombre*, lo que no bastó a salvarlo de la muerte. Éste era, por supuesto, un caso límite que hay que situar en la locura general del crepúsculo del Tercer Reich; pero era normal, y comprensible, que encontrasen un buen puesto los sastres, los zapateros, los mecánicos, los albañiles: eran pocos; en el mismo Monowitz fue abierta (por cierto, no con fines humanitarios) una escuela de albañilería para los prisioneros menores de dieciocho años.

También el filósofo, dice Améry, podía llegar a la aceptación, pero por un camino más largo. Podía ocurrir que rompiera la barrera del sentido común, que le prohibía tener por buena una realidad demasiado cruel; hasta podía admitir, viviendo en un mundo monstruoso, que los monstruos existen y que junto a la lógica de Descartes existía la de las SS:

¿Y si los que se proponían aniquilarlo a uno hubiesen tenido razón, en vista del hecho innegable de que ellos eran los más fuertes? De este modo, la fundamental tolerancia espiritual y la duda metódica del intelectual se convertían en factores de autodestrucción. Sí, las SS bien podían hacer lo que hacían: el derecho natural no existe, y las categorías morales nacen y mueren como las modas. Había una Alemania que enviaba a morir a los judíos y a los adversarios políticos porque creía que sólo de esa manera habría podido realizarse. ¿Y qué? También la civilización griega estuvo fundada en la esclavitud, y un ejército ateniense se había acuartelado en Melos como las SS en Ucrania. Habían sido muertas víctimas humanas en un número inaudito, hasta donde la luz de la historia puede iluminar al pasado, y en cualquier caso la perennidad del progreso humano no era más que una ingenuidad concebida en el siglo XIX. *Links, zwei, drei, vier*, la orden de los *Kapos* para marcar el paso,

era un ritual como tantos otros. Frente al horror, no hay mucho que oponer: la Via Appia había sido flanqueada por dos filas de esclavos crucificados, y en Birkenau se propagaba el hedor de los cuerpos humanos quemados. En el Lager, el intelectual no estaba ya de parte de Craso, sino de la de Espartaco: eso es todo.

Este ajuste de cuentas ante el horror intrínseco del pasado podía llevar al hombre docto a la abdicación intelectual, proporcionándole al mismo tiempo las armas defensivas de su compañero inculto: «Así ha sido siempre, así será siempre». Quizá mi ignorancia de la historia me ha librado de esa metamorfosis; y tampoco, por otra parte y por suerte, estuve expuesto a otro peligro al que justamente se refiere Améry. Por su misma naturaleza, el intelectual (alemán, me permitiré añadir a su enunciado) tiende a convertirse en cómplice del Poder, y en consecuencia a aprobarlo. Tiende a seguir las huellas de Hegel y a deificar al Estado, a cualquier Estado: el solo hecho de existir justifica su existencia. Las crónicas de la Alemania hitleriana abundan en casos que confirman esta tendencia: nos han abrumado, confirmándola, Heidegger el filósofo, maestro de Sartre; Stark el físico, Premio Nobel; Faulhaber el cardenal, suprema autoridad católica de Alemania, e innumerables otros.

Junto con esta latente propensión del intelectual agnóstico, Améry observa lo que todos nosotros, los ex prisioneros, hemos observado: los no agnósticos, los creyentes de cualquier credo, han resistido mejor la seducción del poder, con tal de que no fuesen creyentes del verbo nacionalsocialista (la advertencia no es superflua: en los Lager, y marcados con el triángulo rojo de los presos políticos, había también algunos nazis convencidos que habían caído en desgracia por disidencia ideológica o por razones personales; eran desagradables a todos); en definitiva, también han soportado mejor la prueba del Lager, y han sobrevivido en número proporcionalmente más alto.

Al igual que Améry, también yo he entrado en el Lager como no creyente, y como no creyente he sido liberado y he vivido hasta hoy; la experiencia del Lager, su iniquidad espantosa, más bien me ha confirmado en mi laicismo. Me ha impedido, y todavía me impide, concebir cualquier clase de providencia o de justicia trascendente: ¿por qué los moribundos en un vagón de ganado?, ¿por qué los niños en la cámara de gas? Debo admitir, sin embargo, haber sentido (y de nuevo una sola vez) la tentación de ceder, de buscar refugio en la oración. Sucedió en octubre de 1944, en el único momento en que me he dado cuenta lúcidamente de la inminencia de la muerte, cuando, desnudo y apretujado entre compañeros desnudos, con mi ficha personal en la mano, esperaba desfilar ante la «comisión» que debía decidir, con una ojeada, si iría enseguida a la cámara de gas o si, por el contrario, estaba lo suficientemente fuerte para seguir trabajando. Durante un instante, he sentido la necesidad de pedir ayuda y refugio. Después, a pesar de la angustia, se ha impuesto la ecuanimidad: no se cambian las reglas del juego al final de la partida ni cuando estás perdiendo. Una oración en aquellas circunstancias habría sido no sólo absurda (¿qué derechos podía reclamar?, ¿a quién?), sino también blasfemia, obscenidad, llena de la mayor impiedad de la que es capaz un no creyente. Dejé de lado aquella tentación: sabía que así, si sobrevivía, no tendría que avergonzarme.

No sólo en los momentos cruciales de las selecciones o de los bombardeos aéreos, sino también en el suplicio de la vida diaria, los creyentes vivían mejor: ambos, Améry y yo, lo hemos observado. No tenía ninguna importancia cuál fuese su credo religioso o político. Sacerdotes católicos o protestantes, rabinos de las distintas ortodoxias, sionistas militantes, marxistas ingenuos o maduros, testigos de Jehová, estaban unidos por la fuerza salvadora de su fe. Su universo era más vasto que el nuestro, más dilatado en el espacio y en el tiempo, sobre todo más comprensible: tenían una clave y un punto de apoyo, un mañana milenarista por el que podía tener sentido sacrificarse, un lugar en el cielo o en la Tierra en el que la justicia o la misericordia habían vencido, o vencerían en un porvenir quizá lejano pero cierto: Moscú, la Jerusalén celeste o la terrenal. Su hambre era distinta de la nuestra; era un castigo divino, o una expiación, una ofrenda voluntaria o el fruto de la podredumbre capitalista. El dolor, en ellos o en torno de ellos, era descifrable, y por eso no bordeaba la desesperación. Nos miraban con conmiseración, a veces con desprecio; algunos de ellos, en los intervalos del trabajo, trataban de evangelizarnos. ¿Pero cómo puedes tú, laico, fabricarte o aceptar en el momento una fe «oportuna» sólo porque es oportuna?

En los días fulgurantes y densos que siguieron inmediatamente a la liberación, en un miserable escenario de moribundos, de muertos, de viento infecto y de nieve corrompida, los rusos me mandaron al barbero para que me afeitase por primera vez en mi nueva vida de hombre libre. El barbero era un ex político, un obrero francés de la *ceinture*; nos sentimos de repente hermanos y yo hice un comentario trivial sobre nuestra tan improbable salvación: éramos condenados a muerte liberados en la plataforma de la guillotina, ¿verdad? El me miró boquiabierto, y luego exclamó escandalizado: «¡Pero Joseph estaba allí!». ¿Joseph? Necesité unos momentos para entender que aludía a Stalin. El no, no había desesperado nunca: Stalin era su fortaleza, la Roca cantada en los Salmos.

La división entre cultos e incultos no coincidía completamente con la de creyentes y no creyentes, más bien la cortaba en ángulo recto y formaba cuatro cuadrantes bastante bien definidos: los cultos creyentes, los cultos laicos, los incultos creyentes y los incultos laicos. Cuatro islillas irregulares y coloreadas que se recortaban en el mar gris, inmenso, de semivivos que tal vez habían sido cultos o creyentes pero que ahora ya no se hacían preguntas y a los que habría sido inútil y cruel hacérselas.

El intelectual, observa Améry (y yo precisaré: el intelectual *joven*, como éramos él y yo cuando la captura y el cautiverio), ha sacado de sus lecturas una imagen de la muerte inodora, decorativa y literaria. Traduzco aquí «al italiano» sus observaciones de filólogo alemán, obligado a citar el «¡Más Luz!» de Goethe, *Muerte en Venecia* y Tristán. Entre nosotros, en Italia, la muerte es el segundo miembro del binomio «amor y muerte»; la gentil transfiguración de Laura, Ermengarda y Clorinda; es el sacrificio del soldado en la batalla («Quien por la patria muere, asaz ha vivido»); es «Una bella muerte, a toda vida honra». Este ilimitado archivo de fórmulas defensivas y apoteósicas, en Auschwitz (o también hoy en cualquier hospital) tenía una vida breve: la *Muerte en Auschwitz* era trivial, burocrática y cotidiana. No era objeto de comentarios, no era «confortada con llanto». Ante la muerte, la costumbre de la muerte, el límite entre cultura e incultura desaparecía. Améry asegura que no se pensaba en que se moriría, cosa descontada, sino más bien *cómo*:

Se discutía acerca del tiempo necesario para que el veneno de las cámaras de gas produjera su efecto. Se especulaba acerca de lo doloroso de la muerte por inyección de fenol. ¿Era preferible un golpe en la cabeza o la muerte por consunción en la enfermería?

Sobre este punto, mi experiencia y mis recuerdos son muy diferentes de los de Améry. Quizá porque yo era más joven, quizá porque era más ignorante que él, o menos conocido, o menos consciente, casi nunca tuve tiempo que dedicar a la muerte; tenía otras cosas en las que pensar, encontrar un poco de pan, descansar del trabajo demoledor, remendarme los zapatos, robar una escoba, interpretar los gestos y las caras que me rodeaban. Los objetivos de la vida son la mejor defensa contra la muerte: no sólo en el Lager.

VII. Estereotipos

Quienes han experimentado el encarcelamiento (y, mucho más en general, todos los individuos que han pasado por experiencias crueles) se dividen en dos categorías bien diferenciadas, con raros matices intermedios: los que se callan y los que hablan. Ambos tienen razones válidas: callan los que sufren más profundamente ese malestar que, para simplificar, he llamado «vergüenza», los que no se sienten en paz con ellos mismos, o cuyas heridas sangran todavía. Hablan, y con frecuencia hablan mucho, los otros, obedeciendo a diferentes estímulos. Hablan porque, con distintos niveles de conciencia, reconocen en su prisión, aunque ya lejana, el centro de su vida, el acontecimiento que para bien y para mal ha marcado su existencia entera. Hablan porque saben que han sido testigos de un acontecer de dimensiones planetarias y seculares. Hablan porque (reza un disco *yiddish*) «es bello contar las desdichas pasadas». Francesca le dice a Dante que no hay «mayor dolor que recordar el tiempo de la dicha / en desgracia», pero también es verdad lo contrario, como sabe todo liberado: es bello sentarse cómodamente, ante la comida y el vino, y recordar para uno y para los demás las fatigas, el frío y el hambre: así de deprisa cede a la urgencia de contar, ante la mesa puesta, Ulises en la corte del rey de los foecios*. Hablan, y ojalá exagerasen, como «soldados jactanciosos», describiendo miedo y valor, astucia, ofensas, derrotas y alguna victoria: al hacer esto, se diferencian de los «otros», afirman su identidad con la pertenencia a una corporación, y sienten aumentado su prestigio.

Pero hablan, mejor dicho, hablamos (puedo usar la primera persona del plural: yo no pertenezco a los taciturnos) porque se nos invita a hacerlo. Norberto Bobbio ha escrito hace años que los campos de exterminio nazis han sido «no uno de los acontecimientos, sino el acontecimiento monstruoso, tal vez irreplicable, de la historia humana». Los demás, los oyentes, amigos, hijos, lectores, o incluso extraños, lo intuyen, más allá de la indignación y de la conmiseración; entienden la singularidad de nuestra experiencia, o por lo menos se esfuerzan por entenderla. Por ello nos invitan a contar y hacen preguntas, poniéndonos a veces en apuros: no siempre es fácil responder a determinados porqués, no somos historiadores ni filósofos, sino testigos y, por lo demás, nadie ha dicho que la historia de las cosas humanas obedezca a esquemas lógicos rigurosos. Nadie ha dicho que cada cosa sea consecuencia de un solo porqué: las simplificaciones sólo son buenas para los libros de texto, y los motivos pueden ser muchos, contradictorios entre sí, o incognoscibles, si no realmente inexistentes. Ningún historiador o epistemólogo ha demostrado todavía que la historia humana sea un proceso predeterminado.

Entre las preguntas que se nos hacen hay una que nunca falta; mejor dicho, conforme pasan los años, se nos hace cada vez con mayor insistencia, y con un cada vez menos disimulado tono de acusación. Más que una sola pregunta, es una familia de preguntas. ¿Por qué no habéis huido? ¿Por qué no os habéis rebelado? ¿Por qué no os habéis librado del cautiverio «antes»? Precisamente por su inevitabilidad, y por su repetición con el transcurso del tiempo, son preguntas, dignas de atención.

El primer comentario a estas preguntas, y su primera interpretación, son optimistas. Hay países en los que nunca se ha conocido la libertad, porque el deseo de ella que siente el hombre aparece después de otras necesidades mucho más apremiantes: luchar contra el frío, el hambre, las enfermedades, los parásitos, las agresiones animales y humanas. Pero en los países donde las necesidades elementales están satisfechas, se siente la libertad como un bien al que en ningún caso

* Así en el original [Nota del escaneador]. El patronímico correcto es feacios, un pueblo mítico de la Isla de Esqueria (Σχερίη o Σχερία en griego y probablemente la actual Corfú). Este pueblo es parte esencial en la Odisea al ser el acogedor de Odiseo poco antes de su regreso a Ítaca.

se debe renunciar: no se le puede quitar importancia, es un derecho natural y obvio, y además gratuito, como la salud y el aire que se respira. Los tiempos y los lugares en que es negado este derecho congénito son sentidos como lejanos, extraños. Por eso, para ellos, la idea de la prisión enlaza con la idea de la fuga o de la rebelión. La condición del prisionero es sentida como ilícita, anormal: como una enfermedad que se debe curar mediante la evasión o la rebelión. Por lo demás, el concepto de la evasión como obligación moral está muy arraigado: según los códigos militares de muchos países, el prisionero de guerra está obligado a liberarse de cualquier modo, para volver a ocupar su puesto de combate, y según la Convención de La Haya, la tentativa de fuga no debe ser castigada. En la conciencia pública, la evasión lava y extingue la vergüenza del cautiverio.

Sea dicho de paso: en la Unión Soviética de Stalin, la praxis, si no la ley, era diferente y mucho más drástica; para el prisionero de guerra soviético repatriado no había cura ni redención, era considerado irremediamente culpable, aunque hubiese conseguido evadirse y unirse al ejército combatiente. Debía haber muerto antes que rendirse, y además, habiendo estado (aunque fuese por pocas horas) en manos del enemigo, era automáticamente sospechoso de complicidad con él. Tras su incauto retorno a la patria, fueron deportados a Siberia, o matados, incluso muchos militares que habían sido capturados en el frente por los alemanes, que habían sido arrastrados a los territorios ocupados, y que se habían evadido y se habían unido a las guerrillas que operaban contra los alemanes en Italia, en Francia o en las mismas retaguardias rusas. También en el Japón en guerra, el soldado que se rendía era considerado con extremo desprecio: de ahí el durísimo trato al que fueron sometidos los militares aliados que cayeron prisioneros de los japoneses. No eran sólo enemigos, eran también enemigos viles, degradados por haberse rendido.

Incluso el concepto de la evasión como deber moral y como consecuencia obligada del cautiverio es constantemente remachado por la literatura romántica (¡el conde de Montecristo!) y popular (recuérdese el extraordinario éxito de las memorias de *Papillon* [Milán: Mondadori, 1974]). En el mundo del cine, el héroe injustamente (o quizá justamente) encarcelado es siempre un personaje simpático, intenta siempre la fuga, incluso en las circunstancias menos verosímiles, y la tentativa es invariablemente coronada por el éxito. Entre las mil películas cubiertas por el polvo del olvido, se siguen recordando *Yo soy un evadido* y *Huracán*. El prisionero típico es visto como un hombre íntegro, en plena posesión de sus fuerzas físicas y morales que, con la energía que nace de la desesperación y con el ingenio aguzado por la necesidad, se arroja contra las barreras, las salta o las rompe.

Ahora bien, esta imagen esquemática de la evasión se parece muy poco a la situación de los campos de concentración. Entendiendo este término en su más amplio sentido (es decir, incluyendo, además de los campos de exterminio de nombre universalmente conocido, los muchísimos campos de prisioneros e internados militares), había en Alemania varios millones de extranjeros en condiciones de esclavitud, agotados, despreciados, subalimentados, mal vestidos y mal curados, privados de contacto con la madre patria. No eran «prisioneros típicos», no estaban íntegros, estaban, por el contrario, desmoralizados y debilitados. Se exceptúa a los prisioneros de guerra aliados (los norteamericanos y los pertenecientes a la *Commonwealth* británica), que recibían víveres y ropa a través de la Cruz Roja Internacional, poseían un buen entrenamiento militar, fuertes motivaciones y un firme espíritu de cuerpo, y habían conservado una jerarquía interna bastante sólida, exenta de la «zona gris» de la que he hablado en otro lugar; salvo pocas excepciones, podían fiarse el uno del otro, y sabían además que, si hubiesen sido capturados de nuevo, habrían sido tratados según las convenciones internacionales. Entre ellos, en efecto, se intentaron muchas evasiones, algunas de ellas con éxito.

Para los demás, para los parias del mundo nazi (entre los que se encontraban los gitanos y los prisioneros soviéticos, militares y civiles, que racialmente eran considerados escasamente superiores a los judíos), las cosas eran diferentes. Para ellos, la evasión era difícil y extremadamente peligrosa: estaban debilitados, además de desmoralizados, por el hambre y por los malos tratos; eran y se sentían considerados de menos valor que las bestias de carga. Tenían la cabeza afeitada, ropa sucia inmediatamente reconocible, zuecos que impedían un paso rápido y silencioso. Si eran extranjeros, no conocían los posibles refugios de los alrededores; si eran alemanes, sabían que eran

atentamente vigilados y que estaban fichados por la acechante policía secreta, y sabían también que poquísimos compatriotas suyos habrían arriesgado la libertad o la vida por atenderlos.

El caso particular (pero numéricamente imponente) de los judíos era el más trágico. Incluso admitiendo que hubieran conseguido traspasar la cerca de alambre de púas y la verja electrificada, huir de las patrullas, de la vigilancia de los centinelas armados de ametralladoras de las torres de guardia, de los perros adiestrados en la caza del hombre, ¿hacia dónde habrían podido dirigirse?, ¿a quién pedir hospitalidad? Estaban fuera del mundo, hombres y mujeres de aire. Ya no tenían una patria (habían sido privados de su ciudadanía de origen), ni una casa, expropiada a beneficio de los ciudadanos de pleno derecho. Salvo excepciones, ya no tenían familia, o si todavía vivía algún pariente suyo, no sabían dónde encontrarlo, o adónde escribirle sin poner a la policía en su pista. La propaganda antisemita de Goebbels y de Streicher había dado sus frutos: la mayor parte de los alemanes, y en especial los jóvenes, odiaban a los judíos, los despreciaban y los consideraban enemigos del pueblo; los demás, con poquísimas excepciones heroicas, se abstendrían de toda ayuda por miedo a la *Gestapo*. Quien acogía o simplemente ayudaba a un judío se exponía a castigos terroríficos. A propósito de esto es justo recordar que unos millares de judíos han sobrevivido durante todo el período hitleriano, escondidos en Alemania y en Polonia, en conventos, en sótanos, en desvanes, por obra de ciudadanos valerosos, misericordiosos y sobre todo lo bastante inteligentes para observar durante varios años la más estricta discreción.

Además, en todos los Lager la fuga incluso de un solo prisionero era considerada una falta gravísima de todo el personal de vigilancia, desde los prisioneros funcionarios hasta el comandante del campo, que se exponía a ser destituido. Según la lógica nazi, era un acontecimiento intolerable: la fuga de un esclavo, en especial si pertenecía a las «razas de menos valor biológico», se consideraba llena de valor simbólico, habría representado una victoria del que era un derrotado por definición, una laceración del mito; y también, más realísticamente, un peligro objetivo, porque todo prisionero había visto cosas que el mundo no debía saber. En consecuencia, cuando un prisionero faltaba a la llamada (cosa no muy rara: con frecuencia se trataba de un simple error de conteo, o de un prisionero desvanecido de agotamiento) se desencadenaba el apocalipsis. Todo el campo era puesto en estado de alarma; además de las SS encargadas de la vigilancia, intervenían las patrullas de la *Gestapo*; Lager, tajos, casas de campo, habitaciones de los alrededores eran registrados. A discreción del comandante del campo, se tomaban providencias de emergencia. Los compatriotas, los amigos notorios o los vecinos de litera del evadido eran interrogados bajo tortura y muertos después: en realidad, una evasión era una empresa difícil, y era inverosímil que el fugitivo no hubiese tenido cómplices o que nadie se hubiese dado cuenta de los preparativos. Sus compañeros de barracón, o a veces todos los prisioneros del campo, eran obligados a estar de pie, en la plaza de la lista, durante un tiempo indeterminado, a veces días enteros, bajo la nieve, la lluvia o el sol, mientras el evadido no fuese encontrado, vivo o muerto. Si había sido encontrado y capturado vivo, era castigado invariablemente ahorcándolo en público después de un ceremonial diferente cada vez, pero siempre de inaudita ferocidad en la que se desencadenaba la imaginativa crueldad de las SS.

Para ilustrar cuán desesperada empresa era una fuga, pero no únicamente con este fin, recordaré la tentativa de Mala Zimetbaum, pues me gustaría que quedase memoria de ella. La evasión de Mala del Lager femenino de Auschwitz-Birkenau ha sido narrada por varias personas, pero los detalles concuerdan. Mala era una joven judía polaca que había sido detenida en Bélgica y que hablaba con fluidez muchas lenguas por lo cual, en Birkenau, trabajaba como intérprete y mensajera, y como tal gozaba de cierta libertad de movimiento. Era generosa y valiente, había ayudado a muchas compañeras y todas la querían. En el verano de 1944, decidió evadirse con Edek, un prisionero político polaco. No querían sólo recobrar la libertad: querían informar al mundo entero de las matanzas cotidianas de Birkenau. Consiguieron corromper a un SS y procurarse dos uniformes. Salieron disfrazados y llegaron hasta la frontera eslovaca; aquí fueron detenidos por los aduaneros, quienes sospecharon que se encontraban ante dos desertores y los entregaron a la policía.

Fueron reconocidos inmediatamente y devueltos a Birkenau. Edek fue ahorcado inmediatamente, pero no quiso esperar a que, según el encarnizado ceremonial del lugar, fuese leída la sentencia: metió la cabeza en el lazo corredizo y se dejó caer desde el taburete.

También Mala había decidido morir su propia muerte. Mientras esperaba en una celda a ser interrogada, una compañera pudo acercársele y le preguntó «¿Qué tal estás, Mala?». Respondió: «Yo estoy siempre bien». Había logrado hacerse con una hoja de afeitar. Al pie de la horca, se cortó la arteria de una muñeca. El SS que hacía de verdugo trató de quitarle la cuchilla, y Mala, ante todas las mujeres del campo, le golpeó la cara con la mano ensangrentada. Inmediatamente acudieron otros militares, enfurecidos: ¡una prisionera, una judía, una mujer, se había atrevido a desafiarlos! La pisotearon mortalmente; murió, por suerte, en el carro que la llevaba al crematorio.

Ésta no era «violencia inútil». Era útil: servía bastante bien para cortar de raíz toda veleidad de fuga; era normal que el prisionero nuevo pensase en la fuga, desconocedor de estas técnicas refinadas y probadas; era rarísimo que este pensamiento cruzase las mentes de los viejos; de hecho, era frecuente que los preparativos de una evasión fuesen denunciados por los componentes de la «zona gris», o también por terceros, temerosos de las represalias citadas.

Recuerdo con una sonrisa la aventura que me sucedió hace unos años en un quinto curso elemental al que había sido invitado a comentar mis libros y a contestar a las preguntas de los alumnos. Un muchachito de aire despierto, aparentemente el cabecilla de la clase, me hizo la siguiente pregunta de ritual: «¿Pero por qué no se escapó usted?». Yo le expliqué brevemente lo que acabo de escribir; él, poco convencido, me pidió que dibujase en la pizarra un croquis del campo, indicando la situación de las torretas de guardia, de las puertas, de las alambradas y de la central eléctrica. Lo hice lo mejor que pude, bajo treinta pares de ojos atentos. Mi interlocutor estudió el dibujo durante unos instantes, me pidió unas precisiones ulteriores y me expuso luego el plan que había imaginado: aquí, por la noche, degollar al centinela; después, ponerse su uniforme; inmediatamente después, ir corriendo a la central y cortar la corriente eléctrica, con lo que se habrían apagado las luces y desactivado las alambradas de alta tensión; después, podría haberme ido tranquilo. Añadió muy serio: «Si le sucede otra vez, haga lo que le he dicho: verá cómo le sale bien».

Salvadas las distancias, me parece que este episodio ilustra bastante bien el trecho que hay, y que se va haciendo mayor con el transcurso de los años, entre las cosas tal y como eran «allí» y las cosas tal y como se las representa la imaginación corriente, alimentada por los libros, las películas y los mitos correspondientes. Ésta, fatalmente, se desliza hacia la simplificación y el estereotipo; querría oponer aquí un dique a esa tendencia. Al mismo tiempo, me gustaría, no obstante, recordar que no se trata de un fenómeno reducido a la percepción del pasado próximo ni de las tragedias históricas: es mucho más general, es parte de nuestra dificultad de percibir las experiencias ajenas, que resulta tanto más pronunciada cuanto más lejanas de las nuestras son en el tiempo, en el espacio y en calidad. Tendemos a asimilarlas a las más cercanas, como si el hambre de Auschwitz fuese la de quien se ha saltado una comida, o como si la fuga de Treblinka fuese asimilable a la de Regina Coeli. Es tarea del historiador salvar esta distancia, que es tanto mayor cuanto más tiempo ha transcurrido desde los acontecimientos estudiados.

Con la misma frecuencia, y aun con más duro acento acusatorio, se nos pregunta: «¿Por qué no os rebelasteis?». Esta pregunta es cuantitativamente diferente de la anterior, pero de naturaleza semejante, y procede también de un estereotipo. Es oportuno dividir la respuesta en dos partes.

En primer lugar, no es verdad que en ningún Lager haya habido rebeliones. Han sido descritas muchas veces, con abundancia de detalles, las rebeliones de Treblinka, de Sobibór, de Birkenau; otras se produjeron en campos menores. Fueron empresas extremadamente audaces, dignas del más profundo respeto, pero ninguna de ellas terminó en victoria, si por victoria se entiende la liberación del campo. Habría sido insensato apuntar a semejante objetivo: la superioridad de las tropas de guardia era tal que habría conducido al fracaso en pocos minutos, puesto que los insurgentes estaban prácticamente desarmados. Su finalidad efectiva era la de estropear o destruir las instalaciones mortíferas, y propiciar la fuga del pequeño núcleo de los insurgentes, lo que a veces (por ejemplo en Treblinka, aunque sólo en parte) sucedió. En una fuga en masa no se pensó nunca: habría sido una empresa loca. ¿Qué sentido, qué utilidad habría tenido abrir las puertas a millares de individuos capaces apenas de arrastrarse, y a otros que no habrían sabido dónde, en país enemigo, ir a buscarse un refugio?

Pero, en cualquier caso, hubo insurrecciones; fueron preparadas con inteligencia e increíble valor por minorías decididas y todavía indemnes físicamente. Costaron un precio espantoso en términos de vidas humanas y de sufrimientos colectivos infligidos a título de represalia, pero sirvieron y sirven para demostrar que es falso afirmar que los prisioneros de los Lager alemanes no intentaron nunca rebelarse. En la intención de los insurgentes, debían conducir hacia un resultado más concreto: poner en conocimiento del mundo libre el terrible secreto de la matanza. En efecto, los pocos que tuvieron éxito, y que después de otras extenuantes peripecias pudieron tener acceso a los órganos de información, hablaron: pero, como he dicho en la introducción, nunca fueron escuchados ni creídos. Las verdades incómodas tienen que recorrer un difícil camino.

En segundo lugar, al igual que la ecuación prisión-fuga, la ecuación opresión-rebelión es un estereotipo. No quiero decir que no sea válida nunca: digo que no siempre es válido. La historia de las rebeliones, es decir, las revueltas desde abajo, de los «muchos oprimidos» contras los «pocos poderosos», es tan vieja como la historia de la humanidad y tan variada y trágica como ella. Ha habido unas pocas rebeliones victoriosas, muchas han sido derrotadas, otras innumerables, han sido sofocadas apenas empezadas, tan precozmente que no han dejado huellas en las crónicas. Las variables en juego son muchas: la fuerza numérica, militar e ideológica de los rebeldes y, correlativamente, de la autoridad desafiada, las relativas cohesiones o divisiones internas, las ayudas exteriores a los unos y a la otra, la habilidad, el carisma o el espíritu demoníaco de los jefes, la suerte. Sin embargo, en cualquier caso, se observa que a la cabeza del movimiento no figuran nunca los individuos más oprimidos: de ordinario, también, las revoluciones son guiadas por jefes audaces e inaprensivos que se lanzan al combate por generosidad (o quizá por ambición), incluso teniendo la posibilidad de vivir personalmente una vida segura y tranquila, y hasta puede que privilegiada. La imagen, tan frecuentemente representada en los monumentos, del esclavo que rompe sus pesadas ataduras son más ligeras y más flojas.

El hecho no puede asombrar. Un jefe debe ser eficiente: debe poseer fuerza moral y física, y la opresión, si traspasa cierto límite, deteriora a la una y a la otra. Para suscitar la cólera y la indignación, que son los motores de todas las verdaderas rebeliones (las de debajo, para entendernos: no por cierto los *putsch* ni las «revoluciones de palacio») es preciso que la opresión exista, pero que sea de magnitud modesta, ejercida con escasa eficiencia. La opresión en los Lager era de extremada magnitud, y era efectuada con la conocida, y en otros asuntos encomiable, eficiencia alemana. El prisionero típico, el que constituía el nervio del campo, se hallaba en los límites del agotamiento: hambriento, debilitado, cubierto de llagas (especialmente en los pies: era un hombre «impedido» en el sentido original de la palabra. ¡No era un detalle secundario!) y, en consecuencia, profundamente envilecido. Era un hombre-andrajo, y con los andrajos, como sabía bien Marx, no se hacen las revoluciones en el mundo real, sino sólo en el de la retórica literaria o cinematográfica. Todas las revoluciones, las que han cambiado el rumbo de la historia del mundo y las minúsculas de las cuales nos ocupamos aquí, han sido dirigidas por personajes que conocían bien la opresión, pero no en sus carnes. La rebelión de Birkenau a la cual me he referido fue desencadenada por el Kommando Especial que trabajaba en los crematorios: eran hombres desesperados y exasperados, pero bien alimentados, vestidos y calzados. La rebelión del *ghetto* de Varsovia fue una empresa digna de la más reverente admiración, fue la primera «resistencia» europea, y la única realizada sin la mínima esperanza de victoria o de salvación; pero fue obra de una élite política que, justamente, se había reservado ciertos privilegios fundamentales con objeto de conservar su fuerza. Voy a la tercera variante de la pregunta: ¿por qué no os habéis escapado «antes»? ¿Antes que las fronteras se cerrasen? ¿Antes de que saltase la trampa? También debo recordar aquí que muchas personas amenazadas por el nazismo y por el fanatismo se fueron «antes». Eran exiliados propiamente políticos, o también intelectuales mal vistos por ambos regímenes: millares de nombres, muchos de ellos oscuros, algunos ilustres, como Togliatti, Nenni, Saragat, Salvemini, Fermi, Emilio Segré, la Meitner, Arnaldo Momigliano, Thomas y Heinrich Mann, Arnold y Stefan Zweig, Brecht, y tantos otros; no todos volvieron, y fue una hemorragia que desangró a Europa, quizá de manera irremediable. Su emigración (a Inglaterra, Estados Unidos, Sudamérica, la Unión Soviética, pero también a Bélgica, Holanda, Francia, donde la marea nazi los

encontraría pocos años después: éramos, y somos todos, ciegos para el futuro) no fue una fuga ni una deserción, sino una natural reunión con aliados potenciales o reales en ciudades desde las que podían reanudar su lucha o su actividad creadora.

Sin embargo, es verdad que la mayor parte de las familias amenazadas (en primer lugar los judíos) se quedaron en Italia y en Alemania. Preguntarse y preguntar el porqué es una señal de la concepción estereotipada y anacrónica de la historia; más sencillamente, de una difusa ignorancia y falta de memoria que tiende a crecer con el distanciamiento de los hechos en el tiempo. La Europa de 1930-1940 no era la Europa de hoy. Emigrar es doloroso siempre; entonces era todavía más difícil y más costoso que hoy. Para hacerlo, se necesitaba no sólo mucho dinero, sino también una «cabeza de puente» en el país de destino: parientes o amigos dispuestos a ofrecer seguridades y en ocasiones hospitalidad. Muchos italianos, sobre todo campesinos, habían emigrado en los decenios anteriores, pero habían sido empujados por la miseria y por el hambre, y tenían una cabeza de puente o creían tenerla; con frecuencia habían sido invitados y bien acogidos porque, en los lugares de destino, la mano de obra escaseaba; con todo, para ellos y para sus familias, dejar la tierra había sido una decisión traumática.

«Patria»: no será inútil detenerse en la palabra. Se sitúa ostensiblemente fuera del lenguaje hablado; ningún italiano dirá nunca, si no es bromeando, «tomo el tren y vuelvo a mi patria». Es una acuñación reciente y no tiene un sentido unívoco; no tiene un equivalente exacto en otras lenguas diferentes del italiano; no aparece, que yo sepa, en ninguno de nuestros dialectos (y éste es un signo de su origen docto y de su abstracción intrínseca), ni en Italia ha tenido nunca el mismo significado. En realidad, según las épocas, ha indicado entidades geográficas de diferente extensión, desde el pueblo en que se ha nacido y (etimológicamente) donde han vivido nuestros padres, hasta, después del Risorgimento, a toda la nación. En otros países equivale poco más o menos al hogar, o al sitio de nacimiento; en Francia (y a veces también entre nosotros) el término ha adquirido una connotación al mismo tiempo dramática, polémica y retórica: la *Patrie* es tal cuando es amenazada o desconocida.

Para quien se aleja, el concepto de patria se vuelve doloroso y al mismo tiempo tiende a palidecer; ya Pascoli, habiéndose alejado (aunque no mucho) de su Romagna, «dulce, país», suspiraba «yo, para mí la patria es donde se vive». Para Lucia Mondella, la patria se identificaba visiblemente con las «cimas desiguales» de sus montes que surgen de las aguas del lago de Como. Por el contrario, en países y en tiempos muy agitados, como Estados Unidos y la Unión Soviética, de patria no se habla sino en términos político-burocráticos: ¿cuál es el hogar, cuál «la tierra de los padres» de esos ciudadanos en eterno traslado? Muchos de ellos no lo saben ni les preocupa.

Pero la Europa de la década de los treinta era muy diferente. Ya industrializada, era todavía profundamente campesina, o establemente urbanizada. El «extranjero», para la enorme mayoría de la población, era un escenario lejano y difuso, sobre todo para la clase media, menos espoleada por la necesidad. Frente a la amenaza hitleriana, la mayor parte de los judíos nativos en Italia, en Francia, en Polonia, en la misma Alemania, prefirió quedarse en la que sentían como su «patria», por motivos semejantes, aunque con matices diferentes de un lugar a otro.

Fue común a todos la dificultad organizativa de la emigración. Eran tiempos de graves tensiones internacionales: las fronteras europeas, hoy casi inexistentes, estaban prácticamente cerradas, Inglaterra y América admitían cuotas de emigración extremadamente reducidas. Sin embargo, sobre esta dificultad prevalecía otra de naturaleza interior, psicológica. Este pueblo, o ciudad, o región, o nación, es el mío, aquí he nacido, aquí duermen mis antepasados. Hablo su lengua, he adoptado sus costumbres y su cultura; quizás he contribuido a esta cultura. He pagado sus tributos, he observado sus leyes. He combatido en sus batallas, sin preocuparme de que fuesen justas o injustas: he arriesgado mi vida por sus fronteras, algunos amigos o parientes míos yacen en los cementerios militares, yo mismo, en obsequio de la retórica usual, me he declarado dispuesto a morir por la patria. No puedo tomarla o dejarla: si muero, moriré «en la patria», será mi manera de morir «por la patria».

Es obvio que esta moral, sedentaria y casera más que activamente patriótica, no se habría sostenido si el judaísmo europeo hubiese podido prever el futuro. No es que faltasen los síntomas

premonitorios de la catástrofe: desde sus primeros libros y discursos, Hitler había hablado claro, los judíos (no sólo los alemanes) eran parásitos de la humanidad y debían ser eliminados como se eliminan los insectos nocivos. Pero, precisamente, las deducciones inquietantes tienen una vida difícil: ni siquiera las incursiones de los sectarios nazis (y fascistas) de casa en casa, fueron reconocidas como señales, se encontró la manera de ignorar el peligro, de elaborar esas verdades útiles de las cuales he hablado en las primeras páginas de este libro.

Esto sucedió en mayor medida en Alemania que en Italia. Los judíos alemanes eran casi todos burgueses y eran alemanes: como sus casi compatriotas «arios», amaban la ley y el orden, y no sólo no preveían, sino que eran orgánicamente incapaces de concebir un terrorismo de Estado, incluso cuando lo tenían a su alrededor. Hay un famoso y densísimo verso de Christian Morgenstern, extraño poeta bávaro (no judío, a pesar de su apellido), que viene aquí al caso, aunque haya sido escrito en 1910, en la Alemania limpia, proba y legalista descrita por J. K. Jerome en *Tres vagabundos*. Un verso tan alemán y tan significativo que se ha convertido en proverbio, y que no puede ser traducido al italiano sino mediante una torpe perífrasis:

Nicht sein kann, was nicht sein darf.

Es la matriz de una poesía emblemática: Palmström, un ciudadano alemán subordinado al orden establecido, es atropellado por un coche en una calle en la que ha sido prohibida la circulación. Se levanta maltrecho y piensa: si la circulación está prohibida, los vehículos no pueden circular, *es decir*, no circulan. *Ergo* el atropello no puede haber ocurrido: es una «realidad imposible», una *Unmögliche Tatsache* (ese es el título de la poesía). Debe haberlo soñado porque, «no pueden existir las cosas cuya existencia no es legal».

Hay que desconfiar de los juicios a posteriori y de los estereotipos. En términos generales, hay que sospechar del error que consiste en juzgar épocas y lugares lejanos con la medida prevaleciente en el hoy y el ahora: un error tanto más difícil de evitar cuanto mayor sea la distancia en el espacio y en el tiempo. Ese es el motivo por el cual, para quienes no somos especialistas, es tan difícil la comprensión de los textos bíblicos y homéricos, incluso de los clásicos griegos y latinos. Muchos europeos de entonces, y no sólo europeos ni sólo de entonces, se comportaron y se comportan como Palmström, negando la existencia de las cosas que no debían existir. Según el sentido común, que tan acertadamente Manzoni distinguía del «buen sentido», el hombre amenazado se protege, resiste o huye; pero muchas amenazas de entonces, que hoy nos parecen evidentes, en aquel momento estaban veladas por una deseada incredulidad, por el rechazo, por las verdades consoladoras, catalíticas, generosamente intercambiadas.

Aquí se plantea la pregunta de rigor, una contrapregunta: ¿Con qué seguridad vivimos nosotros, los hombres del fin del siglo y del milenio y, en especial, nosotros los europeos? Nos han dicho, y no hay por qué dudarlo, que por cada ser humano del planeta hay almacenada una cantidad de explosivo nuclear igual a tres o cuatro toneladas de tritil; si se usase sólo el uno por ciento de esa cantidad, se producirían inmediatamente decenas de millones de muertos y daños genéticos espantosos para toda la especie humana, incluso para toda la vida terrestre con excepción, tal vez, de los insectos. También es probable, por lo demás, que una tercera guerra generalizada, aunque fuese convencional, aunque fuese parcial, se librase en nuestro territorio, entre el Atlántico y los Urales, entre el Mediterráneo y el Ártico. La amenaza es distinta de la de la década de los treinta: menos próxima pero más vasta; ligada, de acuerdo con algunos, a un demonismo de la historia, nuevo, todavía indescifrable, pero desligada (hasta ahora) del demonismo humano. Y dirigida contra todos, por consiguiente particularmente «inútil».

¿Y entonces? Los miedos de hoy ¿están mejor o peor fundados que los de entonces? Somos tan ciegos ante el futuro como nuestros padres. Los suizos y los suecos tienen refugios antinucleares, pero ¿qué se encontrarán cuando salgan al aire libre? Existe la Polinesia, Nueva Zelanda, Tierra del Fuego, la Antártida, que tal vez queden indemnes. Tener un pasaporte y un visado de entrada es ahora mucho más fácil de lo que lo era entonces: ¿por qué no nos vamos, por qué no salimos de nuestro país, por qué no huimos «antes»?

VIII. Cartas de alemanes

Si esto es un hombre es un libro de dimensiones modestas, pero, como un animal nómada, hace ya cuarenta años que va dejando tras de sí un rastro largo e intrincado. Se publicó por primera vez en 1947, con una tirada de 2.500 ejemplares que fueron muy bien acogidos por la crítica, pero que sólo se vendieron en parte: los 600 ejemplares que quedaron, depositados en Florencia en un almacén de libros no vendidos, se anegaron en las inundaciones del otoño de 1966. Después de diez años de «muerte aparente», volvió a la vida cuando lo aceptó el editor Einaudi en 1957. Muchas veces me he planteado una pregunta inútil: ¿qué hubiese pasado si el libro hubiera tenido una buena difusión de entrada? Tal vez nada de particular: es probable que yo hubiese continuado mi cansada vida de químico que se convertía los domingos en escritor (y ni siquiera todos los domingos); o quizá me hubiese deslumbrado y, quién sabe con qué fortuna, hubiera izado la bandera de escritor, de tamaño natural. La pregunta, como decía, es ociosa: el oficio de reconstruir un pasado hipotético, qué-habría-ocurrido, está tan desacreditado como el de adivinar el porvenir.

A pesar de su dudosa partida, el libro ha recorrido un largo camino. Se ha traducido a ocho o nueve lenguas, se han hecho adaptaciones radiofónicas y teatrales en Italia y en el extranjero, se ha comentado en innumerables escuelas. De su itinerario, una etapa ha tenido para mí una importancia fundamental: la de su traducción al alemán y su publicación en Alemania Federal. Cuando, hacia 1959, supe que un editor alemán (Fischer Bücherei) había comprado los derechos de traducción, me sentí invadido por una emoción violenta y extraña: la de haber ganado una batalla. He aquí que había escrito aquellas páginas sin pensar en un destinatario específico; eran cosas que tenía dentro, que me invadían y que tenía que sacar fuera de mí, decirlas, gritarlas sobre los tejados; pero quien grita sobre los tejados se dirige a todos y a ninguno, dama en el desierto. Con el anuncio de aquel contrato todo cambió y se me hizo claro: es verdad que había escrito el libro en italiano, para italianos, para nuestros hijos, para quienes no sabían, para quienes no querían saber, para quienes no habían nacido todavía, para quienes, queriendo o no, habían consentido aquel ultraje; pero sus verdaderos destinatarios, aquellos contra quienes el libro apuntaba como un arma, eran ellos, los alemanes. Ahora el arma estaba cargada.

Recordemos que desde Auschwitz habían pasado sólo quince años: los alemanes que me leerían serían «ellos», no sus herederos. De dominadores o de espectadores indiferentes, iban a convertirse en lectores: iba a obligarles, a sujetarlos ante un espejo. Había llegado el momento de echar cuentas, de poner las cartas boca arriba. Sobre todo, era el momento de diálogo. La venganza no me interesaba; me había sentido íntimamente satisfecho con la (simbólica, incompleta, parcial) sagrada representación de Nuremberg y me parecía bien que en las justísimas condenas hubiesen pensado otros, los profesionales. A mí me correspondía entender, comprender. No al puñado de los grandes culpables sino a ellos, al pueblo, a quienes había visto cerca, a aquellos entre los cuales se reclutaban los militantes de las SS, y también a los otros que habían creído, o que no creyendo se habían callado, que no habían tenido el mínimo valor de mirarnos a los ojos, de arrojarnos un pedazo de pan, de murmurar una palabra humana.

Me acuerdo muy bien de aquel tipo y de aquel clima, y creo poder juzgar a los alemanes de entonces sin prejuicios y sin cólera. Casi todos, aunque no todos, habían sido sordos, ciegos y mudos: una masa de «inválidos» en torno de un núcleo de fieras. Casi todos, aunque no todos, habían sido viles. Precisamente aquí, y con alivio, y para demostrar cuán lejos están en mí los juicios globales, querría contar un episodio: fue excepcional, pero ocurrió.

En noviembre de 1944, estábamos trabajando, en Auschwitz; yo, con dos compañeros, estaba en el laboratorio químico que en su momento he descrito. Se oyó la alarma aérea e inmediatamente después aparecieron los bombarderos: eran centenares, se preparaba una incursión monstruosa. En el terreno del tajo había algunos grandes bunker, pero eran para los alemanes y a nosotros nos estaban prohibidos. Para nosotros eran suficientes los terrenos sin cultivar, ya cubiertos de nieve,

que estaban dentro del recinto. Todos, prisioneros y civiles, nos precipitamos por las escaleras hacia nuestros respectivos destinos, pero el jefe del laboratorio, un técnico alemán, nos detuvo a los *Häftlinge-químicos*: «Vosotros tres veniros conmigo». Estupefactos, le seguimos en su carrera hacia el bunker, pero en su umbral había un guardia armado, con la esvástica en el brazalete. Le dijo: «Usted entra; los demás, fuera inmediatamente». El jefe contestó: «Vienen conmigo: o todos o ninguno», e intentó forzar el paso; siguió una lucha entre ellos. Es verdad que el guardia habría llevado la mejor parte, porque era muy robusto, pero por suerte para todos sonó la señal de alto a la alarma: la incursión no era contra nosotros, los aviones habían seguido hacia el norte. Si (¡otro sí! ¿pero cómo resistirse a la fascinación de los caminos que se bifurcan?), si los alemanes anómalos, capaces de este modesto valor, hubieran sido más numerosos, la historia de entonces y la geografía de hoy hubiesen sido diferentes.

No me fiaba del editor alemán. Le escribí una carta casi insolente: le intimidaba a no quitar ni cambiar ninguna palabra del texto y le pedí que me mandara el manuscrito de la traducción en fascículos, capítulo por capítulo, a medida que fuera haciendo el trabajo; quería controlar su fidelidad, no sólo léxica, sino íntima. Junto con el primer capítulo, que encontré bastante bien traducido, me llegó una carta del traductor, en perfecto italiano. El editor le había enseñado mi carta: no tenía nada que temer, ni del editor ni mucho menos de él. Se presentaba: tenía mi misma edad, había estudiado en Italia unos cuantos años, además de traductor era un italianista, un estudioso de Goldoni. También él era un alemán anómalo. Lo habían llamado a filas pero el nazismo le repugnaba; en 1941 había fingido una enfermedad, lo habían internado en un hospital y luego había conseguido pasar la convalecencia fingida estudiando literatura italiana en la universidad de Padua. Luego había sido dado de alta, pero se había quedado en esa ciudad donde se había puesto en contacto con los grupos antifascistas de Concetto Marchesi, de Meneghetti y de Pighin.

En septiembre de 1943 había llegado el armisticio italiano y los alemanes, en dos días, habían ocupado militarmente la Italia del Norte. Mi traductor se había unido «naturalmente» a los partisanos paduanos de los grupos Justicia y Libertad que luchaban en las Colinas Euganeas contra los fascistas de Saló y contra sus compatriotas. No había tenido dudas, se sentía más italiano que alemán, más partisano que nazi, pero sabía bien a lo que se arriesgaba: fatigas, peligros, sospechas y penalidades; si fuese capturado por los alemanes (y había sido informado de que las SS estaban detrás de su rastro), una muerte atroz; además, en su país, el calificativo de desertor y posiblemente de traidor.

Cuando terminó la guerra se estableció en Berlín, que por entonces no había sido partida en dos por el muro, sino que estaba sometida a un complicadísimo régimen de condominio de los «Cuatro Grandes» (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia). Desde su aventura partisana en Italia era totalmente bilingüe: hablaba italiano sin rastro de acento extranjero. Hizo traducciones: primero Goldoni, porque le gustaba y porque conocía bien los dialectos vénetos; por el mismo motivo, el Ruzante de Agnolo Beolco, desconocido hasta entonces en Alemania; pero también autores italianos modernos: Collodi, Gadda, D'Arrigo, Pirandello. No era un trabajo bien pagado, o mejor dicho, él era demasiado escrupuloso, y por lo mismo demasiado lento para que su jornada laboral resultase justamente retribuida; pero nunca se decidió a buscar un empleo en una editorial. Por dos motivos: amaba la independencia y, además, de manera sutil, su pasado político pesaba sobre él. Nadie llegó a decírselo abiertamente, pero un desertor, aun en la Alemania superdemocrática de Bonn, o en el Berlín cuatripartito, era una persona «non grata».

Traducir *Si esto es un hombre* lo entusiasmaba: el libro armonizaba con él, confirmaba, fundamentaba por contraste su amor por la libertad y la justicia; traducirlo era una manera de seguir su lucha temeraria y solitaria contra su país extraviado. En aquel tiempo los dos estábamos demasiado ocupados para poder viajar y entre nosotros se desarrolló un intercambio frenético de cartas. Los dos éramos perfeccionistas: él, por hábito profesional; yo, porque aunque había encontrado un aliado, y un aliado valioso, temía que mi texto palideciese, perdiese vigor. Era la primera vez que entraba en la aventura, siempre inquietante aunque gratificadora, de ser traducido, de ver el

pensamiento propio manejado, refractado, la palabra propia pasada por la criba, transformada, o mal interpretada, o quizá potenciada por algún inesperado recurso en la nueva lengua.

Desde los primeros fragmentos pude constatar que mis sospechas políticas eran infundadas: mi compañero de equipo era tan enemigo de los nazis como yo, su indignación no era menor que la mía. Pero me quedaban las sospechas lingüísticas. Como he indicado en el capítulo dedicado a la comunicación, el alemán que necesitaba mi texto, especialmente en los diálogos y en las citas, era mucho más elemental que el suyo. Él, hombre de letras y de una educación refinada, conocía el alemán de los cuarteles (porque había tenido que hacer unos meses de servicio militar) pero ignoraba forzosamente la jerga degradada, con frecuencia satánicamente irónica, de los campos de concentración. Todas nuestras cartas contenían una lista de propuestas y de contrapropuestas, y a veces sobre un solo término se encendía una discusión encarnizada, como he descrito, por ejemplo aquí, en la página 79. El esquema de trabajo era el siguiente: yo le indicaba una tesis, la que me sugería la memoria acústica a que me he referido en su lugar; él me oponía la antítesis, «no es alemán, los lectores de hoy no lo entenderían»; yo objetaba que «allí se decía exactamente así; llegábamos, finalmente, a la síntesis; es decir, a un compromiso. La experiencia me ha enseñado después que traducción y compromiso son sinónimos, pero en aquel tiempo yo estaba impulsado por un escrúpulo de hiperrealismo; quería que en aquel libro, y especialmente en su versión alemana, no se perdiese nada de aquellas asperezas, de aquellas violencias hechas al lenguaje, que por lo demás me había esforzado en reproducir en el original italiano lo mejor posible. En cierto modo, no se trataba de una traducción sino más bien de una restauración: la suya era, o yo quería que fuese, una *restitutio in pristinum*, una retraducción a la lengua en la cual las cosas habían sucedido y a la cual le correspondían. Tenía que ser, más que un libro, una cinta magnetofónica.

El traductor lo entendió pronto y bien, y resultó una traducción excelente bajo todos los aspectos: su fidelidad podía juzgarla yo mismo, su nivel estilístico fue inmediatamente alabado por todos los críticos. Surgió la cuestión del prefacio: el editor Fischer me pidió que escribiese yo uno; primero dudé y luego rehusé. Experimentaba un pudor confuso, un rechazo, un bloqueo emotivo que entorpecía el flujo de las ideas al escribir. Se me pedía, en resumen, que añadiese al libro, es decir, al testimonio, una interpelación directa al pueblo alemán, es decir, una peroración, un sermón. Tendría que elevar el tono, subir al podio, de testigo convertirme en juez, en predicador; exponer teorías e interpretaciones de la historia; separar a los justos de los malvados; de la tercera persona pasar a la segunda. Todo eso eran tareas que superaban mis fuerzas, oficios que quería dejar a otros, tal vez a los mismos lectores, alemanes o no.

Le escribí al editor que no me sentía con fuerzas para escribir un prefacio que no fuese a desnaturalizar el libro, y le propuse una solución indirecta: que antepusiese al texto, en lugar de una introducción, un fragmento de la carta que en mayo de 1960, al final de nuestra laboriosa colaboración, había escrito al traductor para agradecerle su labor. Lo reproduzco aquí:

...Y por fin hemos terminado; estoy contento, satisfecho del resultado y agradecido a usted, a la vez que un tanto triste. Compréndame, es el único libro que he escrito, y ahora que hemos terminado de trasplantarlo al alemán me siento como un padre cuyo hijo ha llegado a ser mayor de edad, se va, y luego no puede ocuparse de él.

Pero no es esto sólo. Usted se habrá dado cuenta, con toda seguridad, de que el Lager ha sido para mí un suceso importante que me ha modificado profundamente, me ha otorgado la madurez y una razón para vivir. Es posible que sea presunción, pero he aquí que hoy, yo, el prisionero número 174 517, por mediación de usted puedo hablarle a los alemanes, recordarles lo que hicieron, y decirles: «Estoy vivo, y querría comprenderos para poder juzgaros».

Yo no creo que la vida del hombre tenga necesariamente un fin definido, pero si pienso en mi vida, y en los fines que hasta ahora me he fijado, sólo reconozco uno preciso y consciente, y es precisamente el de dar testimonio, hacerle oír mi voz al pueblo alemán, responder al *Kapo* que se limpiaba las manos en mis hombros, al doctor Pannwitz, a los que ajusticiaron al Último [se trata de personajes de *Si esto es un hombre*] y a sus descendientes.

Estoy seguro de que usted no me ha entendido mal. Nunca he cultivado el odio hacia el pueblo alemán y, si lo hubiese cultivado, ahora me habría curado, después de haberlo conocido a Usted. No comprendo, no puedo soportar que se juzgue a un hombre no por lo que es sino por el grupo del cual le ha tocado formar parte (...).

Sin embargo, no puedo decir que entienda a los alemanes: y algo que no puede entenderse resulta un vacío doloroso, una punzada, un aguijón permanente que pide ser satisfecho. Espero que este libro tenga algún eco en Alemania: no sólo por ambición, sino también porque la naturaleza de ese eco tal vez me permita comprender mejor a los alemanes, tranquilizar el aguijón.

El editor aceptó mi propuesta, a la que el traductor se había adherido con entusiasmo; por eso, esta página constituye la introducción de todas las ediciones alemanas de *Si esto es un hombre*: y se lee como parte integrante del texto. Me he dado cuenta de la «naturaleza» del eco al que se alude en las últimas líneas.

Se materializa en unas cuarenta cartas que los lectores alemanes me escribieron entre los años 1961-1964, es decir, a caballo de la crisis que condujo a la construcción de aquel Muro que sigue dividiendo en dos a Berlín y que constituye uno de los mayores motivos de conflicto del mundo de hoy: el único, junto al del Estrecho de Bering, por el cual los norteamericanos y los rusos se hayan enfrentados abiertamente. Todas estas cartas reflejan una lectura atenta del libro, pero todas contestan, tratan de contestar o niegan que pueda existir una respuesta a la pregunta implícita en la última frase de mi carta: *si es posible que pueda entenderse a los alemanes*. Otras tantas me han ido llegando poco a poco durante los años siguientes, coincidiendo con las reediciones del libro, pero más insípidas cuanto más recientes son: quienes escriben son ya los hijos y los nietos, no son ellos quienes han sufrido el trauma, no lo han vivido en primera persona. Expresan una solidaridad vaga, ignorancia y lejanía. Para ellos aquel pasado es realmente un pasado, algo de lo que han oído hablar. No son alemanes típicos: salvo excepciones, su escritura podría confundirse con las que sigo recibiendo de los italianos de su edad, por lo cual no los tendré en cuenta en esta reseña.

Las primeras cartas, las que tienen importancia, son casi todas de jóvenes (que dicen que lo son o que del texto se desprende que lo son), con excepción de una que me mandó en 1962 el doctor T. H. de Hamburgo, y que reseño primero porque tengo prisa en liberarme de ella. Traduzco los pasajes más sobresalientes, respetando su chabacanería:

Egregio doctor Levi:

Su libro es el primero entre todos los relatos de los sobrevivientes de Auschwitz que haya llegado a nuestro conocimiento. Nos ha conmovido profundamente a mi mujer y a mí. Ahora, ya que usted, después de todos los horrores que ha vivido, se dirige una vez más al pueblo alemán para «comprender», «para despertar un eco», voy a intentar darle una respuesta. Pero no será más que un eco: ¡nadie puede «entender» tales cosas! (...).

... de un hombre que no cree en Dios puede temerse todo: ¡no tiene freno, no tiene límite! Y pueden aplicársele las palabras del *Génesis*, 8,21: «Porque la intención del corazón humano es malvada desde la juventud», modernamente explicadas y demostradas por los tremendos descubrimientos del psicoanálisis de Freud en el terreno del inconsciente, que usted con toda seguridad conoce. En todos los tiempos se ha desencadenado el Diablo, sin freno, sin sentido: persecuciones de los judíos y de los cristianos, exterminios de pueblos enteros en América del Sur, de indios en América del Norte, de los godos en Italia bajo Narsés, persecuciones horribles y matanzas en el transcurso de las revoluciones francesa y rusa. ¿Quién podría «entender» todo eso?

Usted, sin embargo, espera una contestación concreta a la pregunta de por qué Hitler llegó al poder y por qué a continuación nosotros no nos sacudimos su yugo. Ahora bien, en 1933 (...) todos los partidos moderados desaparecieron y no quedó más que la elección entre Hitler

y Stalin, el Nacionalsocialismo y el Comunismo, de fuerzas casi iguales. A los comunistas los conocíamos por las distintas grandes revoluciones ocurridas después de la Primera guerra. Hitler nos hacía desconfiar, es cierto, pero parecía un mal menor. No nos dimos cuenta al principio de que todas sus grandes palabras eran mentira y traición. En política exterior conseguía un éxito tras otro; todos los Estados mantenían relaciones diplomáticas con él, y el primero en firmar un concordato con él fue el Papa. ¿Quién podía sospechar que estábamos cabalgando (*sic*) a un criminal y un traidor? Y, sin embargo, a los que son traicionados no se los puede culpar.

Y ahora la cuestión más difícil, su odio insensato contra los judíos: pues bien, ese odio nunca fue popular. Alemania se contaba entre los países más amigos de los judíos del mundo entero. Nunca, por lo que he oído y leído, durante toda la época hitleriana del principio al fin, nunca se ha sabido de un caso espontáneo de ataque a los judíos o de agresión. Por el contrario, siempre de intentos (peligrosísimos) de ayudarles.

Llego ahora a la segunda cuestión. La rebelión en un Estado totalitario es imposible. El mundo entero, en su momento, no ha podido ayudar a Hungría de ninguna manera (...). Mucho menos podíamos resistir nosotros solos. No hay que olvidar que, después de todas las luchas de resistencia, sólo el día 20 de julio de 1944 millares y millares de oficiales fueron ajusticiados. Ya no se trataba de «una pequeña camarilla», como dijo Hitler después.

Querido doctor Levi (me permito llamarle así, porque quien ha leído su libro no puede sino quererlo), no encuentro excusas, no encuentro explicaciones. La culpa pesa gravemente sobre mi pobre pueblo traicionado y descarriado. Alégrese con la vida que le ha sido devuelta, con la paz y con su hermosa Patria, que yo también conozco. También en mi biblioteca están Dante y Bocaccio.

Su devotísimo T. H.

A esta carta, probablemente a escondidas de su marido, la señora H. había añadido las siguientes líneas lacónicas, que traduzco literalmente:

Cuando un pueblo reconoce demasiado tarde que se ha convertido en prisionero del diablo se producen distintas alteraciones psíquicas.

1) Aparece todo lo malo que hay en el hombre. Los resultados son Pannwitz, y los *Kapos* que se limpian la mano en los hombros de los indefensos.

2) De eso resulta, por el contrario, también la resistencia activa contra la injusticia, que se sacrificó a sí misma y a su familia (*sic*) al martirio, pero sin éxito aparente.

3) Queda la gran masa de quienes, para salvar su propia vida, se callan y abandonan al hermano en peligro.

Esto lo reconocemos como culpa nuestra ante Dios y ante los hombres.

Frecuentemente he pensado en estos dos extraños cónyuges. El, me parece un ejemplar típico de la gran mayoría de la burguesía alemana: un nazi no fanático pero sí oportunista, que se arrepiente cuando es oportuno que se arrepienta, tan estúpido como se requiere para pretender hacerme creer su versión simplificada de la historia reciente, y para utilizar el recurso de la represalia retroactiva de Narsés y de los godos. Ella, un poco menos hipócrita que su marido, pero más beata.

Les contesté con una larga carta, quizá la única encolerizada que yo haya escrito jamás. Que ninguna Iglesia tiene indulgencia para quienes siguen al Diablo, ni admite como justificación atribuir al Diablo los propios pecados. Que de las culpas y los errores debe responderse por sí mismo, pues de otra manera toda huella de civilización desaparecería de la faz de la Tierra, como había desaparecido del Tercer Reich. Que sus datos electorales estaban bien para un niño: en las elecciones políticas de noviembre de 1932, las últimas libres, los nazis habían obtenido 196 escaños en el Reichstag, pero cerca de los comunistas, con 100 escaños, y de los socialdemócratas, que no

eran extremistas ni mucho menos, odiados también por Stalin, y que habían tenido 121. Que, sobre todo, en *mi* estantería, junto a Dante y Bocaccio, tengo *Mein Kampf*, «Mi lucha», escrito por Hitler muchos años antes de llegar al poder. Que este hombre funesto no era un traidor. Era un fanático coherente, de ideas extraordinariamente claras: nunca las había cambiado ni escondido. Quien le había votado había votado por sus ideas. En su libro no falta ni la sangre ni el suelo patrio, el espacio vital, el judío como enemigo eterno, los alemanes que representan «la mejor humanidad sobre la Tierra», los demás países considerados directamente como instrumentos para el dominio del pueblo alemán. No se trataba de «grandes palabras»; tal vez Hitler dijese otras, pero éstas no las desmintió nunca.

En cuanto a los resistentes alemanes, hay que rendirles honor, pero verdaderamente los conjurados del 20 de julio de 1944 se habían puesto en acción demasiado tarde. Para terminar, escribí:

Su afirmación más audaz es la que se refiere a la impopularidad del antisemitismo en Alemania. Fue el fundamento del verbo nazi, desde sus principios: era de naturaleza mística, los judíos no podían ser el «pueblo elegido por Dios» puesto que lo eran los alemanes. No hay página ni discurso de Hitler donde el odio a los judíos no sea remachado hasta la saciedad. No era marginal al nazismo: era su centro ideológico. Y además, ¿cómo pudo el pueblo «más amigo de los judíos» votar a su partido, y alabar al hombre que definía a los judíos como los primeros enemigos de Alemania, y como objetivo de su política tenía el de «destruir la hidra judaica»?

En cuanto a las ofensas y a las agresiones espontáneas, su misma frase resulta ofensiva. Ante los millones de muertos, me parece ocioso y odioso discutir si se trató o no de agresiones espontáneas: por lo demás, los alemanes están poco inclinados a la espontaneidad. Pero puedo recordarle que nada obligaba a los industriales alemanes a servirse de esclavos hambrientos más que su propio provecho; que nadie obligó a la sociedad Topf (hoy floreciente en Wiesbaden) a construir los enormes crematorios múltiples de los Lager; que puede que a los SS se les ordenase que mataran a los judíos, pero que el enrolamiento en las SS era voluntario; que yo mismo encontré en Katowice, después de la liberación, montones de paquetes impresos en los cuales se autorizaba a los padres de familia alemanes a retirar gratis vestidos y zapatos de adultos y de *niños* de los alemanes de Auschwitz; ¿es que nadie se preguntaba de dónde procedían tantos zapatos de niños? ¿Y nunca ha oído hablar de una Noche de los Cristales? ¿O cree que todos los crímenes cometidos aquella noche fueron impuestos por la ley?

Que hubo intentos de ayuda, lo sé, y sé que eran peligrosos; también sé, por haber vivido en Italia, que «no hay posibilidad de rebelión en un Estado totalitario»; pero también sé que hay mil maneras, mucho menos peligrosas, de manifestar la solidaridad propia para con el oprimido, y que fueron frecuentes en Italia, incluso luego de la dominación alemana, mientras que en la Alemania de Hitler muy raramente se ponían en práctica.

El resto de las cartas son muy distintas: pintan un mundo mejor. Sin embargo, debo recordar que, aun con la mejor voluntad de perdón del mundo, no se pueden considerar una «muestra representativa» del pueblo alemán de entonces. En primer lugar, de aquel libro se imprimieron algunas decenas de millares de ejemplares y fue leído, por consiguiente, por tal vez el uno por mil de los ciudadanos de la República Federal: unos pocos lo comprarían por casualidad, los demás porque de alguna manera estaban predispuestos a sufrir el impacto de los hechos, sensibilizados, permeables. De esos lectores, sólo unos cuarenta, como he indicado, se decidieron a escribirme.

Durante cuarenta años de ejercicio me he familiarizado con ese personaje singular que es el lector que escribe al autor. Puede pertenecer a dos constelaciones diferentes: la agradecida o la enojada: los casos intermedios son raros. Los primeros reconfortan y enseñan. Han leído el libro con atención, generalmente más de una vez; lo han amado y comprendido, a veces mejor que el mismo autor; se declaran enriquecidos; exponen su opinión con nitidez, a veces sus críticas; dan las

gracias al escritor por su obra; con frecuencia lo exoneran explícitamente de una respuesta. Los segundos cansan y hacen perder el tiempo. Se exhiben, ostentan sus méritos; casi siempre tienen manuscritos en el cajón, y se transparenta su intención de trepar por el libro y por el autor como hace la hiedra por los troncos de los árboles; y también hay niños o adolescentes que escriben por una bravata, por una apuesta, por conseguir un autógrafo. Mis cuarenta corresponsales alemanes a quienes dedico con agradecimiento estas páginas, pertenecen todos (salvo el señor T. H. ya citado, que es un caso único) a la primera constelación.

L. I. es bibliotecaria en Westfalia; confiesa haber tenido la tentación violenta de cerrar el libro a mitad de su lectura «para sustraerse a las imágenes que se evocan en él», pero haberse avergonzado enseguida de aquel impulso egoísta y vil. Escribe:

En el prefacio, usted expresa el deseo de entendernos a los alemanes. Debe usted creernos cuando le decimos que nosotros mismos no podemos concebirnos ni cuanto hemos hecho. Somos culpables. Yo nací en 1922, crecí en la Alta Silesia, no lejos de Auschwitz, pero en aquel tiempo, la verdad es que no me enteré de ninguna (le ruego que no considere esta afirmación como cómoda excusa, sino meramente un dato) de las cosas que estaban sucediendo a muy pocos kilómetros de nosotros. Y sin embargo, hasta que estalló la guerra, me había encontrado a veces en distintos lugares a personas que llevaban la estrella judía, y no las acogí en mi casa, no las hospedé como hubiese hecho con otras personas, nunca intervine a su favor. Éste es mi pecado. Sólo puedo convivir con esta terrible ligereza, vileza y egoísmo míos contando con el perdón cristiano de los pecados.

Dice, además, que forma parte de *Aktion Sühnezeichen* («Acción expiatoria»), una asociación evangélica de jóvenes que pasan las vacaciones en el extranjero, reconstruyendo las ciudades más destruidas por la guerra alemana (ella ha estado en Coventry). No dice nada de sus padres, y es un síntoma claro: o lo sabían y no lo hablaron con ella, o no lo sabían y, por consiguiente, no habían hablado con los que «allí» lo sabían: los ferroviarios de los convoyes militares, los almaceneros, los millares de trabajadores alemanes de las fábricas y las minas donde se mataban trabajando los obreros-esclavos, cualquiera que, en resumen, no se tapase los ojos con las manos. Lo repito: la verdadera culpa, colectiva, general, de casi todos los alemanes de entonces fue la de no haber tenido el valor de hablar.

M. S., de Francfort, no dice nada de él y busca cautamente distinciones y justificaciones: eso también es todo un síntoma:

...Usted dice que no entiende a los alemanes (...). Como alemán, sensible al horror y a la vergüenza, y que hasta el final de sus días será consciente de que el horror ha sido provocado por las manos de sus compatriotas, me siento emplazado por sus palabras y quiero responder a ellas.

Tampoco yo entiendo a los hombres como aquel *Kapo* que se limpió la mano sobre su hombro, como Pannwitz, como Eichmann, y como todos los otros que cumplieron órdenes inhumanas sin darse cuenta de que es imposible eludir la responsabilidad propia escondiéndose tras la ajena. De que en Alemania haya habido tantos ejecutores materiales de un sistema criminal, y de que todo ello haya podido ocurrir precisamente gracias al elevado número de personas dispuestas a hacerlo, de todo ello ¿quién, como alemán, podría no experimentar aflicción?

Pero ¿son ellos «los alemanes»? ¿Es lícito, en cualquier caso, hablar de una entidad unitaria «de los alemanes», «de los ingleses», «de los italianos» o «de los judíos»? Usted ha hablado de excepciones de alemanes a quienes no comprende (...); le agradezco esas palabras, pero le ruego que recuerde que innumerables alemanes han sufrido y han muerto en la lucha contra la iniquidad (...).

Querría, con todo mi corazón, que muchos de mis compatriotas leyesen su libro, para que

los alemanes no nos volvamos perezosos e indiferentes sino que, por el contrario, permanezca despierta en nosotros la consciencia de cuán bajo puede caer un hombre que se convierte en torturador de sus semejantes. Si ello sucede, su libro podrá contribuir a que todo esto no vuelva a repetirse.

A M. S. le contesté con perplejidad, con la misma perplejidad, por otra parte, que he experimentado al contestar a todos estos interlocutores tan corteses y tan civilizados, miembros del pueblo que ha exterminado al mío (y a muchos otros). Se trata, en resumen, del embarazo que sienten los perros estudiados por los neurólogos, que están condicionados a reaccionar de determinada manera ante un círculo y de otra ante un cuadrado; cuando el cuadrado se va haciendo redondo y empieza a parecerse a un círculo, los perros no reaccionan o dan señales de neurosis. Le escribí, entre otras cosas:

Estoy de acuerdo con usted: es peligroso, es ilícito, hablar de «los alemanes» o de cualquier otro pueblo, como de una entidad unitaria, no diferenciada, y meter a todos los individuos en el mismo saco. Sin embargo, no creo que se pueda negar que existe un espíritu de cada pueblo (o no sería un pueblo); una *Deutschtum*, una italianidad, una hispanidad: son una suma de tradiciones, de costumbres, de historia, de lengua, de cultura.

Quien no siente dentro de sí ese espíritu, que es nacional en el mejor sentido de la palabra, no sólo no pertenece totalmente a su pueblo, sino que ni siquiera está inserto en la civilización humana. Por lo cual, si considero insensato el silogismo de que «todos los italianos son apasionados; tú eres italiano; por lo tanto, eres apasionado», creo, por el contrario, lícito, dentro de ciertos límites, esperar de los italianos en conjunto, o de los alemanes, etcétera, un determinado comportamiento colectivo en lugar de otro. Habrá ciertamente excepciones individuales, pero, a mi parecer, es posible una previsión prudente y probabilística (...).

Seré sincero con usted: en la generación que ha pasado de los 45 años, ¿cuántos alemanes hay verdaderamente conscientes de lo que ha ocurrido en Europa en nombre de Alemania? A juzgar por el resultado desconcertante de algunos procesos, me temo que sean pocos: junto a voces afligidas y piadosas oigo otras discordantes, estridentes, demasiado orgullosas del poder y la riqueza de la Alemania de hoy.

I. J., de Stuttgart, es asistente social. Me dice:

Que haya podido usted hacer que de sus escritos no desborde un odio irremisible contra los alemanes es verdaderamente un milagro, y debe provocarnos vergüenza. Querría agradecerle esto. Hay muchos todavía entre nosotros que se niegan a creer que los alemanes hayamos cometido realmente tantos horrores inhumanos contra el pueblo judío. Naturalmente, esta negación procede de muchos motivos diversos, y tal vez sólo del hecho de que la inteligencia del ciudadano medio no acepta pensar que sea posible una maldad tan profunda entre nosotros, «cristianos occidentales».

Está bien que su libro se haya publicado aquí, y que pueda iluminar a muchos jóvenes. También podría ponerse en manos de algunos ancianos; pero, para hacerlo, en nuestra «Alemania durmiente», se necesita mucho valor cívico.

Le contesté:

... que yo no experimente odio contra los alemanes asombra a muchos, y no debería hacerlo. En realidad, comprendo el odio, pero sólo «ad personam». Si yo fuera un juez, aun reprimiendo el odio que pudiese sentir en mí, no dudaría en infligir las penas más graves, y hasta la muerte, a los muchos culpables que todavía hoy viven sin que nadie les moleste en tierras de Alemania, o en otros países de hospitalidad sospechosa; pero sentiría horror de que un solo inocente fuese a ser castigado por un pecado no cometido.

W. A., médico, escribe desde Wurtemberg:

Para nosotros, los alemanes, que llevamos la pesada carga de nuestro pasado y (bien lo sabe Dios) de nuestro porvenir, su libro es más que un relato conmovedor: es una ayuda. Es una orientación, por la que le doy las gracias. No puedo decir nada en disculpa nuestra; y no creo que la culpa (*¡esta culpa!*) pueda borrarse con facilidad (...). Por mucho que yo trate de apartarme del mal espíritu del pasado, sigo siendo miembro de este pueblo, que amo y que en el transcurso de los siglos ha parido obras de noble paz en la misma medida que otras llenas de demoníaco peligro. En esta convergencia de todas las épocas de nuestra historia, yo soy consciente de estar implicado en la grandeza y en la culpa de mi pueblo. Por ello estoy ante usted como un cómplice de quien violentó su destino y el de su pueblo.

W. G. nació en 1935, en Bremen; es historiador y sociólogo, militante del partido socialdemócrata:

Al terminar la guerra era todavía un niño; no puedo echarme encima ninguna culpa por los espantosos crímenes cometidos por los alemanes; sin embargo, me avergüenzan. Odio a los criminales que les hicieron sufrir a usted y a sus compañeros, y odio a sus cómplices, muchos de los cuales están todavía vivos. Usted dice que no puede comprender a los alemanes. Si quiere decir a los carniceros y a sus ayudantes, tampoco yo puedo comprenderlos: pero espero tener fuerza para combatirlos si apareciesen otra vez en la escena de la historia. He dicho «vergüenza»: lo que quería era expresar el sentimiento de que cuanto fue perpetrado entonces por mano alemana no debería haber ocurrido, ni nunca debería haber sido aprobado por los demás alemanes.

Con H. L., bávara y estudiante, las cosas se complicaron. Me escribió por primera vez en 1962; su carta era especialmente vivaz, libre de la tristeza plúmbea que caracteriza casi todas las demás, aun las mejor intencionadas. Decía que pensaba que yo esperaba un eco de las personas importantes, oficiales, no de una muchacha, pero «siente que le corresponde hablar, como heredera y cómplice». Está contenta de la educación que le dan en la escuela, y de cuanto le han enseñado sobre la historia reciente de su país, pero no está segura de que «algún día la falta de medida que es propia de los alemanes no estalle otra vez, bajo otras ropas y dirigida a otros fines». Deplora que sus coetáneos rechacen la política «como algo sucio». Se rebeló, de manera «violenta y descortés» contra un cura que hablaba mal de los judíos, y contra su profesora de ruso, una rusa que atribuía a los judíos la culpa de la revolución de octubre, y que consideraba la carnicería hitleriana como un castigo justo. En aquel momento, experimentó «una vergüenza indecible» de pertenecer al pueblo más bárbaro del mundo». Y «fuera de cualquier misticismo o superstición» está convencida de que «los alemanes no escaparemos al justo castigo por lo que hemos hecho». Se siente de alguna manera autorizada, si no obligada, a afirmar «que los hijos de una generación cargada de culpas somos plenamente conscientes de ello y trataremos de aliviar los horrores y dolores de ayer para evitar que mañana se repitan».

Como me pareció una interlocutora inteligente, desprejuiciada y «rara», le escribí pidiéndole noticias más concretas sobre la situación de la Alemania de entonces (la época de Adenauer); en cuanto a su temor a un «justo castigo colectivo» intenté convencerla de que un castigo cuando es colectivo no puede ser justo, y al contrario. Me envió a vuelta de correo una tarjeta en donde decía que mis preguntas requerían algún trabajo de investigación; que tuviese paciencia porque me contestaría de manera exhaustiva en cuanto pudiese.

Veinte días más tarde recibí una carta suya de veintitrés carillas: una tesis doctoral, compilada gracias a un trabajo frenético de entrevistas personales, telefónicas y epistolares. También esta estupenda chica, aunque para bien, era propensa a la *Masslosigkeit*, a la falta de medida que ella misma denunciaba, pero se excusaba con cómica sinceridad: «tengo poco tiempo, por lo cual, muchas cosas que hubiese podido decir brevemente han quedado tal como estaban». Como yo no

soy *masslos*, me limito a resumir, y a citar, los pasajes que me parecen más significativos.

...amo el país en el que he crecido, adoro a mi madre, pero no consigo sentir simpatía por el alemán como tipo humano particular: puede que porque me parece demasiado marcado por las cualidades que en el pasado reciente se han manifestado con tanto vigor, pero también porque en él me reconozco a mí misma, viéndome semejante a él en esencia.

A una pregunta mía sobre la escuela me contestó que todo el cuerpo de profesores había sido pasado en su momento por el cedazo de la «desnazificación» que pidieron los aliados, pero llevada a cabo de manera *amateur* y sabotada a conciencia. No hubiese podido ser de otro modo: habría que haber descartado a una generación entera. En las escuelas se enseñaba la historia reciente, pero se hablaba poco de política; el pasado nazi aflora aquí y allí, de varias maneras: pocos profesores se vanaglorian de él, pocos lo esconden, poquísimos se declaran inmunes. Un joven profesor le ha confesado:

Los alumnos se interesan mucho por esa época, pero se pasan inmediatamente a la oposición si se habla de una culpa colectiva de Alemania. Y muchos llegan a afirmar que están hartos de los «mea culpa» de la prensa y de sus maestros.

H. L. comenta:

...precisamente de la resistencia de los muchachos al «mea culpa» puede deducirse que para ellos el problema del Tercer Reich sigue estando sin resolver, y que resulta tan irritante y típicamente alemán como para todos aquellos que lo han vivido antes de ellos. Sólo cuando esta emotividad cese será posible razonar de modo objetivo.

En otra parte, hablando de su experiencia, H. L. escribe (muy plausiblemente):

Los profesores no eludían los problemas sino que, por el contrario, mostraban, documentándolos con periódicos de la época, los métodos nazis de la propaganda. Contaban cómo ellos, de jóvenes, habían seguido el nuevo movimiento sin críticas y con entusiasmo: hablaban de las reuniones juveniles, de las organizaciones deportivas, etcétera. Los estudiantes los atacábamos vivamente y, como pienso hoy, sin razón: ¿cómo puede acusárseles de no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando y de no haber previsto el porvenir cuando los adultos no lo hacían? Y es que nosotros, en su lugar, ¿habríamos desenmascarado mejor que ellos los métodos satánicos con los que Hitler conquistó a la juventud para su guerra?

Advirtamos que la justificación es la misma que la aducida por el doctor T. H. de Hamburgo, y por lo demás ningún testigo de la época ha negado a Hitler una virtud verdaderamente demoníaca de persuasión, la misma que lo favorecía en sus relaciones políticas. Esto puede aceptarse en los jóvenes, que comprensiblemente quieren disculpar a toda la generación de sus padres; no en los ancianos comprometidos, y falsamente penitentes, que quieren echar la culpa a un hombre solo.

H. L. me escribió muchas otras cartas que han suscitado en mí reacciones contradictorias. Me describió a su padre, un músico inquieto, tímido y sensible, que murió siendo ella una niña: ¿buscaba un padre en mí? Iba de la seriedad documental a la fantasía infantil. Me mandó un caleidoscopio, y a la vez me escribía:

...también yo me he hecho de Usted una imagen muy definida: Usted, escapado a un destino terrible (perdone mi osadía), vaga por nuestro país, siempre extranjero, como en un mal sueño. Y pienso que tengo que hacerle un traje como el que llevan los héroes de las leyendas, que lo proteja contra todos los peligros del mundo.

No me reconocía en esa imagen, pero no se lo dije. Le respondí que esos trajes no pueden regalarse: que cada uno tiene que tejerlos y coserlos por sí mismo. H. L. me mandó las dos novelas de Heinrich Mann del ciclo de *Enrique IV*, que nunca he encontrado tiempo para leer; yo le mandé la traducción alemana de *La tregua*, que había aparecido en el ínterin. En diciembre de 1964, desde Berlín adonde se había ido, me mandó un par de gemelos de oro, que le había encargado hacer a una amiga suya que era orfebre. No tuve el valor de devolvérselos; le di las gracias pero le pedí que no me mandase nada más. Espero no haber ofendido a esta persona fundamentalmente amable; espero que haya comprendido el motivo de mi esquividad. Desde entonces no he sabido más de ella.

He dejado para el final el episodio de mi intercambio epistolar con la señora Hety S., de Wiesbaden, de mi misma edad, porque forma un capítulo aparte, tanto por su calidad como por su cantidad. Por sí sola, la carpeta «HS» es más voluminosa que aquélla en que conservo todas las demás «cartas de alemanes». Nuestra correspondencia duró dieciséis años, desde octubre de 1966 a noviembre de 1982. Contiene, además de unas cincuenta cartas suyas (muchas veces de cuatro carillas o más) y mis contestaciones, las copias de por lo menos otras tantas cartas escritas por ella a sus hijos, a sus amigos, a otros escritores, a editores, a organizaciones locales, a periódicos o revistas, y de las cuales juzgó importante mandarme copias; además, recortes de periódicos y reseñas de libros. Algunas de sus cartas son «circulares»: media página está fotocopiada, igual para todos los corresponsales, el resto está en blanco y completado a mano con las noticias y las preguntas más personales. La señora Hety me escribía en alemán y no sabía italiano; al principio yo le contestaba en francés, luego me di cuenta de que no lo entendía bien y durante mucho tiempo le escribí en inglés. Más tarde, con su divertida aceptación, le escribí en mi inseguro alemán, con doble copia; ella me devolvía una, con correcciones «explicadas». Nos vimos sólo un par de veces: en su casa, con motivo de un precipitado viaje de negocios mío a Alemania, y en Turín, en unas vacaciones suyas también muy precipitadas. No fueron reuniones importantes: las cartas lo son mucho más.

También su primera carta partía del asunto de la «comprensión», pero tenía un sello enérgico y resentido que la distinguía de todas las demás. Mi libro se lo había dado un amigo común, el historiador Hermann Langbein, muy tarde, cuando ya la primera edición estaba agotada. Como asesora de Cultura de un Gobierno regional, ella estaba tratando que se reimprimiese enseguida, y me decía:

A comprender «a los alemanes» seguro que usted no llegará nunca: ni siquiera llegamos nosotros, ya que entonces sucedieron cosas que nunca, por ningún motivo, debían haber sucedido. De ello se siguió que para muchos de nosotros palabras como «Alemania» y «Patria» hayan perdido para siempre el significado que alguna vez tuvieron: el concepto de patria se ha extinguido para nosotros (...). Lo que nos está absolutamente prohibido es olvidar. Por ello, los libros como el suyo son importantes para la nueva generación, porque describen de modo humano lo que es inhumano (...). Tal vez usted no se dé cuenta completamente de cuántas cosas puede decir un escritor implícitamente de sí mismo, y por consiguiente del hombre en general. Es precisamente lo que confiere peso y valor a cada capítulo de su libro. Sobre todo me han conmovido sus páginas sobre el laboratorio de Buna: ¡era así como los prisioneros veían a quienes éramos libres!

Poco después habla de un prisionero ruso que en otoño le llevaba el carbón a la cantina. Estaba prohibido hablarle: ella le metía en los bolsillos comida y cigarrillos, y él para agradecerse los gritaba: «¡Heil Hitler!». No estaba prohibido, sin embargo (¡qué laberinto de jerarquías y de prohibiciones diferenciadoras era aquella Alemania!; también las «cartas de los alemanes» y especialmente las suyas dicen más de lo que uno pueda imaginarse) hablar con una joven obrera «voluntaria» francesa: ella la sacaba del campo, la llevaba a su casa, la llevaba incluso a algunos conciertos. La chica, en el campo, no podía lavarse bien y tenía piojos, Hety no se atrevía a decírselo, sentía repugnancia y se avergonzaba de sentirla.

A esta primera carta suya respondí que era verdad que mi libro había tenido resonancia en Alemania, pero precisamente entre los alemanes que menos necesidad tenían de leerlo: me habían escrito cartas de arrepentimiento los inocentes, no los culpables. Ellos, como era lógico, se callaban.

En sus cartas posteriores, poco a poco, en su manera indirecta, Hety (la llamo así para simplificar aunque nunca nos llamamos de «tú») me fue trazando su autorretrato. Su padre, pedagogo de profesión, fue un activista socialdemócrata hasta 1919; en 1933, cuando Hitler subió al poder, perdió el empleo, a lo cual se sumaron registros y dificultades económicas y su familia tuvo que mudarse a una vivienda más pequeña. En 1935, Hety fue expulsada del liceo porque no había querido entrar en la organización juvenil hitleriana. En el 1938 se casó con un ingeniero de la IG Farben (de ahí su interés en «el laboratorio de Buna»), de quien tuvo enseguida dos hijos. Después del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, su padre fue deportado a Dachau y el matrimonio entró en crisis porque su marido, aunque no estaba inscrito en el partido, no toleraba que Hety pusiese en peligro su propia integridad, la suya y la de sus hijos por «hacer lo que hacía», llevar cada semana algo de comida a las verjas del campo donde su padre estaba preso:

...a él le parecía que nuestros esfuerzos eran absolutamente insensatos. Tuvimos un consejo de familia para ver si podíamos ayudar de alguna manera a mi padre, y de cuál; pero él sólo me dijo: «Quedaos tranquilos, ¡no vais a volverlo a ver!».

Sin embargo, cuando terminó la guerra su padre volvió, pero hecho un espectro (murió unos años después). Hety, que se sentía muy unida a él, se sintió en el deber de continuar la actividad en el nuevo partido socialdemócrata; su marido no estaba de acuerdo, se pelearon y ella pidió el divorcio y lo obtuvo. Su segunda mujer era una prófuga de la Prusia Oriental quien, a través de los dos hijos, tuvo cierta relación con Hety. Una vez le dijo, a propósito de su padre, de Dachau y de los Lager:

No te parezca mal que yo no soporte ni leer ni oír esas cosas tuyas. Cuando tuvimos que huir fue tremendo; y lo peor fue que tuvimos que salir por la carretera por donde habían sido evacuados antes los presos de Auschwitz. El camino se abría entre dos murallas de muertos. Querría olvidar aquellas imágenes y no puedo: sigo soñando con ellas.

Su padre acababa de volver cuando Thomas Mann, por la radio, habló de Auschwitz, del gas y de los crematorios.

Lo escuchamos todos, conmocionados, y nos quedamos callados largo rato. Papá iba de aquí para allá, taciturno, enojado, hasta que le pregunté: «Pero, ¿te parece posible que se envenene a la gente con gas, que se la queme, que se utilicen sus cabellos, su piel, sus dientes?», y él, que había estado en Dachau, me contestó: «No, es impensable. Un Thomas Mann no debía dar fe a tales horrores». Sin embargo, todo era verdad: unas semanas más tarde pudimos tener pruebas que nos convencieron.

En otra de sus largas cartas me había descrito su vida en el «exilio interior»:

Mi madre tenía una amiga judía a la que quería muchísimo. Era viuda y vivía sola, sus hijos habían emigrado, pero ella no se decidía a salir de Alemania. Nosotros éramos también perseguidos, pero «políticos»: las cosas eran distintas para nosotros y tuvimos suerte a pesar de los muchos peligros por los que pasamos. Nunca me olvidaré de la tarde que aquella señora vino a casa, ya cuando estaba oscuro, para decirnos: «Por favor, no volváis a buscarme, y perdonadme si yo dejo de venir a veros. Comprended que es que os pongo en peligro...». Naturalmente, seguimos yendo a verla hasta que fue deportada a Theresienstadt. No la vimos más, y no hicimos nada por ella: ¿qué hubiésemos podido hacer? Pero la idea de que no pudiésemos hacer nada todavía nos atormenta: le pido que intente comprendernos.

Me contó que en 1967 había asistido al juicio sobre la eutanasia. Uno de los imputados, un médico, había declarado públicamente que le habían ordenado que inyectase el veneno personalmente a los enfermos mentales, y que se había negado por conciencia profesional; pero abrir el grifo del gas le había parecido tolerable, aunque desagradable. Al volver a casa, Hety encontró allí a la asistenta, una viuda de guerra, ocupada en su trabajo, y a su hijo que estaba cocinando. Los tres se sientan alrededor de la mesa y ella le cuenta a su hijo lo que ha visto y oído en el proceso. En determinado momento,

...la mujer dejó el tenedor en la mesa e intervino agresivamente: «¿De qué sirven todos esos juicios que están haciendo ahora? ¿Qué podían hacer nuestros pobres soldados si les daban esas órdenes? Cuando mi marido vino con permiso de Polonia me contó: “No hemos hecho casi nada más que fusilar judíos, todo el tiempo fusilando judíos. De tanto disparar me dolía el brazo”. Pero ¿qué podía hacer, si le habían dado aquella orden?» (...). La despedí, venciendo la tentación de decirle que me alegraba de que su pobre marido hubiese caído en la guerra... Así que, dése cuenta, aquí en Alemania vivimos todavía hoy entre personas de esa clase.

Hety trabajó durante años en el Ministerio de Cultura del Land Hessen (Assia): era una funcionaria diligente pero impetuosa, autora de recensiones polémicas, organizadora apasionada de convenios y encuentros con jóvenes, e igualmente apasionada en las victorias y derrotas de su partido. Después de su jubilación, ocurrida en 1978, su vida cultural se enriqueció: me hablaba de viajes, de lecturas, de *stages* lingüísticos.

Sobre todo, y durante toda su vida, estuvo ávida, e incluso sedienta, de contactos humanos: el que tuvo conmigo, duradero y fecundo, sólo fue uno de tantos. «Mi destino me empuja hacia los hombres con un destino», me escribió una vez: pero no era su destino el que la empujaba, se trataba de una vocación. Ella los buscaba, los encontraba, los ponía en relación a los unos con los otros, llena de curiosidad por sus afinidades o sus discrepancias. Ella fue quien me dio la dirección de Jean Améry y la mía a él, pero con una condición: que ambos le enviásemos las copias de las cartas que intercambiáramos (y así lo hicimos). También tuvo un papel importante en ponerme sobre las huellas de aquel doctor Müller, químico de Auschwitz y luego proveedor mío de productos químicos, arrepentido, del cual he hablado en el capítulo «Vanadio» de *El sistema periódico*, y que había sido colega de su ex marido. También del «dossier Müller» reclamó, con todo derecho, las copias; después le escribió cartas inteligentes a él sobre mí y a mí sobre él, remitiéndonos a cada uno debidamente «las copias para nuestra información».

Sólo en una ocasión acusamos (al menos, yo la acusé) una divergencia. En 1966, Albert Speer había sido liberado de la cárcel interaliada de Spandau. Como se sabe, había sido el «arquitecto áulico» de Hitler, aunque en 1943 había sido nombrado ministro de la industria de guerra; en cuanto tal, fue, en gran medida, responsable de la organización de las fábricas donde *nosotros* nos moríamos de cansancio y de hambre. En Nuremberg, había sido el único de los acusados en declararse culpable, incluso por las cosas que no había sabido; también por no haber querido saberlas. Fue condenado a veinte años de reclusión, que empleó en escribir sus memorias de la cárcel, publicadas en Alemania en 1975. Hety dudó primero, luego las leyó, y se conmovió profundamente. Pidió a Speer una entrevista que duró dos horas; le dejó el libro de Langbein sobre Auschwitz y una copia de *Si esto es un hombre*, diciéndole que estaba obligado a leerlos. Él le dio una copia de sus *Diarios de Spandau* (Milán: Mondadori, 1976) para que Hety me la mandase.

Recibí y leí esos diarios, que están marcados por una mente cultivada y lúcida y de arrepentimiento que parece sincero (aunque un hombre inteligente sabe simular). Speer se me aparece como un personaje shakespeariano, de ilimitadas ambiciones, capaces de cegar y de infectarlo, pero no como un bárbaro, ni como un villano ni un esclavo. Con gusto hubiese dejado de hacer aquella lectura, porque para mí juzgar a alguien es doloroso; y especialmente a un Speer, a un hombre nada simple, y a un culpable que había expiado sus culpas. Le escribí a Hety con cierta irritación: «¿Qué es lo que la ha empujado hacia Speer?, ¿La curiosidad?, ¿El sentido del deber?,

¿Una misión?».

Me contestó:

Espero que usted haya tomado el regalo de aquel libro en su sentido justo, pero también es justa su pregunta. Quería verle cara a cara: ver cómo es un hombre que se ha dejado copiar por Hitler y que se ha convertido en criatura suya. Dice, y se lo creo, que para él la matanza de Auschwitz es un trauma. Está obsesionado por la cuestión de cómo ha podido «no querer ver ni saber nada», es decir, remover todo. No me parece que busque justificarse; también él querría comprender cuanto, también para él, es imposible comprender. Me ha parecido un hombre que no es capaz de falsificación, que lucha lealmente y se atormenta por su pasado. Para mí, es «una clave»: es un personaje simbólico, el símbolo de la Alemania descarriada. Ha leído con gran tristeza el libro de Langbein, y me ha prometido leer el suyo. Le tendré informado de sus reacciones.

Esas reacciones, para mi alivio, no llegaron nunca: si hubiese debido (como es costumbre entre personas educadas) contestar a una carta de Albert Speer habría tenido dificultades. En 1978, disculpándose conmigo por la desaprobación que había olfateado en mis cartas, Hety visitó a Speer por segunda vez, y volvió desilusionada. Lo encontró senil, egocéntrico, arrogante y estúpidamente orgulloso de su pasado de arquitecto faraónico. Después, el asunto de nuestras cartas fue desviándose hacia temas más alarmantes porque eran más actuales: el *affaire* Moro, la fuga de Kappler, la muerte simultánea de los terroristas de la banda Baader-Meinhof en la supercárcel de Stammheim. Hety tendía a admitir la versión oficial del suicidio; yo dudaba de ella. Speer murió en 1981, Hety, de repente, en 1983.

Nuestra amistad, casi exclusivamente epistolar, fue larga y fructífera, con frecuencia alegre; extraña, si pienso en la diferencia enorme entre nuestros itinerarios humanos y el alejamiento geográfico y lingüístico, menos extraña si reconozco que ha sido ella, entre todos mis lectores alemanes, la única que tenía «los papeles en orden», y por ello libre del sentimiento de culpa; y que su curiosidad ha sido y es también la mía, dirigida a los mismos asuntos que yo he tratado en este libro.

Conclusión

La experiencia que hemos sufrido los sobrevivientes de los Lager nazis es ya una cosa ajena a la nuevas generaciones de Occidente, y se va haciendo cada vez más ajena a medida que pasan los años. Para los jóvenes de las décadas de los cincuenta y sesenta se trataba de cosas de sus padres: se hablaba de ellas en familia, los recuerdos tenían todavía la frescura de las cosas vistas. Para los jóvenes de esta década de los ochenta son ya cosas de sus abuelos: lejanas, desdibujadas, «históricas». Están asaltados por los problemas de hoy, que son distintos, urgentes: la amenaza nuclear, el desempleo, el agotamiento de los recursos, la explosión demográfica, la renovación tecnológica que es frenética y a la que es necesario adaptarse. La configuración del mundo ha cambiado profundamente. Europa no es ya el centro del planeta. Los imperios coloniales han cedido a la presión de los pueblos de Asia y de África, sedientos de independencia, y se han disuelto, no sin tragedia y luchas entre las nuevas naciones. Alemania, partida en dos indefinidamente, se ha hecho «respetable» y de hecho dirige los destinos de Europa. Continúa la diarquía Estados Unidos-Unión Soviética, nacida en la Segunda guerra mundial; pero las ideologías que rigen los gobiernos de los dos únicos vencedores del último conflicto han perdido mucho de su credibilidad y de su esplendor. Una generación escéptica se asoma a la edad adulta, privada no de ideales, sino de certidumbres, y aún más, sin confianza en las grandes verdades que le han sido reveladas; dispuesta, por el contrario, a aceptar las pequeñas verdades, cambiables de mes en mes bajo la oleada frenética de las modas culturales, manipuladas o salvajes.

Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil. Lo sentimos como un deber y a la vez como un riesgo: el riesgo de resultar anacrónicos, de no ser escuchados. Tenemos que ser escuchados: por encima de toda nuestra experiencia individual hemos sido colectivamente testigos de un acontecimiento fundamental e inesperado, fundamental precisamente porque ha sido inesperado, no previsto por nadie. Ha ocurrido contra las previsiones; ha ocurrido en Europa; increíblemente, ha ocurrido que un pueblo entero civilizado, apenas salido del ferviente florecimiento cultural de Weimar, siguiere a un histrión cuya figura hoy mueve a risa; y, sin embargo, Adolfo Hitler ha sido obedecido y alabado hasta su catástrofe. Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder: esto es la esencia de lo que tenemos que decir.

Puede ocurrir, y en cualquier parte. No intento, ni podría, decir lo que va a suceder; como he dicho antes, es poco probable que se den de nuevo y simultáneamente, todos los factores que desencadenaron la locura nazi, pero se están perfilando algunos signos precursores. La violencia, «útil» o «inútil», está delante de nuestros ojos: serpentea, en hechos aislados y privados, o como ilegalidad del Estado, en los mundos que suelen llamarse Primero y Segundo, es decir, en las democracias parlamentarias y en los países de la zona comunista. En el Tercer Mundo es endémica o epidémica. Espera sólo a un nuevo histrión (y no faltan los candidatos) que la organice, la legalice, la declare necesaria y obligada e infecte el mundo. Pocos son los países que pueden garantizar su inmunidad a una futura marea de violencia, engendrada por la intolerancia, por la libido de poder, por razones económicas, por el fanatismo religioso o político, por los conflictos raciales. Es necesario, por consiguiente, afinar nuestros sentidos, desconfiar de los profetas, de los encantadores, de quienes dicen y escriben «grandes palabras» que no se apoyen en buenas razones.

Se ha hecho la obscena afirmación de que hace falta una guerra: que el género humano no puede subsistir sin guerras. Se ha dicho también que las guerras localizadas, la violencia en las calles, en los estadios, en las fábricas, son un equivalente de la guerra generalizada y que nos preservan de ella, como el «pequeño mal», su equivalente epiléptico, preserva del mal mayor. Se ha hecho la observación de que en Europa nunca han pasado cuarenta años sin una guerra: una paz europea tan larga sería, pues, una anomalía histórica.

Son argumentos capciosos y sospechosos. Satanás no es necesario: no tenemos ninguna

necesidad de guerras ni de violencias, en ningún caso. No hay problemas que no puedan resolverse alrededor de una mesa siempre que haya buena voluntad y confianza mutua: o también miedo mutuo, como parece demostrar la interminable situación actual de estancamiento, en la que las grandes potencias se contemplan con cara cordial o amenazadora, pero les tiene sin cuidado desencadenar (o dejar que se desencadenen) sangrientas guerras entre sus «protegidos», mandando armas sofisticadas, espías, mercenarios o consejeros militares, en lugar de árbitros de paz.

Tampoco puede aceptarse la teoría de la violencia preventiva: de la violencia sólo nace la violencia, en un movimiento pendular que va ampliándose con el tiempo en lugar de disminuir. Efectivamente, hay muchas señales que hacen pensar en una genealogía de la violencia actual que, precisamente, se deriva de aquella que dominaba la Alemania de Hitler. Es verdad que antes ya existía, en el pasado remoto y reciente; pero en medio de la insensata carnicería de la Primera guerra mundial sobrevivían los rasgos de un respeto recíproco entre los contendientes, una huella de humanidad para con los prisioneros de guerra y los ciudadanos inermes, una tendencia al respeto de las alianzas: un creyente diría que «cierto temor de Dios». El adversario no era ni un demonio ni un gusano. Después del *Gott mit uns* nazi, todo ha cambiado. A los bombardeos aéreos terroristas de Göring han contestado los bombardeos «a tappeto» de los aliados. La destrucción de un pueblo o de una cultura se ha mostrado como posible, y deseable, en sí misma o como instrumento de dominio. El aprovechamiento masivo de la mano de obra esclava había sido aprendido por Hitler en la escuela de Stalin, pero ha vuelto a la Unión Soviética multiplicado al final de la guerra. La fuga de cerebros de Alemania e Italia, junto con el temor a una superación por parte de los científicos nazis, ha engendrado las bombas nucleares. Los judíos sobrevivientes desesperados, huyendo de Europa después del gran naufragio, han creado en el seno del mundo árabe una isla de civilización occidental, una portentosa palingénesis del judaísmo, y el pretexto para la renovación del odio. Después de la derrota, la silenciosa diáspora nazi ha enseñado las artes de la persecución y de la tortura a los militares y a los políticos de una docena de países a orillas del Mediterráneo, del Atlántico y del Pacífico. Muchos tiranos modernos tienen en el cajón de su mesa «Mi lucha», de Adolfo Hitler: tal vez con alguna rectificación, o con alguna sustitución de los nombres, todavía puede ser útil.

El ejemplo hitleriano ha demostrado en qué medida puede ser devastadora una guerra desarrollada en la era industrial, aun sin recurrir a las armas nucleares; en los últimos veinte años, la desgraciada empresa vietnamita, el conflicto de las islas Malvinas, la guerra de Irán-Irak y los sucesos de Camboya y de Afganistán son una confirmación de ello. Pero también ha demostrado (aunque no a la manera rigurosa de una operación matemática) que, por lo menos algunas veces, las culpas históricas se pagan; los poderosos del Tercer Reich han terminado en la horca o en el suicidio; el país alemán ha sufrido una bíblica «matanza de los primogénitos» que ha diezmado una generación y puesto fin al secular orgullo germánico. No es absurdo asumir que si el nazismo no se hubiese mostrado desde el principio tan despiadado, no se hubiese formado la alianza entre sus adversarios, o se hubiera roto antes del final del conflicto. La guerra mundial que quisieron los nazis y los japoneses fue una guerra suicida: y todas las guerras deberían ser, por lo mismo, temidas.

A los estereotipos que he enumerado en el capítulo séptimo querría, para terminar, añadir otro. Los jóvenes suelen preguntarnos, con mayor frecuencia y más insistencia a medida que pasa el tiempo, quiénes eran, de qué pasta estaban hechos nuestros «esbirros». La palabra se refiere a nuestros ex guardianes, a los SS, y a mi entender no es apropiada: hace pensar en individuos retorcidos, mal nacidos, sádicos, marcados por un vicio de origen. Y, en lugar de ello, estaban hechos de nuestra misma *pasta*, eran seres humanos medios, medianamente inteligentes, medianamente malvados: salvo excepciones, no eran monstruos, tenían nuestro mismo rostro, pero habían sido mal educados. Eran, en su mayoría, gente gregaria y funcionarios vulgares y diligentes: algunos fanáticamente persuadidos por la palabra nazi, muchos indiferentes, o temerosos del castigo, o deseosos de hacer carrera, o demasiado obedientes. Todos habían sufrido la aterradora deseducación suministrada e impuesta desde la escuela como habían querido Hitler y sus colaboradores, completada después por el *Drill* de las SS. Muchos se habían alistado en esa milicia

por el prestigio que confería, por su omnipotencia o también, sólo, para escapar a dificultades familiares. Algunos, poquísimos en verdad, se arrepintieron, pidieron ser transferidos al frente, proporcionaron cautas ayudas a los prisioneros, o eligieron el suicidio. Debe quedar bien en claro que responsables, en grado menor o mayor; fueron todos, pero que detrás de su responsabilidad está la de la gran mayoría de los alemanes, que al principio aceptaron, por pereza mental, por cálculo miope, por estupidez, por orgullo nacional, las «grandes palabras» del cabo Hitler, lo siguieron mientras la fortuna y la falta de escrúpulos lo favoreció, fueron arrollados por su caída, se afligieron por los lutos, la miseria y el remordimiento, y fueron rehabilitados pocos años más tarde por un juego político vergonzoso.

Índice *

Prefacio, 11
El recuerdo de los ultrajes, 21
La zona gris, 32
La vergüenza, 61
La comunicación, 77
La violencia inútil, 91
El intelectual en Auschwitz, 109
Estereotipos, 128
Cartas de alemanes, 143
Conclusión, 172

* La paginación corresponde a la edición impresa [Nota del escaneador]